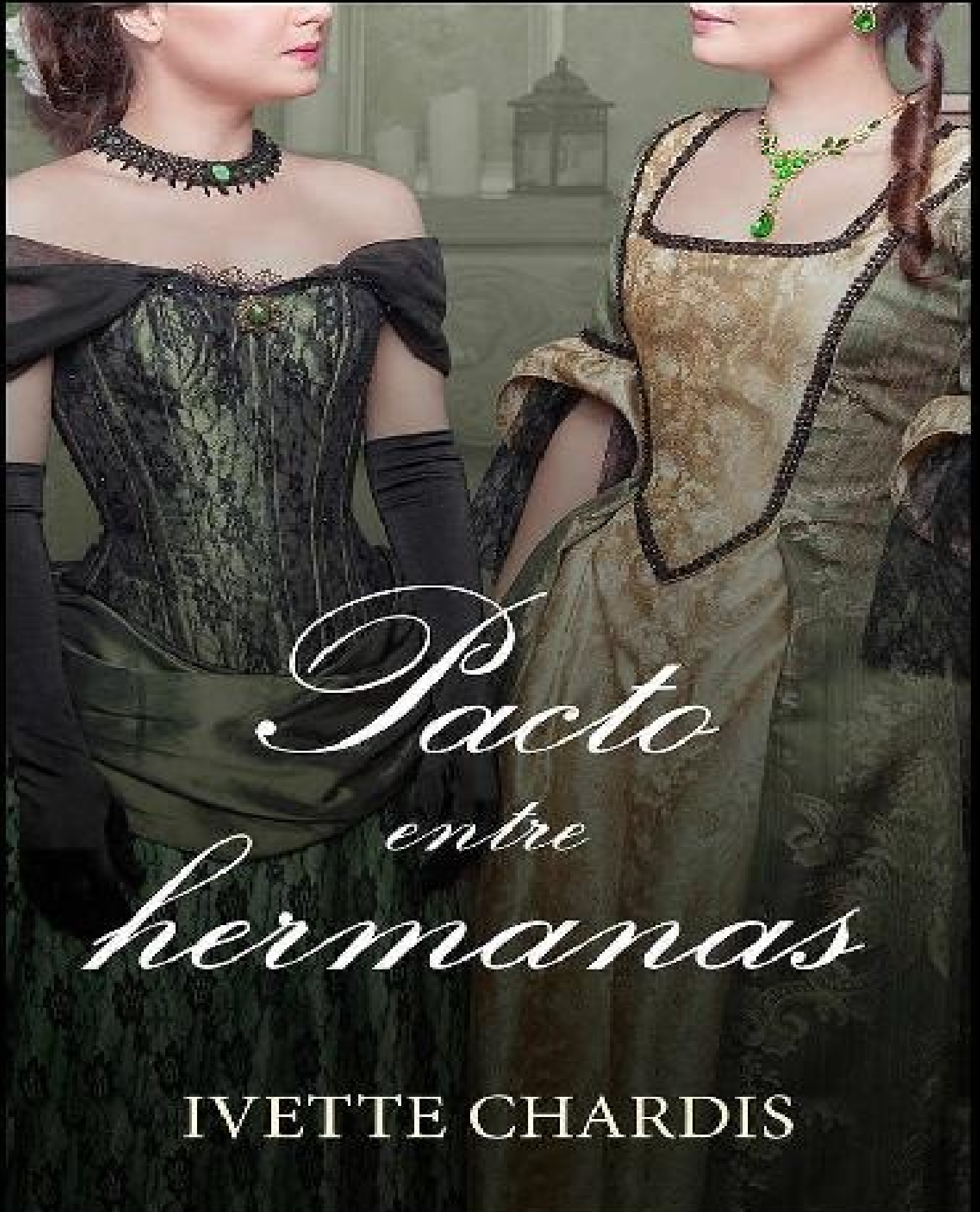


Selecta



Pacto
entre
hermanas

IVETTE CHARDIS

Pacto entre hermanas

Ivette Chardis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para la luz de mi vida: mi hija Ariadna.
Toda la energía, la fuerza y el coraje de las mujeres de la familia
prevalece en ti.

Prólogo

«No se ha de jugar sin arriesgar nada, que es majadería y aun enfado, ni se ha de apostar tanto que te inquiete el juego y te sepa mal perder, porque así no sería juego, sino tormento» (Luis Vives, 1538, *Las leyes del juego*).

Barcelona, febrero de 1675

Beltrán Corbera de Prado, barón de Senan, no podía entender por qué todavía permanecía en aquella habitación oscura sentado ante dos mujeres que le hablaban de matrimonio. Cierto que estaban de buen ver, pero ya se les había pasado la edad de engendrar, por eso, aquella locura no cobraba ningún sentido por más que la repitieran una y otra vez.

Su hermano mayor había muerto hacía poco, y la baronía de Senan había caído en sus manos. Pese a que siempre menospreció lo que implicaba ese título, nunca pensó, al convertirse en barón, que debería contraer nupcias, y menos conseguir una esposa de treinta años, aunque esos fueran precisamente los que él había vivido hasta entonces.

Miró a la que parecía la hermana mayor, vestida de negro, con el pelo castaño recogido en un moño y un mechón blanco que recorría su frente hasta esconderse sujeto con una horquilla tras su oreja. Sus ojos semicerrados creaban desconfianza y su porte erguido lo mantenía en constante alerta. La otra acosadora, la que parecía un poco más joven, tenía el pelo brillante y del mismo color –pero sin esas canas que afeaban el rostro de la primera–, bien estirado, con una raya en medio y dos tirabuzones que caían hasta los pómulos marcados. Su sonrisa era entre inocente y pícara, algo que le llamó la atención.

Las conocía desde hacía años, pero nunca había tenido el placer de cruzar una palabra con ellas, pese a que eran la esposa y la cuñada del señor Cortés, el dueño de una de las casas de juego más famosas de Barcelona.

Esa noche lo habían cogido desprevenido, no tan borracho como otras; no

obstante, nunca hubiera imaginado llamar la atención de la hermana menor, Clara, a la que había intentado meter mano sin conseguirlo cuando se dejaba ver en la sala de juegos. Lo sedujo para que la acompañara hasta un oscuro y diminuto despacho. Al principio había creído que se dirigían hacia las habitaciones que utilizaban las meretrices. En Can Cortés solo arrendaban las alcobas, no ejercían de proxenetas, algo que estaba penalizado por ley, pero que todo el mundo se saltaba, excepto ellos. Una de las extravagantes decisiones de la señora Cortés, antes conocida como Matilde Vidal, que se había erigido dueña de esa casa. La veía tan seria y encorsetada, y aun así le era difícil tratarla como una señora. Conocía la historia de esa loca que había pasado de ser una huérfana que vivía en la calle a una de las mujeres con más poder en el barrio del Born. Había contraído matrimonio con Carlos Cortés después de hechizarlo; las malas lenguas decían que, además de bruja, era una asesina. Por eso su primer esposo la había repudiado, por matar a la hija de ambos. Que no estuviera recluida o ahorcada era un misterio, y Beltrán había decidido darle una oportunidad. Sabía por experiencia que todas las historias tenían dos versiones.

Volvió a escuchar la palabra «matrimonio».

—Perdóneme, señora, sé que su esposo está enfermo, pero ¿no es algo pronto para sustituirlo? —Beltrán torció los labios, acostumbrado a burlarse de todo y de todos, hasta en las peores circunstancias, un rasgo o una manía que había adquirido con los años para esconder sus verdaderos sentimientos. Y, a base de hacerlo, había olvidado lo que sentía.

—¡Qué bobo! ¿No es obvio que es conmigo con quien debe contraer nupcias? —Río como una chiquilla la joven de las hermanas Vidal, muy conocida por sus triquiñuelas con los hombres.

—Pero, verán... aunque ostento un título estoy en quiebra.

—Somos conscientes de ello, barón —contestó la mayor, ofendida.

—Matilde, ¿verdad? —Se atrevió a pronunciar el nombre de pila para que el trato no fuera tan formal. Al fin y al cabo, estaba en una de las dependencias de una casa de juego, no en las de un notario.

—Para usted, señora Cortés, si no es molestia. Y como las noticias en esta ciudad corren más que la pólvora, no creo que sea buena idea hacerse el tonto. Mi marido no está enfermo, sino de viaje por negocios, y me ha dejado a cargo del *triquet*.

—¿Me lo cuentan por alguna razón? —Beltrán hizo otra vez ostentación de su humor al volver al punto inicial de la conversación.

Le había sorprendido atravesar la puerta de ese cuarto de la mano de Clara y

toparse con la estirada Matilde, que juzgaba cada uno de sus movimientos y de sus palabras. Era consciente del control que ejercía en la sombra, siempre al acecho desde lo alto de las escaleras, mientras Carlos Cortés se codeaba con los clientes, bebía con ellos, jugaba y, junto con sus secuaces, los sacaba a patadas si pretendían aprovecharse de alguna ventaja a los naipes, a los dados o bien al billar.

Las cartas eran la pasión de Beltrán. Por culpa de ellas vivía en constantes altibajos de emociones: la sutileza del primer amor cuando uno se sabía poseedor de la tirada afortunada; el palpitante de una erección a punto de estallar cuando el oro llenaba sus bolsillos gracias a una jugada maestra; la culpa y el remordimiento de un cuerpo sucio y demente al perder cuanto poseía.

Matilde abrió un libro lleno de anotaciones. Repasó con el dedo hasta dar con su nombre.

—Nos debe exactamente cuatrocientas cincuenta y cinco libras.

—¡No tengo tanto dinero!

—Negociemos. —El intento de sonrisa de la señora Cortés se volvió siniestro.

—¡Lo que me proponen es una locura!

—Lo hemos investigado y tenemos constancia de que es un mujeriego, egocéntrico, adicto al juego y, lo más importante para nosotras, un buen luchador; no olvidaremos nunca cómo dejó tuerto a uno de nuestros clientes más bravos. Y ahora la mayoría lo temen.

Beltrán alzó la barbilla, satisfecho ante ese acertado examen de su carácter.

—¡Tal vez sea demasiado impulsivo, hermana! —habló Clara, compungida.

—¿Te estás arrepintiendo? —Matilde bajó la voz, y eso hizo que Beltrán se interesara aún más por la esperpéntica situación en la que se encontraba—. Decidimos que era el adecuado después de recibir el informe de...

—¿De qué informes hablan? ¡No permitiré ninguna clase de chantaje!

El barón de Senan se levantó, airado. Esas féminas tenían un trato con las autoridades. No estaba dispuesto a que jugaran con él y lo amenazaran con denunciarlo. Ya tenía bastantes deudas.

Clara se tapó la boca mientras en sus ojos marrones chispeaban virutas de fuego. Sus bucles bailaron al compás de su ahogada risa.

—Se trata solo de las chicas. Ellas hablan bien de usted, y su médico asegura que su salud, tanto física como emocional, es estable.

Beltrán se paseó de un lado a otro de la claustrofóbica habitación. Estaba claro que habían sobornado a su galeno, qué fácil le había sido traicionar la confianza de su familia. Él había atendido los partos de su madre, la agonía de su hermana,

la enfermedad de sus padres —la misma que los llevó a la muerte—, la bala en el estómago de su hermano durante el duelo que convirtió a Beltrán en heredero de un título que detestaba. Y ahora, por unas míseras libras que le debía, había cambiado de bando sin pestañear. Y las chicas, como ellas las llamaban, las meretrices con las que se distraía de vez en cuando, también le habían fallado. ¡Por Dios! No era un pecado para un soltero disfrutar un poco del amor de esas experimentadas mujeres.

—La charla me parece un divertido entretenimiento, pero no tengo más tiempo que perder. ¿A dónde están dispuestas a llegar con este disparate?

Clara contoneó sus caderas hasta él, su aliento rozó su oreja.

—Si esto le parece placentero, espere a que nos casemos.

—¡Compórtate, Clara! ¿Qué pensará el barón?

—Que eso de desposarme es una tontería, y más cuando la dama que me ha sido asignada no es virgen.

—¡Cómo se atreve! Mi hermana es pura, y lo que usted considera inmoral solo es fruto de su inocencia. ¿No le parece de lo más ingenuo pensar que después del matrimonio uno puede divertirse?

—¿Por qué no le cuentas toda la verdad y acabamos con esto, Matilde? —La voz de Clara sonó caprichosa e infantil, y Beltrán notó que ese podría ser el punto débil de la señora Cortés, ya que su rostro se ablandó para recuperarse segundos después, como si hubiera incurrido en una falta.

—Está bien. —Bajó la cabeza y tomó aire—. Necesitamos a alguien que se ocupe de los altercados y que no tenga miedo a enfrentarse ni se amilane ante una disputa. Le ofrecemos el diez por ciento del negocio con la condición de que se case con mi hermana Clara. Lo que es de la familia debe quedarse en la familia, ¿no cree?

—Para qué tanto jaleo si el señor Cortés volverá tarde o temprano.

—¿Sabe lo lejos que está Asia? Se ha empeñado en exportar personalmente opio de allí, y no puedo esperarlo una eternidad mientras nosotras permanecemos indefensas y algunos quieren aprovecharlo para quitarnos el negocio.

—¿Por qué yo?

—Ya se lo he dicho... El informe...

—Hay muchos otros con deudas a los que poder manipular. ¿Por qué yo? —volvió a preguntar Beltrán, esta vez sin un ápice de burla.

—Mi marido así lo quiso, y me dejó a cargo para que se hiciera su voluntad durante su ausencia —masculló Matilde entre dientes.

—Debe de confiar mucho en usted para haberla dejado el cuidado de sus posesiones. —Matilde palideció—. ¿Su actitud es una muestra de lo mucho que lo echa de menos? —Su tono era irónico, pretendía ofenderla, pero su rostro pétreo no le dio ninguna pista. La supuesta aflicción no engañaba al barón; era consciente de que era su segundo matrimonio, y, según decían, cada vez los buscaba más viejos y más ricos. ¿Qué podía esperar de Clara? Aunque la explicación que le habían dado era convincente, no las tenía todas consigo.

—Pagaremos sus deudas y anularemos la que tiene con esta casa. —La furia de la señora Cortés sepultó los sentimientos melancólicos por su esposo, si alguna vez los había tenido.

Beltrán se miró en el espejo que había encima de la repisa de una chimenea apagada. Las pocas velas que iluminaban el despacho le devolvieron el reflejo de un joven de complexión atlética, de abundante pelo azabache, orgulloso de no tener que usar peluca, de ojos negros y encantadoramente perversos, un gran reclamo para las féminas. No creía que discutir sobre su carácter infiel fuera algo imprescindible, teniendo en cuenta que aquellas arpías lo tendrían en sus informes. Bebió de golpe el vaso de licor que le habían preparado. Le hubiera gustado ingerir dos tragos más antes de tomar una decisión. Bien pensado, una esposa no era tan dañina como acabar en la cárcel por impago. Y, si además le permitía vivir de su pasión, el juego, ¿qué mal podía suceder?

Tendió su mano para sellar el acuerdo y salió de la alcoba pletórico. En una noche se habían solucionado todos sus problemas monetarios. Y eso significaba que volvía a tener crédito para seguir jugando.

Saltó de dos en dos las escaleras que lo separaban de aquel antro que olía a orina, alcohol y tabaco, el aroma de la diversión. Un barón dueño de un *triquet*. Sus padres se revolverían en su tumba.

Capítulo I

«Empero digo que es menos dañoso para la honra en que sea la mujer secretamente deshonesto, que no sea públicamente desvergonzada» (Fray Antonio de Guevara, 1538-1541, *Epístolas familiares*).

En el momento en el que el párroco preguntaba lo tan esperado para una mujer –«¿Lo amarás en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta el día de tu muerte?»–, Matilde miró directa a los ojos de Clara. El pavor de que esta se echara atrás no la había dejado dormir en los días previos a la boda.

La condenada frase que había sepultado su vida en dos ocasiones no le había resultado tan inquietante cuando era una cría. Al contrario, le había parecido de lo más romántica porque significaba que el ansiado marido, con el que toda niña soñaba casarse algún día, la acompañaría también en los momentos de dicha y la consolaría durante las aflicciones.

Pronto aprendió que el amor no era para ella y aceptó casarse a los catorce años con un carnicero que le doblaba la edad. No fueron años de infortunio, ni tampoco de felicidad absoluta. Tenía un techo, comida, una pequeña habitación donde resguardar a su hermana y un hombre que las trataba bien. Hasta que llegó la fatídica fecha en que dio a luz a una niña muerta, y el médico marcó el rumbo de su destino al advertirles que ya no podría concebir. El bueno del carnicero las echó de su vivienda tan pronto como consiguió la nulidad, y otra vez estuvieron abocadas a deambular por las calles de Barcelona. Matilde creía que aquel día había aparecido su primera cana, que arrastraría a las siguientes con tanta rapidez que no le dio tiempo a respirar.

Conocieron al señor Cortés cuando Clara se enamoró de un marinero y este apostó su virginidad en la casa de juegos que su futuro marido regentaba en el lado de poniente, en la zona que quedaba detrás de la vieja muralla de la Rambla, cerca de las calles de las tabernas y prostíbulos, por las que ellas

estaban acostumbradas a vagar. Por descontado, esa supuesta virginidad era falsa, ya que el marinero se la beneficiaba cada vez que su barco atracaba en el puerto, y la ignorante Clara lo esperaba feliz, sin ningún tipo de remordimientos ni mechones blancos en su brillante y castaña melena.

El señor Cortés, que les triplicaba la edad, no había llegado tan lejos en los negocios sucumbiendo a caprichos, y quiso explotar su propiedad. Cuando fue a buscar su premio, Matilde le dio a entender que tomándola a ella en lugar de a su hermana obtendría mayor beneficio, ya que, como bien se rumoreaba, se había encargado de llevar las cuentas de la carnicería de su anterior esposo, y era sabido lo rápido que la tienda había prosperado y cómo este, al abandonarla, había caído en desgracia. Para entonces el carnicero estaba casado y con cinco hijos a su cargo que no podía mantener.

Matilde se agenció el destino de Clara, y en su primera noche como amancebada, las canas brotaron como una cascada de agua imparable. Aparte de ser viejo, el señor Cortés apenas tenía en consideración su propia higiene, era violento y le gustaba ejercer la fuerza mientras se movía dentro de ella. Pero Matilde lo aguantó por la promesa de él de casarse y ofrecerle parte de su negocio si conseguía desentrañar los números que se amontonaban en unas polvorientas hojas llenas de manchurroneos de tinta. Enseguida descubrió que uno de los hombres de confianza robaba a su propio amo. Con lo que, al fin, llegó el momento en el que, con el mismo vestido que llevaba Clara esa misma madrugada –un jubón de raso color ostra decorado con guarniciones hechas con encajes de bolillos y diminutas flores en tres dimensiones, que se estrechaba a su cintura antes de dar paso a la voluminosa falda–, no titubeó ni un segundo en dar el «sí, quiero». Porque a pesar del sufrimiento y del asco que el señor Cortés le producía, sabía que era mejor que dormir en la calle o que ejercer la prostitución. En cambio, Clara agarraba su escuálido ramo de flores blancas como una niña temerosa de ser descubierta en una mentira y se había atragantado varias veces antes de dar su consentimiento.

Matilde frunció el entrecejo y la amenazó con la mirada. Estaba ante un joven atractivo y, según las averiguaciones que había hecho, buen amante, por lo que seguiría siendo la de siempre, risueña, alegre y sensual, dispuesta a disfrutar de lo que la vida le podría ofrecer. Y ella se lo estaba sirviendo en bandeja. Las dos habían escogido al barón por varias razones, y su hermana no se había opuesto a intimar con él, más bien parecía desearlo. No entendía su conducta cuando su supervivencia dependía de ello.

—Todavía puede desdecirse —habló el barón, nervioso—. Aunque he de

advertirle que ya he pagado mis deudas con el dinero que me han prestado.

—Lo honra tanta sinceridad, pero mi hermana está dispuesta a seguir con el trato.

Clara asintió, sonrojada, y el cura lo dio por válido. Matilde, furiosa, la cogió del brazo antes de que la pareja recorriera el pasillo de una iglesia vacía y apenas iluminada.

—¿Qué te pasa, Clara? O te comportas o lo estropearás todo.

—Es que tiemblo solo de pensar cuando descubra que no soy virgen.

—Y no lo hará; tenemos un plan. Confía en mí.

—¿Qué más quieres que haga? Si hasta me he ruborizado como una auténtica doncella.

—Por otros motivos que nada tienen que ver con la actuación de chica modesta que debes interpretar.

—Al menos tengo un poco de color en las mejillas, no como tú, que estás más pálida que un cadáver.

Matilde inspiró, irritada, y la soltó. Esta brincó hasta llegar a entrelazar su brazo con el del barón. Luego pareció recapacitar y bajó la cabeza sin poder disimular una sonrisa.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, querida esposa? —se mofó Beltrán.

—¡Que soy baronesa y voy a vivir en una mansión! Con tanto ajeteo no me había dado cuenta hasta ahora.

Beltrán Corbera de Prado se detuvo antes de traspasar el portal de la iglesia y se giró hacia Matilde.

—Creí que lo sabían todo. Perdí mi casa en uno de esos estúpidos juegos de dados; se me dan mejor las cartas. Y, si le soy honesto, tenía un cuarto alquilado, pero ya me he despedido de mi casera.

Matilde se fijó en los profundos y oscuros ojos del barón. Lo repasó de pies a cabeza y evaluó la situación. Iba bien vestido, la tela de su traje era de un corte perfecto, y su estilo, el de un caballero; no obstante, no valía la pena perder el tiempo discutiendo dónde viviría la pareja cuando a ella le interesaba tener a Beltrán en el negocio. No lo había elegido por su inteligencia, sino por su genio en según qué momentos, y también por su saber hacer con los hombres. Era querido y respetado, y para el establecimiento era una cuestión clave. Y más cuando hacía bien poco que habían entrado a robar en el despacho. Por suerte, no habían encontrado nada; ella tenía la mayoría de las libras escondidas bajo las maderas del suelo de su alcoba.

—Nuestro hogar no es digno de Su Excelencia, pero, aunque pequeño,

supongo que será mejor que un cuarto oscuro en una pensión.

Adelantó con paso firme a los novios y salió de la capilla. Miró el cielo, entre azul y rojo, escuchó el piar de los primeros pájaros del día. Cerró los ojos y se balanceó por el cansancio. Sintió como si una nueva cana empujara por salir de su raíz. Se sorprendió al ver dos lacayos que cargaban sendas bolsas de tela jaspeada de tonos azules y un baúl de madera con incrustaciones metálicas. Seguramente, el barón los había empleado con el dinero que ella misma le entregó. Tal vez creyera que eran personas ricas, aunque de rango inferior. Pobre, pronto aprendería dónde se había metido.

Si las hermanas Vidal tenían intenciones de pasar desapercibidas, una vez más erraron en sus cálculos. Los lacayos adornados con libreas moradas y sombreros negros con plumas blancas, que portaban los enseres del barón, no fueron nada comparados con las órdenes que este no paraba de dar y que despertaron a medio barrio, arremolinado para verlos. La comitiva, constituida por la pareja de novios, la hermana vestida de negro y los dos sirvientes, se detuvo ante Can Cortés, un edificio de tres pisos de altura, con su patio trasero y su cerco para animales. Una casa como otra si no fuera por su interior.

Matilde introdujo la llave de hierro que acostumbraba a llevar colgada en su cinta junto con las otras llaves de la casa. No prestó mucha atención a las primeras impresiones de Beltrán ante la sala de juegos carente de bullicio. Aunque siempre le había parecido demasiado silenciosa por las mañanas, tampoco echaba en falta la jarana de la noche. A Matilde le hubiera gustado regentar otro tipo de negocio, no obstante, se conformaba con lo que había conseguido, algo que sus padres jamás hubieran soñado para ellas. Murieron cuando eran pequeñas, pero no lo suficiente para no recordar el cuerpo de su padre; desplumado sobre el empedrado de la plaza mayor después de ser ahorcado. Y a su madre con la piel en los huesos de tanto vomitar la deshonra que le provocó el agravio en el que había caído la familia.

Enseguida le mostró al barón su dominio; luego se dio cuenta de que ya lo conocía, por ser uno de los clientes más asiduos que habían tenido desde hacía un año, así que sus ínfulas se desvanecieron. ¿Qué sentido tenía mostrarle aquello de lo que más orgullosa se sentía, el salón, si también era como su propio hogar? Nada más cruzar el portal, recordó las veces que habían tenido que

quitarle a Beltrán uno de los palos con los que jugaba a billar para que no provocara ningún disturbio a causa del vino ingerido. La mesa presidía el centro de la sala, y sus canalladas, tanto en el juego como con las mujeres, eran admiradas por la mayoría. Irradiaba una especie de atracción para ambos géneros: las féminas lo querían atrapar entre sus redes y los machos, imitarlo.

El barón se había sentado, durante ese año, cientos de veces en las ocho mesas de seis palmos esparcidas alrededor de la estancia para jugar a las cartas. A su favor podría decir que su éxito era el de ella, ya que cada vez que tenía suerte se sentía generoso; invitaba con vino a todo el que estuviera dispuesto a acompañarlo y eso repercutía en las arcas de Can Cortés. La barra donde se servían las bebidas estaba alejada del punto neurálgico de la estancia, aunque lo bastante cerca de las escaleras para facilitar el acceso a las dos plantas restantes. Matilde pasó de largo las habitaciones del segundo piso. Allí estaba situado el despacho donde se había llevado a cabo días antes el extraño acuerdo entre el barón y las hermanas Vidal.

—No hace falta que le muestre una por una las alcobas. Tengo entendido que ya las ha visitado en más de una ocasión —habló con su habitual tono de superioridad.

Se había opuesto a quedarse con un tanto por ciento de las ganancias de las meretrices, tal vez por unos principios ocultos que ni creía que poseía; a cambio, las dejaba vagar por su establecimiento y les arrendaba habitaciones limpias para usarlas con sus clientes. Cinco en total, cada una de ellas con sus respectivos nombres florales. Había sido idea de Clara y, pese a que en un principio le había parecido una estupidez, le daba cierto aire bohemio que no disgustaba a los asiduos.

Subieron hasta la última planta, compuesta por un pequeño comedor y dos alcobas, una con una cama de matrimonio y otra con un reducido e incómodo lecho individual, en el que apenas se podía dar una la vuelta.

Matilde esperó la cara de sorpresa del barón al darse cuenta del estrecho espacio que a partir de entonces debería compartir. Sin embargo, su seriedad fue el único signo de contradicción. La mofa que hasta entonces había permanecido de manera perenne en sus ojos se había desdibujado junto con su sonrisa. Los lacayos dejaron las pertenencias de Beltrán en la habitación más grande, la única que tenía una ventana al exterior, y se marcharon tan rápido que no tuvo tiempo de agradecerles el servicio. Luego recapacitó y pensó que tal vez los ricos no hacían tal cosa.

Clara corrió hacia el que solía ser su cuarto, se desplomó en la pequeña cama y,

sin quitarse el vestido de novia, se echó una manta encima. Matilde se sintió frustrada. Había mantenido una larga conversación con su hermana horas antes de la ceremonia, en la que la aleccionó sobre cómo ahuyentar a su esposo durante la noche de bodas, en su caso, durante la madrugada. No ser virgen era un contratiempo para sus planes, pero ambas estaban buscando una solución. Mientras, el barón debía creer a pies juntillas en la castidad de Clara. Nunca pensó que el trabajo recaería en ella; debería ser la novia la que corriera el riesgo de ser descubierta, en cambio, como era costumbre, Clara había decidido desaparecer y dejarla al mando para que solucionara el percance.

Matilde estaba poco habituada al silencio, y el que se había creado entre el barón y ella la incomodó mucho más de lo necesario. Era de carácter práctico. Su indumentaria negra, tan pasada de moda en los últimos tiempos, no había sido escogida al azar. Su peinado, en el que resaltaba el inconfundible mechón blanco, lo había adoptado a propósito para provocar un respeto que siempre había creído merecer. Algo de lo que carecía el barón. Tragó saliva; no solía ponerse nerviosa, y menos por un adicto a las apuestas y al buen caldo, sin embargo, era consciente de que tenía que darle una explicación. Estaba harta de que Clara siempre se saliera con la suya, pero así era su relación. Matilde la protegía, y ella llenaba las horas de sus vidas de risas y de banalidades que aligeraban la carga que constantemente sentía sobre sus hombros.

Los dos permanecieron debajo del arco que separaba las dos estancias. Matilde cerró despacio la puerta tras la que su hermana dormía.

—Perdónela, barón, creo que todavía no ha entendido qué significa estar casada. Además, no hemos tenido tiempo de trasladar sus cosas. Mientras mi marido esté de viaje podrán dormir en la cama de matrimonio. Es lo más apropiado.

—¿Y a la vuelta?

—Espero que haya ganado suficiente dinero como para recuperar su mansión.

—¿Deduzco algo de ironía en su voz?

—Al contrario, tengo fe en nuestro acuerdo.

Los susurros de Matilde estaban medidos. Simulaba hablar bajo para no despertar a Clara y, al mismo tiempo, se mostraba cercana a Beltrán con el único objetivo de convencerlo de algo descabellado: de que su hermana era virgen.

Recordaba con exactitud cuándo dejó de serlo: tenía diecisiete años. No había conseguido casarla, pero al menos Matilde estaba contenta de haber retrasado lo inevitable durante más años de los previstos, si se consideraba cómo la habían acechado.

Clara se lo contó con una luminosidad tan envidiable que al principio imaginó que se había confundido, que lo que creía que era el acto en sí no era más que un juego entre jóvenes. Pero no, había disfrutado con aquella intimidad que ella detestaba, y eso la desconcertó.

Desde que se casó, a los catorce años, había decidido crear una barrera de autodefensa ante los mismos que la confundían con la Vidal soltera. Su carácter se volvió todavía mucho más arisco al darse cuenta de cómo también la desnudaban con los ojos. Clara gozaba siendo admirada. Matilde lo aborrecía. No soportaba ser el centro de atención, y todavía menos si eso reportaba problemas a su matrimonio. El carnicero era celoso y demasiado protector, tanto que hasta le había prohibido salir de casa. Consideró diferenciarse de su hermana mucho antes de que las canas aparecieran, y ahora estaba intentando convencer a un caballero de que esta no era tal y como se presentaba al mundo. Difícil tarea, porque Clara era tal y como había decidido ser.

Beltrán adelantó un pie, lo bastante como para tenerla a escasos centímetros de distancia. A Matilde eso le pareció una falta de educación, no obstante, no pudo retroceder, dado que su espalda se golpeó contra el marco envejecido. Bajó la cabeza. A pesar de haber vivido situaciones de lo más dispares que la habían fortalecido, le costó pronunciar las palabras que, sabía, incomodarían a su cuñado o incluso lo enfurecerían.

—Excelencia...

—Solo a los Grandes de España se les llama así. Soy el último peón de una larga cadena de nobles. Llámeme simplemente Beltrán.

El aliento del barón quemó las fosas nasales de Matilde, que respiró la mezcla de tabaco y alcohol ingerido durante toda una noche, algo que no le era desconocido y que normalmente siempre le había desagradado. Sin embargo, en esos momentos estaba demasiado concentrada en su misión como para sentirse molesta.

—Beltrán —susurró Matilde—, deberá tener paciencia con mi hermana antes de consumar el matrimonio. Es una chica alegre y a veces se la puede confundir con una mujer fácil, y más en estos barrios, pero le puedo asegurar que es de lo más inocente...

El barón estrechó su mano antes de poder terminar el argumento y la obligó a contener la respiración.

—Lo que más me gusta de la caza es la espera.

La miró con los ojos encendidos de algo que Matilde no supo identificar y luego se encerró en la que había sido su antigua habitación de casada. Se quedó

sin saber qué hacer y dónde resguardarse antes de que empezara el barullo en aquella casa de juegos. Estaba tan cansada que no sabía si despertar a Clara y obligarla a ir hacia la cama junto al barón, ya que según sus palabras la respetaría, o ayudar a la única criada, Jacinta, a limpiar. Se decidió por eso último para no pensar en un futuro incierto que la llenaba de desazón, algo que precisaba encubrir porque preferiría morir que admitirlo.

Matilde salió al patio para sacudir el polvo de los trapos con los que había adecentado las mesas de juego. Respiró las partículas del vicio que llenaban cada uno de sus pulmones, donde se concentraba la codicia por conseguir ser la mejor en todo lo que se proponía, como dirigir aquel antro. La oscuridad empezaba a hacer mella en un cielo cobalto que escondía la silueta de una luna perezosa. Clara acudió a ella soñolienta y besó su mejilla.

—¡Buenos días!

—¡A buenas horas! Casi me da un soponcio cuando me dejaste a solas con tu esposo.

—¿No es lo que querías? ¿Que me alejara de él?

—Dejemos el tema, hay mucho que preparar antes de que abramos las puertas esta noche.

Por el rabillo del ojo se percató de que una sombra las acechaba. Era un individuo que se apresuró a estrechar a Clara contra él. Matilde agarró un palo de madera, el mismo que servía para controlar a los cerdos que tenían en el corral, y amenazó al desalmado.

—No vuelva hacer eso nunca más. ¡¿Me oye?! —Su genio salió a flote e hizo retroceder al barón.

—¡No pretendía asustarla!

—No se lo tome en cuenta, es muy protectora conmigo. —Clara apaciguó el ambiente con su acostumbrada risa de niña buena y juntó su cabeza con la del hombre que había trastocado sus vidas, o más bien, ellas habían alterado la de él, pero todavía no lo había advertido.

Matilde bajó el palo y se arregló su estropeado peinado lo mejor que pudo.

—¿Qué quiere?

—¿No es obvio que ha venido en mi busca? —Clara no tenía ninguna intención de separarse de Beltrán, que parecía atraerla como a una polilla la luz.

—Lo cierto es que necesito ir al baño, pero no lo encuentro.

—Es el mismo para todos los clientes —hablaron a la vez las hermanas.

—¡Yo no soy un cliente!

—Existe una sola letrina para los tres pisos. —Matilde alzó una ceja a la espera

de que por fin aflorara el carácter remilgado de noble que cubría esa fina piel de jugador.

—¡Está hecho un asco! ¡Debería despedir a quien tenga que limpiarlo!

—Vaciar la letrina será su labor a partir de hoy. El señor Cortés es muy austero y nunca ha querido invertir más de la cuenta, por eso lo hacía él mismo. —Era mentira. No movía ni un dedo en la casa, aparte de asustar a los que no pagaban, algo que se le daba muy bien.

—No pienso hacerlo. —Beltrán se sacó un pañuelo del bolsillo y respiró hondo.

—Aquí hay una pala.

—¡No seas así, Matilde! —le reprochó Clara—. Jacinta lo hará.

—Mejor que le enseñe para la próxima vez. —Sonrió maléfica.

El barón siguió a la doncella por el patio aún con el pañuelo en la nariz, incapaz de soltarlo por más que su vida estuviera en juego.

—Me lo pagará, señora Cortés.

—Lámeme Matilde —contestó triunfante. Al maquinarse tan descabellado ardid nunca hubiera creído que se divertiría a costa de un barón.

Capítulo II

«Visto un león, están vistos todos, y vista una oveja, todas; pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aún no bien conocido» (Baltasar Gracián, 1601-1658).

Beltrán Corbera de Prado, más conocido como barón con una chanza al final de la letra por los asiduos a Can Cortés, observaba con una jarra llena de vino en la mano el ambiente del salón. A medianoche la concurrencia aumentaba, al igual que las trifulcas.

Llevaba el mismo traje de su boda, al que le había tenido que quitar una mancha hacía cinco minutos debido a un malentendido con un cliente: un escupitajo había caído en su solapa. Pese a aquellas pequeñas tonterías, le gustaba su nuevo papel. Era el único que dominaba la situación, al que se le permitía jugar y hasta perder sin ninguna represalia. Si bien era cierto, todavía no había comprobado esa supuesta impunidad, ya que quería empezar con buen pie en su nuevo puesto.

No lo consideraba un trabajo; ni él ni ninguno de sus ancestros habían trabajado nunca, a excepción tal vez de un tío lejano que era sacerdote. Aunque, por lo que le habían contado, la vida de su tío no había tenido nada de laboriosa ni de célibe. Su padre y su hermano se enorgullecían cada vez que un Corbera de Prado sacaba a relucir su pasado sexual, daba igual si su madre y su cuñada estaban presentes, daba igual si Beltrán solo tenía catorce años y lo instigaban continuamente a perder su virginidad. Ser el menor en una familia de cazadores hambrientos de hembras y de guerra no había sido fácil. Aprendió a luchar, no para defenderse, sino más bien para demostrar que podía contra cualquiera que osara menospreciarlo, menos con su padre, con él nunca se atrevió.

Beltrán tragó el vino tan deprisa como los músculos de su garganta se lo permitieron. Crujió los dedos de sus manos, un acto reflejo del que había

intentado huir desde que tenía uso de razón. Una debilidad que mostraba siempre que estaba nervioso. Escondió el temblor y buscó a su esposa entre el gentío. Clara se había engalanado para él con un vestido de tafetán anaranjado, muy ajustado al torso, de escote bajo y espalda plegada. Las mangas llegaban hasta el codo, lo que le permitía contemplar sus hermosos brazos. Estaba sorprendido de que una mujer de esa edad lo pudiera atraer como lo hacía ella. Tal vez eran su mirada traviesa y su sonrisa, sí, definitivamente eran esos labios que solo relucían carnosos cuando Clara posaba sus ojos en él.

Aquel simple acto le dio la fortaleza para seguir con su propósito: que su primer día como protector de las hermanas Vidal fuera todo un éxito. De vez en cuando miraba de reojo a Matilde, que desde lo alto de la escalera de la segunda planta supervisaba los juegos. Con un solo movimiento de barbilla a sus seis trabajadores, tres muchachas y tres muchachos de lo más escuálidos, estos se apresuraban para apartar de la mesa al que hacía trampa, el que estaba demasiado bebido e incluso al que iba ganando. No creía que ese fuera el personal ideal para la casa de juegos, pero ya tendría tiempo para discutir con su cuñada sobre dichos menesteres.

Lo que más ansiaba, por muy en contra que estuviera de dejar a medias algo tan divertido como apostar a los dados, era apaciguar el calor que le subía por la entrepierna cada vez que Clara le dedicaba una de sus miradas especiales. Su complacencia lo hacía sentir poderoso. A pesar de que se dedicaba a servir bebida y apartar la mano de todos los que intentaban sobrepasarse, no salió corriendo en su defensa como un perro que protege a su amo, porque el amo precisamente era él y resultaba del todo evidente que Clara era su esposa. Esta se había acercado varias veces hasta donde se encontraba para demostrar su sumisión; parecía que quería confesarle algo, tal vez sus ansias por emprender una vida juntos. Beltrán también anhelaba formar un buen equipo, al menos el tiempo suficiente para conseguir solventar sus problemas económicos y recuperar su casa, no para vivir en ella, sino para venderla y volver a huir de los recuerdos y las penas de su pasado, del legado de una familia que había intentado convertirlo en alguien que no era.

Bebió de golpe otra jarra de vino. Clara se acercó una vez más. Iba a tocarlo, lo intuía, no obstante, en el último momento dirigió sus ojos llenos de sobresalto hacia su hermana. No había percibido ni un movimiento amenazador por parte de la señora Cortés, pero Clara pasaba de ser una flor radiante a una rosa marchita en segundos. Volvió a crujir los huesos de sus manos en el preciso instante en que Matilde se retiraba, y eso lo irritó tanto que decidió beber esa

noche como si fuera la última. ¿Cómo podía una hembra tan insignificante como Matilde despertarle una y otra vez los recuerdos vividos junto a su padre? Esa carencia de afecto, la decepción constante en su rostro, las exigencias por ser el hombre que en teoría debía ser: cruel, ambicioso, competitivo, falto de empatía, con un odio aberrante a todo lo que pudiera provocar ternura. El vino surtía su efecto: empezaban a difuminarse los rostros de los muertos, la tristeza de su madre, la pasión contenida de su hermana por la vida, la misma que la habían forzado a esconder hasta su muerte.

No sabía muy bien cómo había llegado a la cama, sin embargo, a sus pies estaba otra vez esa mujer de pelo blanco recriminándole su conducta.

—Mi hermana no acudirá esta noche a su cama, barón. En su estado es mejor que se aleje de ella, no quiero que el recuerdo de su primera vez sea con un borracho.

—Si fuera un hombre, me batiría en duelo con usted por lo que acaba de decir.

—Pero no lo soy.

—Por desgracia... —Beltrán fue consciente de que había perdido el combate dialéctico que su cuñada siempre estaba dispuesta a retomar, fuera cual fuese la ocasión. Por suerte, su esposa parecía ser todo lo contrario, y aquello le suscitó eróticas imágenes con las que se dejó vencer por el sueño.

La luz del sol entró a raudales por la ventana del dormitorio, traspasó los párpados y cegó parte de sus sueños, en los que una sombra lo acechaba. Podría decirse que aquella claridad que Beltrán maldijo nada más despertar lo había salvado de una pesadilla. Aunque a esas alturas le dolía tanto la cabeza que ya no recordaba nada que pudiera provocar furia o temor.

Escuchó la acritud en la voz de Matilde; daba órdenes sin detenerse a tomar aire. Temeroso de que la pobre criada estuviera a punto de llorar, se tapó los oídos para detener la posible irrupción de una plañidera que convertiría su resaca en un calvario. Sin embargo, la voz risueña de Clara se solapó con la de Matilde; los agudos que profería, como si estuviera a punto de cantar, lo llenaron de una sensación de alivio.

Salió de la alcoba con los calzones largos y la camisa a medio abrochar. Lo único que deseaba era tomar otro vaso de vino a ver si conseguía quitarse la pesadez de la lengua. Se lo impidieron con tanta vehemencia que quedó patente

que en aquella casa tendría que cambiar la jerarquía. Desde que Carlos Cortés había dejado en manos de su consorte las riendas del negocio, esta se había acostumbrado a imponer su voluntad. Ahora él era el cabeza de familia, por lo tanto, debería lidiar con la hermana mayor y su aspecto de eterna viuda para conseguir el poder. Suspiró por la ardua tarea que tenía por delante.

Recogían la mesa. Acababan de comer y ni tan siquiera lo habían esperado. Les recriminó su actitud, y lo miraron tan sorprendidas que al principio creyó que no lo habían entendido.

—Pensé que no tendría hambre y que tardaría en despertar —habló Matilde con su acostumbrada altanería—. Me basta que por la noche haga su trabajo.

Beltrán apretó los puños, estuvo a punto de crujir los nudillos, pero se abstuvo ante la dulce mirada de Clara, que se mantenía, llena de dudas, en segundo plano. Lo notaba en su forma de moverse, temerosa de acercarse a él por lo que la señora Cortés pudiera decir.

—Considero que hoy no debe presentarse en el salón. —Se dirigió a Clara con la misma suavidad con la que ella lo contemplaba—. No es adecuado que la esposa de un noble se pasee entre las mesas sirviendo bebida. La tarea debería recaer en alguien de más baja índole.

Clara profirió una serie de exclamaciones que terminaron antes de empezar; su labio inferior sobresalió bajo el superior, como si fuera una criatura haciendo pucheros. Matilde frunció el ceño al ver a su hermana en semejantes circunstancias. La abrazó, con la intención de apartarla de él y de lo que sus palabras habían provocado, y la consoló.

—No puede recluirla. No se ha casado con una muchacha cualquiera. Necesita de cierta libertad.

Beltrán se llevó los dedos a las sienes, harto de las maquinaciones.

—¡Por el amor de Dios! ¡Deje de hablar por ella! ¿Es que no tiene opinión?

—¿No les gustan así a los hombres?

—¡Cállese! Su voz es de lo más molesta.

—No se lo tenga en cuenta, querido, solo desea protegerme. —Clara se aproximó hasta él, lenta pero segura. Lo obligó a sentarse en una silla y le masajeó la cabeza, acto que provocó una erección instantánea. Arrastró la silla hasta la mesa y la ocultó con el mantel.

—Mi marido la encerró durante varios meses con un pretexto parecido y su salud empeoró más de la cuenta. —Matilde se atragantó con su propia saliva.

—Me consumo sin la música, las risas, la alegría de la gente... —El tono de Clara era sensual y ardiente a la vez—. Ser útil en el *triquet* da sentido a... todo.

Beltrán, incómodo, sin poder desfogarse a sus anchas, se obligó a pensar en algo turbio para mitigar el deseo que había aflorado sin pretenderlo. Y allí estaba su cuñada para enfriar el dichoso trance.

—Tal vez si pusiera a una de esas escuálidas niñas, las que reparten cartas en las mesas, de sirvienta, Clara podría ocuparse de recibir a los clientes.

—¿Ser la anfitriona? —preguntó, escéptica, la señora Cortés.

—¡Oh! ¡Eso me encantaría! —Clara besó su mejilla derecha—. Tengo un vestido perfecto para la ocasión.

Se comportaba igual que su hermana, Catalina, antes de caer enferma: llena de ternura e ideas románticas. Tal vez su esposa fuera igual de pura que ella, y lo que creía ver de opaco en su comportamiento no era más que el apetito sexual que desde siempre le había despertado; desde el momento en que entró por primera vez en Can Cortés y decidió que ese sería su nuevo paraíso, donde no pararía de apostar hasta destruirse.

Capítulo III

«Veloz es el pensamiento de la mujer y tornadizo por lo común, y vagoroso y andariego, y no sé bien a dónde le trae su propia lubricada ligereza...»
(Luis Vives, 1523, *De la mujer cristiana*).

La segunda noche en el *triquet*, Beltrán pudo comprobar cuán hermosa era su mujer. Su escote prominente lo había dejado atónito, pero el efecto de acuarela que producía la seda chiné le demostró que era el vestido más adecuado. Ni muy estridente ni muy falto de carácter. Tuvo que ayudarla a trasladar sus ropajes hasta la habitación de matrimonio. Entre los trajes de él y los de ella, fue imposible cerrar las puertas del armario de madera vieja situado en un rincón, tan austero como todo lo que había en Can Cortés.

La llegada del crepúsculo lo puso de buen humor al bajar al salón y comprobar cómo los clientes derrochaban su dinero. Se sintió orgulloso de Clara cuando la vio llevar a cabo una nueva labor que, al principio, había dudado que estuviese a la altura para realizarla. No obstante, tampoco era menester tener una educación exquisita cuando los asiduos eran soldados rasos, gente de campo, pescadores y nobles desterrados o demasiado viciosos para ser aceptados en antros de más altas miras.

Cuando más relajado estaba aspirando el tabaco en polvo que uno de sus antiguos camaradas de aventuras le había obsequiado, entró un hombre mayor, bajo y con joroba; de escaso pelo y varias verrugas en el rostro, acompañado por tres alguaciles.

—¡Exijo que detengan enseguida a esa bruja! —El recién llegado señaló a Matilde, situada en lo alto de las escaleras, mientras avanzaba furioso hacia ella.

Beltrán se fijó bien en su cuñada y vislumbró un pequeño movimiento de su cintura, como si fuera a caer hacia delante. Sin embargo, consiguió mantenerse erguida y subir con decisión a la planta superior. El barón se interpuso entre ese

energúmeno y sus oscuras pretensiones, y se encaró con los guardias.

—Esas no son formas de hablarle a una señora.

—¡Y una mierda! ¡No es más que una zorra embustera!

—¿De qué la acusa, señor?

—De matar a mi hermano.

—¿Y su hermano es...? —Movi6 la mano en el aire y levant6 la barbilla con desd6n, demostrando su estatus superior.

—El marido de esa buharra.

El semblante del bar6n se endureci6; hab6a o6do muchos rumores sobre las hermanas, pero nunca que fueran violentas, a excepci6n de la muerte de una ni6a en extra6as circunstancias. Aun as6, y en vista de que los tres alguaciles sosten6an sus respectivos mosquetes, los dirigi6 hasta el despacho. La chimenea estaba apagada y hac6a fr6o. Las dos velas que hab6a encendidas encima de la repisa no generaban luz ni calor.

—Buenas noches, Juan. ¿C6mo est6? —Matilde los recib6 impert6rrita, sentada detr6s del escritorio.

—¡Apresadla! —orden6 el cu6nado ense6ando los dientes como un perro rabioso.

—¿Con qu6 motivo? —La pasividad de la se6ora Cort6s dej6 perplejos a los intrusos.

—Tenemos un edicto que nos manda llevarla hasta el veguer por la desaparici6n de su esposo, Carlos Cort6s —enunci6 por fin uno de los guardias.

—Carlos no est6 desaparecido, sino de viaje. Aqu6 tengo una carta que lo demuestra. Y, adem6s, en ella advierte sobre la ambici6n de su hermano, desde hace a6os, de adue6arse del negocio.

—¡Mentira! ¡6l me habr6a contado sus intenciones de viajar!

—¿Cu6ndo, querido cu6nado? ¿Entre pelea y pelea por la herencia de vuestro padre desde hace ya m6s de diez a6os?

—Lo siento, se6ora, deber6 explicarse ante el veguer. Existe una denuncia que debe ser investigada. —Uno de los alguaciles se acerc6 a ella con prudencia, pero con el mosquete bien empu6ado por si se le ocurr6a cometer alguna locura.

Matilde se ech6 un chal de lana por encima, recog6 unos papeles esparcidos por la mesa y los introdujo en una carpeta de piel.

—Bar6n, necesitar6 que me acompa6e para acreditar mis palabras.

—¿C6mo? ¿Yo? ¿Por qu6? ¿Y el negocio? ¡No puede quedarse desprotegido!

—D6gale a mi hermana que se encargue de ello y d6 las instrucciones pertinentes a mis muchachos; luego, re6nase conmigo.

Beltrán quedó estupefacto. Nunca antes le habían dado órdenes, y mucho menos de esa manera tan imperativa. ¡Lo había tratado como si fuera un empleado!

Juan Cortés avanzó por el medio de la sala de juegos, bordeando las mesas y las sillas, esquivando algún que otro estilete lanzado al aire para clavarse en una diana improvisada. Lo seguía Matilde escoltada por los guardias. El espectáculo estaba servido, y los vítores e insultos hacia la dama no se hicieron esperar. Más de uno intentó aproximarse para rozarle alguna parte íntima, como si fuera una ramera. Beltrán se adelantó a los actos obscenos e impidió más ataques; se llevó otra buena tanda de silbidos en su contra.

El barón se encontraba desbordado por los acontecimientos y no creía que Clara, que se había limitado a recoger los abrigos de los recién llegados y agasajarlos hasta llevarlos a las mesas de juego, pudiera con la situación, y menos los críos que trabajaban para Matilde; al verla desfilar, más de uno había temblado de pies a cabeza.

Según había llegado a sus oídos, el viaje del señor Cortés había sido de lo más inoportuno. Nada más dejar el puerto de Barcelona, los hombres que tenía bajo su mando, y que se habían quedado para proteger el negocio, se amotinaron. No sabía cómo Matilde había conseguido echarlos, pero ahora solo tenía tres chicos enclenques y tres chicas avispadas y mal habladas, que pronto perderían la poca honra que les quedaba si alguien no tomaba las riendas. Decidió cerrar la sala; compensó a los clientes con rondas gratis para la noche siguiente y algún que otro favoritismo por parte de la banca para los más ilustres, si no protestaban demasiado.

Aconsejó a los empleados que vigilaran al salir del local, por miedo a represalias de algún malnacido. Una vez a solas con Clara, se dio cuenta de que tenía los ojos color miel, igual que su hermana, con una pequeña diferencia: esta tenía diminutos puntos verdes que le aclaraban la mirada.

La alegría y la espontaneidad que la habían caracterizado durante los pocos días en los que habían compartido techo y comida se habían evaporado. Su preocupación era sincera. No se quejaba, no chillaba ni lloraba, solo parecía esperar instrucciones, como si estuviera acostumbrada a coyunturas tan delirantes.

El barón sí que tenía mil preguntas que hacer, y más reproches que otra cosa, sin embargo, el silencio y la espera de Clara le abrieron la mente. Lo habían elegido entre una lista de deudores por alguna razón: necesitaban un hombre que las ayudara. Tal vez ya hubieran previsto la detención de la señora Cortés. Se

sintió insultado, manipulado. Tiró una silla contra la pared y soltó un quejido de impotencia.

Clara se apoyó en una columna.

—No me haga daño, por favor. —Los puntos verdes de sus pupilas se oscurecieron.

No era a ella a quien tenía en el punto de mira, sino a Matilde, que lo había utilizado. Clara se acurrucó en una esquina. Lo más lógico hubiera sido implorar el rescate de su hermana; no lo hizo. Aquel comportamiento confundió a Beltrán. Tal vez la señora Cortés tuviera razón cuando le advirtió sobre la fragilidad de su esposa. Su vitalidad había desaparecido, y ante él se encontraba una indefensa e insegura muchacha que rehuía la mirada a la espera de que todo aquello terminase.

—No debe tener miedo de mí, sino de ella. ¿Qué ha hecho para que la arresten?

Clara levantó la cabeza. La palidez de su rostro era palpable. ¿Qué le habían contado antes sobre su salud?

—No me encuentro bien. —Parecía realmente enferma, a punto de vomitar. Tocó su frente y la acunó entre sus brazos—. ¿Cuál es el plan? —Su sumisión era completa.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

—¿Qué órdenes le ha dado Matilde antes de irse?

Beltrán tensó todos sus músculos al recordar cómo lo había tratado su cuñada, como si fuera un esbirro más, cuando nunca había sido parte de ningún grupo; ni líder, ni sabueso, solo él y su confianza, la misma que estaba mermando desde que Matilde había entrado en su vida. La risa nerviosa de Clara evaporó todo el drama que emergía hacia fuera y le recordaba parte de su pasado indefenso.

—El truco es no tomarse como algo personal las palabras de Matilde; es así, no puede evitarlo. Le he dicho mil veces que debe cambiar, pero prefiere ser ella misma y arriesgarse a sufrir. Los caballeros se inclinan más por una joven dócil, sencilla y sin ambiciones. ¿No cree? —Beltrán olió el dulce aroma de los rizos de su esposa, que al notarlo se estrechó todavía más contra él—. Yo siempre intento ser complaciente y no creo que me haya ido tan mal en la vida.

El barón volvió a sentir fuego entre las piernas y su instinto animal fue mucho más allá de lo que pretendía: acopló su cuerpo para que notara el deseo a pesar de las faldas superpuestas, que intentó levantar con premura. Ella ocultó su rostro y lo detuvo.

—Devuélvame a mi hermana de una pieza y haré lo que usted me pida.

Beltrán creyó que sus entrañas se quemaban al escuchar esos acaramelados susurros que le prometían el cielo. Echó un vistazo al local vacío; parecía mucho más grande. Una construcción de tres pisos y unos beneficios diarios importantes que todavía no había podido calcular eran un succulento botín para cualquiera. Y el diez por ciento era suyo. Aunque solo fuera por eso, y por lo que Clara le había garantizado, debía acudir a la casa del veguer para comprobar lo que sucedía. Porque de una cosa estaba seguro: Matilde Cortés no era de las que dejaban cabos sueltos.

Entró en el despacho del veguer, un habitáculo pequeño y maloliente con numerosas velas esparcidas por los rincones. Se apoyó en la puerta, que cerró tras su espalda, y se dispuso a ser un mero espectador.

El veguer repasaba una y otra vez la carta que Matilde le había cedido, la cual sostenía con la mano derecha, y la comparaba con otra sujeta en la mano izquierda.

—¿Es esta la letra de su hermano? —se dirigió a Juan Cortés, sentado justo al lado de Matilde. Beltrán se cuadró, dispuesto a intervenir si fuese necesario. No se fiaba de ese iracundo ni de su contenida cólera.

—Así lo parece —carraspeó el aludido.

—Entonces, ¿qué reclama a estas horas?

—¡Es imposible que Carlos dejara el negocio a cargo de un desconocido! — Juan arrastró la silla hacia atrás con violencia, su dedo índice quedó muy cerca de la nariz de Beltrán, que se situó justo detrás de Matilde; de manera involuntaria apoyó la mano en el respaldo. Como si pudiera impedir que siguieran hablando de él.

—¿Conoce el contenido de la carta, barón? —interrogó el veguer. Era tan observador como detallista, y no se le escapaba ni una pausa que pudiera comprometer a un sospechoso. Beltrán lo sabía bien. Había acudido al mismo despacho en más de una ocasión cuando era niño junto a su padre, que estaba empeñado en que aprendiera a comportarse como un hombre poderoso, aunque a él más bien le parecía despotismo.

—¿Cómo no lo va a conocer si él lo ha firmado? —Matilde se expresó de una forma tan autoritaria que lo sobresaltó por el simple hecho de a quién iba dirigido el reproche. ¿Es que no se amilanaba ante nadie?

Todavía no se habían puesto de acuerdo con los documentos y no había firmado ni un solo papel. Se sintió turbado por su falta de brío, por no estar a la altura, igual que cuando su padre lo amonestaba por su empatía. No entendía qué tenía que ver aprender a ser un Corbera de Prado con llevar a la cárcel a un pobre desgraciado por haber robado fruta de sus propiedades.

El barón asintió ante la pregunta del veguer. En su mente argumentó que se estaba ganando la confianza de Matilde, aunque en su fuero interno sabía que podía más el miedo a perder sus privilegios que la esperanza de llevarse bien algún día con su cuñada.

—Como ya le he comentado —continuó la señora Cortés—, mi marido confía en el barón porque son amigos y, además, el prometido de mi hermana. Le informó de sus intenciones de viajar a Asia y de que, una vez casado, podría dirigir el negocio en su ausencia hasta la vuelta, a cambio de un mínimo porcentaje de los beneficios.

—Se lo he preguntado a él, no a usted —suspiró el veguer—. Deje de hablar por los demás, señora, es una costumbre muy fea en una dama.

Beltrán aclaró la garganta antes de contestar y crujió los dedos de las manos.

—Por supuesto que conozco la carta.

—¡Eso es imposible! ¡Mi hermano odiaba a la aristocracia y a todos los imbéciles con ínfulas!

—¡Haga el favor de hablar en presente! ¡Carlos no ha muerto! —estalló, colérica, Matilde.

—¿Cómo se conocieron? —indagó otra vez el veguer, harto de todo aquel embrollo, como era evidente por sus continuos gestos de desaprobación ante ambas partes.

Esperó a que Matilde acudiera en su ayuda, pero no lo hizo; levantó la barbilla y ni siquiera le suplicó con la mirada. Se limitó a mantenerla fija en algún punto de la pared ennegrecida por el humo de las velas.

—Por mis deudas —se atrevió a pronunciar—. Soy cliente habitual de la casa de juegos y contraí una deuda importante. El señor Cortés me dio la oportunidad de saldarla a plazos, cosa que hice, y a partir de ahí nació nuestra camaradería.

—¿Qué tienen en común? —Aquel hombre de ley no era estúpido y, con su calma, conseguía sacar de quicio a todos los presentes.

Nunca se había fijado en Carlos Cortés cuando se dedicaba a beber y jugar en su local. Tal vez lo había visto echar de malas maneras a algún borracho con ansias de follón, pero ni tan siquiera recordaba su rostro. Dedujo que, si había

conseguido a Matilde como esposa, debía de ser un hombre de carácter fuerte.

—A los dos nos gusta la lucha.

No era una respuesta descabellada teniendo en cuenta que se había involucrado en más de una pelea y había salido triunfante. Era bueno con los puños y, si tenía que hacer alguna zancadilla que otra y romper una o dos reglas de caballeros, lo hacía. No le quedaban remordimientos por ello.

—¿Qué asuntos tiene el señor Cortés en Asia? —Las preguntas eran de lo más minuciosas; no podía esperar menos: el cargo por asesinato significaba la horca.

Matilde pareció empequeñecer. El barón sabía que la exportación de opio era ilegal, así que salió en su defensa.

—Telas, las mejores que haya podido usted tocar.

El veguer suspiró y volvió a mirar las cartas arrugadas que sostenía.

—No veo ninguna causa por la que debemos encerrar a su cuñada, señor Cortés. Usted mismo ha reconocido la letra de su hermano.

—¡Ella ha podido falsificarla!

El veguer rio para sus adentros. Beltrán lo hizo en voz alta. La acusación era ridícula. Ni su madre, que había sido educada con las mejores institutrices, tendría la maestría como para escribir un documento tan extenso. Ninguna mujer sería capaz de ello.

—Señora Cortés, ¿sería tan amable de escribir en una hoja su nombre?

Matilde cogió una pluma con el puño cerrado de la mano derecha, sacó la punta de la lengua y se esforzó por conseguir una M mayúscula de los más básica; tardó más de dos minutos en escribir su propio nombre.

—Suficiente. —El veguer le quitó la hoja de las manos—. Infórmele a su esposo a la vuelta que debe pasar por el notario para legalizar los documentos. No me gustaría que el barón lo denunciara por no obtener su diez por ciento.

Matilde asintió, recogió los documentos y los depositó de nuevo en la carpeta de piel.

—¿Puedo irme?

—Solo una última cosa, barón: ¿es esta su firma?

Beltrán se acercó y disimuló no ver bien la carta; arrimó una de las tantas velas, casi consumidas, de la alcoba y asintió. Era verdad que se parecía a su firma, no obstante, el gran misterio que debería descubrir más adelante, a solas con las hermanas, era cómo había llegado su garabato hasta allí.

—¿Ratifica la versión de la señora Cortés? ¿Accedió al requerimiento de su esposo?

—Sí. —Temió que su afonía lo delatase. Pero ya estaba hecho.

Juan Cortés enrojeció de ira y se abalanzó sobre Matilde.

—¡Esto no quedará así! ¡No descansaré hasta dar con mi hermano vivo o muerto!

El barón rodeo el cuello de Juan Cortés, lo apartó de su cuñada y lo inmovilizó hasta arrastrarlo al exterior.

Beltrán y Matilde recorrían las calles oscuras del barrio del Born sin miedo, pese a los múltiples casos de violencia y robo que cada noche se perpetraban entre las paredes de piedra y barro. El eco de sus pasos y la certeza de caminar uno junto al otro hacia un mismo objetivo aumentaba su valentía. Al menos era lo que sentía Beltrán a pesar de las mentiras de su cuñada, a pesar de haberlo forzado a ser partícipe de alguna confabulación que todavía no sabía si era necesario descubrir. Dudaba si mantenerse en la ignorancia y seguir con su vida plena y feliz gracias a la bebida y el juego, fuentes inagotables de diversión, con la que las Vidal lo habían chantajeado, o si tirar del hilo que sabía, sin duda, que estaba podrido.

Su firma había sido falsificada por un experto al que debían de haberle pagado un buen salario tanto por su trabajo como por su discreción. Pero ¿cómo sabía el señor Cortés que aceptaría tan descabellado acuerdo?

Matilde apretó el paso; el vaho que salía de sus labios y su agitada respiración intranquilizaron a Beltrán. Aunque la culpa de su inquietud era más bien por haber mentido a las autoridades tan solo para defender a una desconocida.

Tomándola de la mano, la obligó a aminorar la marcha y le pareció sentir los arrítmicos latidos de su corazón. Ella escapó del tacto de sus dedos.

—Debemos llegar cuanto antes. Mi hermana estará preocupada.

Beltrán pensó, por primera vez desde que salió del despacho del veguer, en su esposa y en el abrazo con sabor a esperanza. Clara se sentiría de lo más agradecida por volver a ver a Matilde. Tal vez podría llevar a cabo, por fin, la consumación de su matrimonio.

Se escucharon pisadas fuera de tiempo, nada que ver con el marcado compás que ambos habían sincronizado. De las sombras surgió un individuo encapuchado, y el barón vislumbró el brillo del metal de una daga. Por la forma y dirección que tomó el brazo del desconocido, dedujo que la víctima no era él, sino Matilde. En un acto reflejo, la empujó al suelo. Mientras con una mano

sostenía la afilada hoja del cuchillo, con la que se hizo un pequeño corte, propinó una patada en las partes nobles del atacante. Este cayó al suelo, y el barón aprovechó para clavarle el codo en los omóplatos. Matilde se arrastró por el empedrado hasta cobijarse bajo el alféizar de un balcón. Beltrán tardó unos minutos en localizarla a causa de la oscuridad de la noche. La luz de la luna era escasa y no había antorchas encendidas que pudieran alumbrar el camino. Cerró los ojos y reconoció los suspiros de Matilde y los intentos por controlarlos. Buscó a tientas su contacto y esta vez fue ella quien lo sujetó con fuerza. Corrieron los últimos metros que los separaban del *triquet*.

—¿Quién la quiere muerta? —le preguntó, sintiendo los nervios de la señora Cortés a través del roce de su piel.

—Conmigo fuera de escena y Carlos desaparecido, su hermano se quedaría con el negocio.

—¿Así que por eso corre riesgos y vulnera la ley? ¿Esas fueron las disposiciones del señor Cortés?

—No hace falta que nadie me enseñe cómo mantenerme a flote, lo he hecho toda mi vida.

—Pero ¿por qué él me eligió?

—Fui yo y no me he equivocado, a tenor de lo que acaba de suceder.

—Su marido debe de amarla mucho para confiarle sus asuntos.

—No es cuestión de amor, sino de valía.

La rigidez con que su mano se entrelazaba con la suya fue más que evidente. Los dedos de ambos se desenredaron. Beltrán gruñó al recordar cómo su padre también usaba la misma frase: «Vales o no vales, así de sencillo, y tú, Beltrán, todavía tienes que demostrarlo».

Matilde aprovechó su aturdimiento para adelantarlo en su carrera, y eso lo enojó aún más que la falsificación de la firma.

Capítulo IV

Días ha grandes que conozco en fin desta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. (Fernando de Rojas, 1499, *La Celestina*)

Una jarra de vino y tres vasos estaban dispuestos encima de la mesa del pequeño comedor de la planta tercera de Can Cortés. Un plato con tacos de queso y pan era el complemento perfecto para quitar las penas. Clara mantenía la vista fija en la vela que se consumía junto a los alimentos. Ya habían pasado más de tres horas desde que los alguaciles habían arrestado a su hermana. Confiaba en Matilde y en su ingenio para improvisar, pero no estaba segura de que su marido hubiera comprendido su tarea en todo aquel embrollo. ¿La habría apoyado y corroborado cada una de sus palabras? No podía parar de morderse las pielecitas de los dedos mientras esperaba su regreso. La paciencia no era una cualidad en ella, sin embargo, había aprendido a lo largo de los años que lo mejor en momentos de crisis era mantenerse alerta.

Ambas eran conocedoras desde hacía tiempo de la amenaza que suponía Juan Cortés. Era un hombre egoísta y envidioso de la suerte de su hermano. Había sido menospreciado por su madre, que consideraba al heredero de la familia Cortés una especie de héroe, y más al comprobar cómo su hijo había convertido el legado de su padre en un exitoso negocio. Nunca lo relacionó con la aparición de Matilde en sus vidas. La mujer, deseosa de tener hijas, las acogió de buen grado. La alegría no duró lo suficiente como para generar alguna relación más íntima, ya que enseguida se percató de que la esposa de su primogénito no tenía ninguna de las aptitudes que se requerían para el puesto, empezando por la sumisión y la carencia de orgullo.

Clara enseguida entendió que, con sus zalamerías, en lugar de arreglar el

asunto, lo complicaba más. Las comparaban constantemente, y hasta temió que quisiera emparentarla con su hijo menor, o, peor aún, que Carlos Cortés decidiera romper el acuerdo que tenían para llevársela a ella también a la cama.

Escuchó el chirriar de los peldaños de las escaleras y, en lugar de asustarse, corrió hacia allí. No había oído el escándalo que hacía la llave al crujir en la cerradura del portón, y consideró la posibilidad de que Matilde y Beltrán hubieran accedido por el patio.

Su hermana le dio una palmada en la espalda, y advirtió que estaba más malhumorada de lo normal. Clara se sintió desamparada y, para contrarrestar el sentimiento, se abalanzó sobre Beltrán, lo rodeó por el cuello y lo besó en la frente, las mejillas, la barbilla sin rozar en ningún momento los labios.

—Gracias, gracias, gracias.

Matilde murmuró palabras ininteligibles de desaprobación; para ella, cualquier demostración de afecto era un espectáculo vulgar. Pero así era Clara. Se consideraba el contrapunto que le faltaba a su otra mitad, la luz que aportaba cordura y equilibrio en ese carácter tan taciturno. Se contuvo, no por pudor, sino porque recordó que debía representar a una virgen y, con su osada manera de recibirlo, Beltrán podría sospechar. Y, si se decidía a investigar por su cuenta los secretos de las Vidal, no las beneficiaría en nada. Aun así, no pudo despegarse de ese cuerpo fornido que la tentaba a través de la dureza de sus músculos. Bullía en su presencia y, aunque sabía que iba en contra de lo que había prometido, lo miraba como si fuera una gata en celo. Le hubiera gustado comprobar de cuántas posturas era conocedor. No parecía el típico que se conformara con un acto sencillo y rápido. Los orgasmos que el barón le produciría eclipsarían hasta al mejor de sus amantes, y muy posiblemente sería capaz de sustituir a su capitán. Clara deseaba más que nunca olvidar a Manuel Montenegro, con el que yacía desde hacía cuatro años, y empezar un nuevo capítulo de su existencia donde Beltrán sería el foco de su entretenimiento.

—¡Basta! Comportaos decentemente —recriminó Matilde.

Clara pestañeó varias veces, como si despertara de una pesadilla en la que después de un pecado placentero la esperase un grave castigo. Se acercó a su hermana, y el hechizo que la había embriagado de felicidad al verla sana y salva se desvaneció.

—Lo siento. —Intentó disuadirla de otra reprimenda por su impetuosidad—. Ya sabes que no lo puedo remediar, es tan apuesto...

Matilde la pellizcó con disimulo.

—Tal vez te hubiera gustado que pasara algunos días entre rejas y así saltarte

nuestro plan.

No hubiera sido una mala idea poder disfrutar sin tapujos de las dimensiones del barón. La atraían los hombres más altos que ella, que pudieran abarcarla con un solo brazo sin problemas. Beltrán se mantenía en forma: sus manos grandes eran una señal de que todo en él también tendría esa proporción. Todavía recordaba la decepción que se había llevado con un muchacho al que permitió seducirla. Desde entonces se percató de que las manos finas y delicadas no eran sinónimo de buen gusto, sino de talla pequeña, y ella era una mujer que prefería ser embestida por Goliat.

—¡Secretitos en la oreja es cosa de viejas! —se burló el barón, que había aparecido tras ellas como un fantasma del pasado.

El vello de la nuca de Clara se erizó al notar lo tan cerca. Si se aproximaba un poco hacia él, seguro que notaría la dureza de la cual las rameritas de Can Cortés hacían gala. Deseaba sentirse viva, alejarse de la tristeza que envolvía a Matilde, y para ella el sexo siempre había sido una fuente inagotable de evasión. Esa sensación la transportó a la mísera realidad: debía demorar la noche de bodas hasta que supiera cómo conseguir volver a ser virgen, o al menos parecerlo.

Subieron al tercer piso. Las puertas de las dos habitaciones, separadas por un corto pasillo, estaban abiertas; se podían ver los lechos solitarios anhelantes de ceder un hueco y crujir de esperanza. Tres personas, dos camas; dos camas, tres personas. Ese era el único pensamiento que atormentaba a Matilde.

Clara solo debía alejarse del barón; engañarlo con una absurda timidez que nunca había poseído; rechazarlo con la excusa de no estar preparada, pero ya veía, por cómo lo devoraba con los ojos, que no estaba por la labor. No soltó la gélida mano de la única persona que la entendía. Temía que la abandonara por unos pocos segundos de placer, del que tanto hablaba Clara y el cual ella nunca había experimentado. Desafió con la mirada al extraño que se había convertido en su cuñado y en su protector. No había tenido demasiadas opciones cuando lo escogió. De los deudores del *triquet*, muy pocos demostraron tener cualidades para la lucha, y muchos carecían de atractivo.

No podía mostrarse débil, ni admitir la necesidad que tenía de consuelo después de lo ocurrido en el despacho del veguero y con el posterior ataque del desconocido. Ya no sabía si el sudor que resbalaba por su palma manaba de ella

o de Clara, tan iguales y tan distintas.

Su hermana se atrevió a morderse el labio inferior mientras recorría con la mirada el talle de su esposo, para darle a entender algo que Matilde no comprendía: la voluntad de yacer con los hombres. ¿Cómo podía agradarle? Era una de las obligaciones más detestables de un desposorio. Uno de los trabajos más degradantes que había tenido que realizar para no morir de hambre. Y Clara lo disfrutaba.

Matilde divisó las camas y observó de reojo la reacción de Beltrán. Este se dirigió despacio hasta la alcoba más pequeña.

—Es preferible que duerman juntas esta noche. En los momentos difíciles la familia es el mejor alivio —comentó el barón de manera afable. Hizo una leve inclinación con la cabeza y cerró la puerta tras de sí.

Matilde inhaló profundamente el aire rancio del piso. Apagó la única vela encendida.

Las hermanas, que conocían la estancia a la perfección, caminaron juntas hasta el lecho de matrimonio.

Clara se acurrucó en el hueco que Matilde le había guardado. Era un colchón relleno de paja que crujía rasposo con cada movimiento. Las dos sabían cómo mantenerse quietas para que esas briznas secas no murmuraran. Sin embargo, ellas musitaban palabras de aliento que se desvanecían entre el eco de las paredes.

Hacía tiempo que Clara no sentía el alma de su hermana tan cerca. Esta se había evaporado el día que dio a luz a una niña sin vida.

Siempre había sido la responsable, la estricta y la disciplinada. Por eso su padre la había elegido para ayudarla en su oficio de escribano. Era una artista de la imitación, y las ganancias por la falsificación de documentos, como últimas voluntades, registros mercantiles y cada locura que llegaba a sus manos, aumentaron más de lo habitual. El esfuerzo de Matilde les aportó tranquilidad, bienestar, y el mantenimiento de una casa con dos habitaciones, hasta que encarcelaron a su padre y su madre, al poco tiempo, murió de pena. Acabaron sus años de juventud en un orfanato, y Matilde, llena de remordimientos, se erigió la hermana mayor; se creía culpable y decidió que debía recaer solo en ella el deber de recobrar lo que era imposible: la inocencia.

Clara dudó desde un principio del descabellado plan de su hermana. Hacía tiempo que no practicaba y su habilidad con las letras se había oxidado. Aquella noche había sido la prueba de fuego. Al parecer, el veguer había caído en la trampa, y Beltrán había entrado a formar parte de la familia al no preguntar y aceptar la realidad. Ya no era un extraño más al que manipular: era su marido y había demostrado que podían confiar en él. Matilde, en otros tiempos, lo hubiera entendido, habrían salido a flote su empatía y su generosidad, pero desde aquel fatídico día se había transformado. La dulzura que siempre ostentaba, y que había aumentado desde que quedó embarazada, terminó al dar a luz. A partir de ese instante, su alma se tiñó de negro, como sus ropas.

Ahora las dos temblaban por el frío de la madrugada. No se podían permitir utilizar la leña que tenían guardada para las cotas más altas del invierno. Entrelazaron sus extremidades, se dieron calor y se alentaron. Clara creyó haber perdido la cordura; apenas unos minutos antes lo hubiera dado todo por dormir con su esposo. Se sentía dichosa al conseguir superar la debilidad y tener de vuelta a su hermana.

—¿Has pasado miedo? —le preguntó sin verla, intuyendo sus ojos abiertos.

—Ya sabes que nunca tengo miedo.

Clara acarició ese rostro envejecido por las canas, pero tan suave como el suyo. Recordó cómo, de pequeñas, Matilde, en lugar de envidiar el trato de favoritismo que sus padres le dispensaban por su frágil salud, se unía a ellos y le guardaba la pieza de fruta más grande, le ofrecía su manta para que no se enfriara y le cantaba canciones para entretenerla mientras los truenos de una espantosa tormenta se alejaban hasta solo quedar su voz. El pavor a perderla siempre se reflejaba en su faz, y Clara luchó por sobrevivir. Dejar sola a su hermana hubiera sido devastador para ella, que se definía como parte de una mitad.

—Las dos estamos en esto, no tienes por qué esconder tus sentimientos.

—¿Qué quieres? ¿Qué llore como una mojigata entre tus brazos?

—No sería la primera vez.

—Ya no soy esa persona.

—¡Qué tontería! ¿Desde cuándo te ocultas de mí? Sé lo que sientes y piensas en cada momento. Y me duele verte tan triste, Matilde.

—Es lo que he intentado evitar todo este tiempo. Soy la mayor, he de cuidar de ti.

—Naciste cinco minutos antes, eso no te da derecho a elegir por las dos.

—Te protejo, igual que lo hacían papá y mamá.

—He crecido, ya no soy esa cría desnutrida y enclenque. La vida me ha

cambiado.

—He intentado que no fuera así, que conservaras tu naturaleza optimista, que no sufieras, que fueras feliz.

No podía contradecir sus palabras porque era cierto que había recibido una sobreprotección por parte de su familia. Darles a entender que la hacía sentir inútil solo habría servido para atormentarlos más. Nunca creyó justificable hablarles sobre la impotencia que había padecido durante años por no poder correr igual que los otros niños; por mantener a su hermana encarcelada junto a ella en la reducida casa donde vivían, con ese olor a tinta que penetraba hasta el cerebro, tan molesto que le entraban náuseas. No podía rehuir las caricias fraternales de Matilde cuando sus manos ennegrecidas por el trabajo tocaban su piel.

Entendió muy pronto que tanto sus padres como su gemela evaluaban su propio día dependiendo del estado de ánimo de ella. Así que delante de su familia se mostraba contenta. Agradecía sus cuidados, se entusiasmaba con cada muestra de cariño, con cada regalo insustancial, solo para salvaguardar la armonía.

—Soy feliz —volvió a mentir como tantas otras veces—. Siempre juntas. ¿Recuerdas? Mi sonrisa es tu sonrisa. Mi dolor es el tuyo.

—¡No! Nunca he querido eso... Me he sacrificado para que no tuvieras que volver a angustiarte.

—No puedes depender de mí para vivir de un pasado que ya no está. —Clara apretó los dientes. No le gustaba que aludieran constantemente a una enfermedad que había superado hacía tiempo. Las secuelas de nacer minutos más tarde eran evidentes: no había crecido en estatura tanto como ella. Iguales y distintas a la vez. Matilde medía su fuerza por cómo toleraba la aflicción; en cambio, la solidez de Clara radicaba en no desmoronarse nunca, en redoblar las energías con cada revés que Dios le enviaba.

—¿Por qué me hieres de esa forma, Clara? ¿No he estado a tu lado, no te he salvado de la miseria?

—Nunca he dudado de ti. Pero al mismo tiempo que tú me protegías, yo he sido tu apoyo y tu amparo. Te he demostrado en más de una ocasión mi fortaleza. Sin mí no habrías conseguido lo que más deseas: Can Cortés.

—Me lo merezco, nos lo merecemos.

—Esa no es mi ambición. —Sabía que a Matilde le costaba comprender cómo alguien podría escoger otra vida en la que no importara ganar o perder. Lo único que Clara anhelaba era vivir en paz. Desde que murieron sus padres, la tensión

se había convertido en una constante. Imposible conciliar el sueño cuando lo más importante era estar preparadas en todo momento para escapar e impedir que fueran raptadas, violadas o vendidas al mejor postor.

—¿No lo queríamos las dos?

—Yo solo ansío vivir tranquila con mi marido y formar una familia.

—¿Así que te gusta el esposo que te he escogido? —se burló Matilde.

Esa chispa de humor aligeró el corazón de Clara, y emitió un sonido gutural de lo más placentero. El sexo era lo que le permitía escapar de la injusticia, de la amargura y la congoja que abrumaban a su hermana.

—No sabes lo maravilloso que es el barón. Hemos tenido un momento íntimo más allá de las palabras y los reproches... y he sentido como si cientos de plumas me hicieran cosquillas en el estómago.

—Ya lo he visto y no me ha gustado tanta efusión.

—No ha sido a tu llegada, sino antes. Un momento profundo y apasionado.

—Debes reprimirte, ese capricho que tienes por los hombres no es sano. Te necesito recatada y sumisa para que el acuerdo funcione y que tu esposo no nos denuncie o anule el matrimonio por no ser lo que él espera que seas.

De vuelta a la terquedad, pensó Clara. Cómo le gustaría que se relajara al menos durante unas horas. Suavizar ese carácter intransigente la ayudaría a obtener sus metas sin tanto esfuerzo. Al menos a ella le funcionaba. Un poco de dulces palabras en el oído del individuo adecuado, un contoneo en el momento preciso y el mundo caía a sus pies. Así era como había conseguido sus joyas y su amplio vestuario.

—Es que es tan atractivo... ¿No crees, Matilde? —Puso tanto énfasis en la pregunta que provocó la retirada de su hermana, que encerró de nuevo el alma perdida que empezaba a resurgir esa noche.

—No me he fijado.

—Es de fiar. Estoy convencida. Tal vez este sea el definitivo y no tengamos que seguir buscando...

—Lo he escuchado tantas veces... —El recelo salía a flote cuando esperaba haberlo enterrado—. La intención es que no desaparezca como los otros nada más abandonar tu cama. Para ello debes contenerte un poco.

—¡Pero si siempre alaban mi impetuosidad!

—Eso es imprescindible en una fulana; en una esposa es aberrante.

Clara se giró de espaldas. La mayoría de sus pretendientes la cubrían de tesoros; objetos inanimados que debían derretirla, pero cuando les hablaba de huir juntos, empezar una nueva vida, siempre reculaban. Hasta su capitán,

Manuel Montenegro, que volvía una y otra vez por ella, y huía una y otra vez de ella. Con el barón sería distinto, y Matilde debía darse cuenta.

—No sé si podré controlarme, parece ser de los pocos que antepone el deseo de una dama —murmuró Clara con tanto énfasis que se le escapó un resuello.

—¿Qué le encuentras a ese acto fruto del pecado? —Matilde se atragantó. Nunca había conocido el placer, y se tapaba los oídos cuando intentaba explicarle que ella sola podía encontrar una veta de dicha entre sus partes sin que nadie interviniera; se lo había enseñado su capitán, al que ahora detestaba por haberlas abandonado cuando más lo necesitaban.

—Eso es porque nunca lo has probado.

—¡No empieces! ¡Me he casado dos veces!

—¡Pero con dos bestias! Nunca has gozado como una verdadera mujer. ¿Por qué Dios nos iba a dar ese botón de oro si no lo pudiéramos utilizar? Cómo me gustaría que lo experimentaras, seguro que tu alma reviviría.

—No dices más que tonterías, qué botón ni qué ocho cuartos. Tenemos otros asuntos mucho más vitales en lo que pensar.

—Aunque solo fuera un beso... —Se acurrucó junto a ella como cuando eran niñas.

—No podemos demorar más la consumación de tu matrimonio. Mañana iré a ver al boticario para que me dé algún artilugio y así aparentar lo que no eres, y que al terminar con... eso se derrame algo de sangre entre las sábanas. No debe de ser tan difícil, hasta en la época de *La Celestina* se las apañaban para engañar a los maridos.

—¡Ah, sí! El libro prohibido que papa encontró entre tus cosas.

—No me lo recuerdes. De joven era una boba que creía en el amor.

—¡Todavía estás a tiempo!

Cuando Clara había envuelto el cuerpo de aquella niña inerte en un chal y se la había enseñado a su hermana para que se despidiera de ella, vislumbró algo más que dolor. Si no hubiera estado presente, estaba convencida de que se habría dejado morir. Tardó un tiempo en recuperarse, en volver a ser el reflejo de lo que era. Y la rutina que las había perseguido desde que nacieron se acrecentó. Matilde redobló su protección. Y solo se sentía satisfecha si ella lo estaba. Vivía cada minuto dependiendo de lo que deseaba, y malinterpretó sus aspiraciones. ¿Valía la pena cuestionar el poder y el dinero que habían conseguido? Eso significaría que el sacrificio de ambas había sido en balde.

—Nos gusta nuestra vida, ¿no es así? Ahora que todo parece estar más tranquilo, sin Carlos por el medio... —dijo Matilde insegura.

No era extraño para ellas hablar en plural, las dos compartían una conexión especial desde antes de su nacimiento; las unía algo más que haber sido alimentadas por la misma madre. A veces parecían un solo ser que lloraba y reía a la vez. Algo que en ocasiones a Clara le resultaba una carga demasiado pesada. Aun así, seguían juntas. Habrían podido tomar caminos distintos, separarse cuando una de ellas se casó. Sin embargo, al pensar en aquella posibilidad, se daba cuenta de que no sobrevivirían la una sin la otra.

—No es la vida que quiero —desafió Clara a su gemela. Una idea estaba formándose poco a poco en su mente y debía explorarla con cautela.

Matilde se levantó de la cama, airada. Le daba igual que la madera del suelo, la paja o la grieta de la ventana chirriaran cada vez que sus susurros se convertían en afónicos bramidos.

—Estás todo el día pensando en fruslerías, no trabajas, no ayudas en casa, yaces con quien te place y cuando te digo que te centres una sola vez... te atreves a insinuar que esto no es lo que deseas. ¿Por qué me castigas de esta manera? ¿No puedes controlar a tu marido unos pocos días hasta que encontremos el remedio?

—La cuestión es cómo voy a controlarme yo.

La luz del día traspasó la deshinchada tela de la cortina y creó una aureola en torno a Clara, que, de rodillas, suplicaba a su hermana que volviera junto a ella. Su expresión traviesa asustaría a cualquiera menos a Matilde.

—No te puedo dejar a solas con él. Debería decirle que estás indispuesta y que necesitas descansar. Tal vez se contente con dormir abrazados.

—No creo que pueda resistirme. ¿Y si voy yo a ver al boticario y tú te quedas con el barón?

Matilde dejó de agitar sus brazos, nerviosa, en el aire.

—¿A qué te refieres?

—Mi sonrisa es la tuya, mi dolor es el tuyo.

Volvieron a mezclar sus cabelleras, que se entrelazaron como ramas de un mismo árbol.

—No continúes con eso —imploró Matilde—. Era un juego de niñas. Ahora es distinto.

—No ha cambiado. Miro atrás y lo único que veo es a dos personas que han vivido una sola vida.

Clara necesitaba que su gemela entendiera que ninguna estaba por encima de la otra, que nadie se había librado ni del martirio ni de la felicidad. Que las dos podrían, por fin, dejar de ser la mitad y empezar a sentir como un todo.

—Basta... yo siempre he...

—No te atrevas a repetir que has intentado ahorrarme las miserias. Estamos juntas en esto. Yo te he complacido, he hecho cosas por ti de las que no estoy orgullosa. Es tu turno.

—Creí que teníamos el mismo objetivo.

—Y por eso te pido, por el bien de las dos, que te hagas pasar por mí con el barón.

La contundencia con la que Clara había hablado no dejaba ranuras abiertas. Estaba convencida de que había llegado su momento: lograr que Matilde volviera a sentir, aunque solo fuera un filamento de lo que fue. Sus ojos no se iluminarían como cuando las dos escuchaban el corazón de esa niña en su barriga, pero al menos sentirse a salvo con un caballero le devolvería la confianza. Y a Beltrán le gustaba jugar tanto fuera como dentro de la cama. Las chicas le habían comentado cuán atento y considerado se mostraba con sus amantes. Él era el adecuado.

—¿Y mis canas?... —Matilde palpó el cabello de ambas creyendo que era el suyo.

—En la oscuridad no se nota.

—¿Y mi voz?

—Entre susurros suenan parecidas.

—Pero es tu marido, ¿no te importa?

—Estoy segura de que sabrás pararle los pies si intenta algo y seguirás igual de casta.

—No, no puedo. Sabes lo mal que lo paso con el contacto íntimo, y si me fuerza, y si...

—Él no es Carlos, ni el imbécil del carnicero. —Matilde tiritó, y Clara tuvo que abrirle los ojos, confesar un secreto que hacía tiempo guardaba en lo más profundo de sus entrañas—. No es la primera vez que compartimos a un marido.

—¿A qué te refieres?

—Aquella noche, cuando tu hija...

—¡No lo digas! ¡No pronuncies su nombre!

La perdía, se iba alejando y convirtiéndose en la bruja de Can Cortés, como todos la conocían.

—El carnicero estaba tan enojado que tuve que calmarlo. Se negaba a creer que no podrías volver a engendrar, y sabía que no respetaría la cuarentena.

—Entonces, ¿por qué nos echó a la calle si creía que cumplía con mi deber?

—Lo hizo al darse cuenta que no quedabas otra vez encinta.

—¡Te arriesgaste a quedarte tú embarazada!

—Sé cuidarme en esos asuntos, Matilde. Me has protegido durante muchos años, pero yo también me he asegurado de que el mal no fuera a mayores. Eres inteligente para unas cosas, aunque muy poco para entender cómo funcionan las relaciones sociales. He intentado allanar tu camino, solo eso.

—Y con el señor Cortés, ¿alguna vez...?

—No, nunca he podido.

—¿Demasiado viejo?

—Demasiado animal, pero Beltrán es diferente. Por eso lo elegiste, ¿no es así?

—Nunca he pensado en él de esa forma.

Beltrán no pasaba desapercibido, y Matilde había sido la primera en apreciar sus cualidades. Había observado sus manías, aumentado su confianza al dejarlo ganar más de la cuenta, aplastado sus sueños cuando este creía tener el poder. Lo había arruinado antes de que su título lo convirtiera en un insensible aristócrata de tres al cuarto. Había registrado cada uno de sus movimientos, se había cerciorado de que fuera bravo e impulsivo y, lo más esencial, que se sintiera atraído por Clara. Eso había sido de lo más fácil. Nadie se le había resistido. Se había vestido y perfumado para él, le había servido un vaso de vino tras otro mientras le sonreía seductora y, cuando había tratado de ir más allá, esta se había retirado. Les había sorprendido a ambas que no se enfadara por aquella manipulación; al contrario, parecía divertirse. Las hermanas habían pasado semanas evaluando al candidato; había otros cinco más en la lista, pero el único tema de conversación había sido Beltrán. Y cuanto más lo había observado, la idea de casarse con él no le había parecido disparatada.

—No te forzaré y tal vez te ayude a llenar un poco esa alma vacía.

Matilde presionó su corazón, como si comprobara que seguía latiendo. A veces parecía un espectro, con la piel tan blanquecina, vestida de negro, con esas canas que afeaban su rostro y que Clara nunca pudo convencerla para que se cortara de raíz.

—Parece que me estás haciendo un favor al prestarme a tu marido, cuando lo que de verdad ocurre es que no puedes controlarte.

—Nos ayudamos mutuamente, así ha sido siempre. Duerme mañana con él, mantenlo a raya y deja que sus caricias te consuelen.

—No me tocará...

—Sus manos son calientes y grandes, ¿seguro que no quieres probar?

—Tenemos tantos secretos... No quisiera añadir uno más.

—Qué hay de malo en desear un poco de cariño... ¿Pacto entre hermanas? —

Acercó su rostro al de Matilde.

—¿Por qué tanta insistencia?

—Así matamos dos pájaros de un tiro. Mantienes al barón a raya al mismo tiempo que aprendes cómo distraerte. Me gustaría volver a verte sonreír.

—No dices más que tonterías...

El barrio había despertado. Jacinta trasteaba en la cocina, situada al lado del patio, y el olor a cocido subió hasta el tercer piso. Matilde evaluaba la situación. Clara conocía suficiente a Matilde como para percibir cómo calculaba los pros y los contras. Hervía por dentro, aunque a simple vista pareciera estar congelada.

—Este acuerdo es especial. —Clara recurrió una vez más a las emociones—. Duerme mañana con él. ¡Hazlo por mí! Y, mientras, yo averiguo cómo volver a ser virgen. ¿Pacto?

El insoportable gruñido de los cerdos precipitó los acontecimientos. Los animales tenían hambre y ellas, también.

—Pacto entre hermanas —repitió Matilde, uniendo su nariz a la de Clara.

Capítulo V

Esto de los virgos, unos hacían de vejiga y otros curaba de punto. Tenía en un tabladillo, en una cajuela pintada, unas agujas delgadas de pelijeros, y hilos de seda encerados y colgadas allí raíces de hojaplasma y fuste sanguino, cebolla albarrana y cepacaballo. Hacía con esto maravillas, que cuando vino por aquí el embajador francés, tres veces vendió como virgen una criada que tenía. (Fernando de Rojas, 1499, *La Celestina*)

La noche siguiente la afluencia en el casino fue creciendo de tal modo que la sala terminó abarrotada. Imposible sentarse para poder saborear del vino y del juego. Ni qué decir de las chicas, todas ellas ocupadas y con lista de espera. El barrio entero volvió a arremolinarsse en torno a Can Cortés. Ansiaba comprobar el estado de Matilde después de ser detenida. Además de los borrachos de costumbre, se atrevieron a husmear desde la puerta alguna que otra vecina que, aunque gozaba de buena reputación, no quería perderse el hundimiento de las hermanas. No era odio lo que destilaban esas risas cínicas, tan solo diversión malsana, la única que en esos barrios corría. Ver a otros en peores condiciones era una fuente de alegría que enmascaraba la desdicha de los presentes.

Pero si a eso habían ido los clientes y curiosos, se sorprendieron al ver a Matilde en lo más alto de las escaleras, desafiando con su mirada a cualquiera que se atreviera a volver a tocarla. Vestía con su traje negro habitual, impoluto y planchado. El encaje sobresalía de su muñeca; el cuello almidonado le confería un aire de monja superiora; el enorme mechón blanco parecía haber crecido en un breve lapso de tiempo, y ese dominio de su cuerpo en el que no dejaba traspasar ninguna emoción intimidó a más de uno.

Beltrán la contemplaba desde lejos, inmerso en el bullicio. Había decidido mezclarse con la plebe, mimetizarse con ella y ser parte de su algarabía para estrechar la confianza que Matilde destruía cada vez que aparecía en escena. Su

esposa, en cambio, estaba radiante con ese vestido de color amapola con bordes de encaje rosados. Los ojos marrones con tonalidades verde oliva cobraban mayor intensidad bajo la luz de las velas. Era agradable comprobar cómo se desvivía por convertirse en la anfitriona perfecta, pero sin su protección hubiera acabado desvirgada en cualquiera de las habitaciones que el *triquet* alquilaba. Si él no hubiera manifestado cuáles eran las nuevas reglas del juego, la habrían intentado comprar en más de una ocasión. Tal vez en eso pensaban cuando lo eligieron como marido y protector.

Clara intentaba deslumbrar con su aspecto más que todas las damas de compañía. Nadie le había enseñado el protocolo adecuado y actuaba llevada por una creatividad innata. Beltrán pensó en contratar algún profesor. Enseguida desechó la idea. Qué sentido tendría, si la aventura en la que se había embarcado duraría poco. Intuía que las hermanas Vidal le escondían secretos turbios de los que de momento no sabía si quería ser consciente. Le habían garantizado un diez por ciento del negocio que todavía no había percibido. No habría sabido decir si era jueves o viernes, nunca le había importado; no obstante, había resuelto esperar un tiempo prudencial para reclamar lo suyo. Tanto el dinero como su esposa se le estaban resistiendo.

Había despertado al mediodía y había resuelto dar un paseo, aturdido por el ruido en la casa. Las dos mujeres, después de haber pasado la noche cuchicheando en la que debería ser su cama, estaban limpiando hasta la letrina. Algo de lo que Matilde había intentado hacerlo cargo, pero luego entendió que había sido una pequeña broma.

La comida estuvo preparada a su regreso. Sin embargo, Clara, no. Matilde le había contado que había salido a comprar unas provisiones urgentes y había aprovechado para sermonearlo otra vez sobre la delicadeza de su hermana. Él no había querido ser menos y había reclamado su derecho a consumir el matrimonio. Ya llevaba un tiempo sin hacerlo y le escocían sus partes íntimas. Por respeto, no quería ser infiel a Clara los primeros días de su recién estrenado desposorio.

Matilde, con expresión gélida, le había prometido que ese mismo amanecer, después del trabajo, esta yacería con él. Había insistido tanto que no tuvo más remedio que prometer no forzarla. Le había dibujado una imagen débil y ofuscada por la intimidad que él no había apreciado en su esposa.

—No se preocupe —le había contestado—, llegaré hasta donde ella me deje.

No había recibido ninguna réplica aparte de una mirada persistente que parecía escupir alfileres. Le había extrañado que precisamente ella hubiera esperado a

que Beltrán terminara de comer para empezar con su plato.

Gotas de alcohol resbalaron por los labios reseco del barón; apartó esos pensamientos pueriles y recuperó la jovialidad rodeado del humo del tabaco y el ruido de los dados contra la madera. Clamaron su nombre por aquella ronda gratuita que había prometido. Alzó la mirada para encontrarse con la de Matilde, una mujer que lo arrastraba hasta lo más oscuro, lo reconcomía y le producía un sentimiento de impotencia que le recordaba la niñez que detestaba. Dispuso los brazos en cruz, quería demostrarle cómo en un abrir y cerrar de ojos se había adueñado del local. Pero el vacío en el hueco de la escalera se hizo evidente. En su lugar, Clara reía complacida con las mejillas sonrosadas, llena de vida. Tan diferente a Matilde...

Aquella velada no hubo incidentes de gran envergadura, tan solo dos beodos que se sobrepasaron con una de las camareras y que los raquíticos chicos que vigilaban las mesas no tuvieron la valentía de enfrentar.

Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba solo y borracho. La mayoría de los clientes lo había abandonado justo cuando los rayos de sol empezaban a asomarse tímidos por las rendijas angostas de las ventanas.

Matilde y Clara habían desaparecido. Recogió los vasos medio vacíos; echó a patadas a tres soldados que dormían recostados uno encima del otro. Todavía se oían suspiros de placer que salían de las habitaciones arrendadas, y recordó con añoranza la última vez que se había regocijado con una muchacha. Subió las escaleras tambaleándose y entró en la habitación que albergaba la cama grande, allí lo esperaba a contraluz la silueta de Clara.

Notó la respiración agitada y creyó que era una señal. Había llegado el momento. Se desabrochó la camisa con manos torpes, consumido por un deseo que le nublaba la mente. El aroma a flores que siempre acompañaba a Clara se hizo más evidente. Imaginó que se preparaba para él con su figura a trasluz, mientras se cepillaba su larga cabellera castaña con reflejos dorados. Soñó despierto con su cuello fino y largo como un cisne, las venas azules que serpenteaban como un mapa por las muñecas de Clara, hasta se atrevió a fantasear con los rizos que se enredarían en su boca al besar los labios de sus partes bajas, llenos de secretos por descubrir. Se deslizó bajo las sábanas, acarició la melena desprendida y volvió a oler ese dulce aroma.

Ella tembló como un pájaro asustado, algo que lo confundió. Esperaba un beso ardiente, como aquel primer abrazo del que disfrutó el día que los alguaciles arrestaron a Matilde. Codiciaba sumergirse en ese cuerpo, seducirlo y dejarse hechizar, aunque solo fuera por unas horas. Apasionado del galanteo y de los

preliminares, acarició las curvas que las sombras le ofrecían. Sin embargo, Clara hundió su rostro en la almohada y contrajo la musculatura.

—Necesito tiempo. —Escuchó entre susurros su voz ahogada, temerosa, agitada.

Volvió a acariciar ese pelo sedoso que tanto lo seducía. No era amigo de conseguir el placer con humillaciones. Se vanagloriaba de obtener la sumisión de las muchachas a base de pequeñas muestras de dicha que siempre le eran correspondidas. Y eso mismo lograría con Clara. Cuando estuviera dispuesta. Aunque esperaba que fuera pronto o, si no, sus testículos explotarían. Su erección disminuyó al comprender que no era deseado. Notó la boca seca, otro trago de vino no le habría ido mal. Sus ojos se cerraron mientras con la mano intentaba calmar el inexplicable temblor de su esposa. No era para nada excitante tomar a una mujer en semejantes condiciones.

—No sucederá nada que tú no quieras —dijo Beltrán antes de notar su aliento, antes de que se desplomara abrazado a ella.

Matilde había pasado toda la noche descompuesta. Sufría con el solo hecho de recordar la última vez que su marido la había poseído. No tuvo problemas con el carnicero; a pesar de que nunca le agradaron sus atenciones, lo soportaba de manera estoica. Sin embargo, Carlos Cortés era un animal. Los encuentros eran breves pero denigrantes. Nunca había derramado ni una lágrima, aunque en su interior se escurrían hasta las venas hinchadas de su cuello. Se mantenía en constante alerta por si a él le daba por repetir la acción, y por eso siempre la encontraba levantada con demasiados quehaceres que organizar.

Tembló cuando Beltrán entró en el dormitorio. Escuchó sus suspiros y reconoció en cada uno de ellos la excitación. Se tapó con la colcha y con el puño agarró la punta de la almohada. No sabía por qué eso la tranquilizaba. Había sido una constante en su vida, tener entre las manos algún objeto con el que distraerse mientras la embestían sin reparos. Sin preocuparse por su bienestar o por lo que ella pudiera sentir. Las caricias la cogieron desprevenida; estaba dispuesta a sacudirlo como nunca había hecho. Ahora era mayor y tenía más confianza en sí misma para mantener a un individuo a raya, y más a uno como el barón, fuerte pero amigable a la vez.

Esa confianza que él despertaba la atraía y repelía a la vez. Y las palabras de

Clara en el momento de sellar su pacto la acabaron de persuadir. La excusa había sido el alocado carácter de su hermana, pero la realidad era que deseaba experimentar la dulce sensación que le había descrito en repetidas ocasiones.

Recordó la primera vez que vio al barón. Lo había juzgado nada más entrar por la puerta, como siempre hacía con todos los nuevos clientes. Había deducido que no duraría más de un mes. Se había esquivado. Había demostrado tener una terquedad de lo más admirable. Una derrota tras otra no lo amilanaban y había vuelto una y otra vez para ser empujado hacia el vicio. Parecía que lo único que le importaba era la bebida. Así que lo había puesto a prueba. Ganar una suma importante de dinero no lo había hecho caer en la locura, había seguido como si nada, apostando lo poco que le quedaba de la herencia. Así creyó que serían también sus caricias, faltas de espíritu, tan mecánicas como el sexo. Entrar y salir. Sin embargo, se estremeció por el cariño con el que la trataba. De esa manera se debía de sentir a diario Clara. Llena de atenciones, determinada a luchar por mantenerlas. ¿Estaba dispuesta a dejarse vencer, dejar de ser quien era, sus ambiciones y su coraje por unas simples caricias?

—Necesito más tiempo. —La voz que salió de su boca sonó como el traqueteo de una carreta, no muy propio de ella.

Nunca antes unas palabras habían detenido a un hombre, al menos a ninguno de los que ella había conocido. Beltrán la atrajo hacia sí y depositó un suave beso en el lóbulo de la oreja. No pudo disfrutar de esa supuesta fogosidad de la que tanto hablaba Clara. Estaba demasiado nerviosa como para catar las sutilezas. El miedo se apoderó de ella hasta que comprendió que aquel al que tanto temía se había dormido con una mano en la cintura y otra en su cabello. Lo había acariciado por inercia hasta que el sueño hizo mella en él.

Hacía mucho tiempo que había dejado de anhelar un amor eterno. Una estupidez que inculcaban a las niñas para que no despertaran de su ensimismamiento y se dieran cuenta de que estaban presas en una cárcel. Una vez casadas, dejaban de ser putas para convertirse en ramera de un solo señor. Solo una de las tantas propiedades que pudiera poseer. Si había suerte, una conseguía obtener un hogar decente. Así pensó que sería con el carnicero. Nunca Clara y Matilde comieron tanta carne como entonces: estofada, rehogada, frita, rebozada... Dar gracias a Dios no era su estilo. Estuvo tentada más de una vez. Aunque ni cuando su hija empujaba por salir de su vientre y se ahogó con el cordón umbilical, había suplicado a Dios. Tal vez ese había sido su castigo. Vagar por el mundo con las ideas que bullían en su cabeza, posibilidades infinitas de producir, construir, invertir y obtener bienes, pero sin la probabilidad

de llevarlo a cabo por ser mujer. Ser menospreciada por un talento oculto, parte de un alma endemoniada. Así se lo transmitió la Iglesia a la que dejó de acudir al morir sus padres. Si de verdad lo que llevaba en su interior fuera fruto del diablo, estaría rodeada de oro y esclavos. Seres sin género que le devolverían la ingenuidad que una vez tuvo.

Cogió la mano de Beltrán y lo forzó a volver a palpar su pelo. Se concentró en el tacto, en la pesadez que le recordaba al cuerpo de un muerto. Su desespero la llevó a moverse sin ninguna delicadeza. El jergón de paja se tambaleó y el barón la sorprendió con un ronquido. Tendría que estar complacida, había conseguido quitarle la absurda obsesión a Beltrán por yacer con su propia esposa. Volvió a tomar su mano, tan diferente a las de sus dos maridos. No recordaba a Clara coquetear con nadie que no tuviera al menos un galón en su casaca, medias de extrema calidad y pantorrillas firmes. Había aprendido de sus errores al retozar con simples marineros, y tenía un séquito que la perseguía sin tregua, hasta que primero el capitán y luego el barón se impusieron. Los dos tenían en común algo de lo que no se había percatado hasta entonces: la manía de proteger a Clara, como si Matilde no existiera, como si su trabajo por mantener a su hermana a salvo durante sus treinta años de vida hubiera sido pura suerte. Ninguno admitía su valía. Y ella deseaba tanto ser apreciada por sí misma, con su terquedad, su sentido del ridículo, sus dotes para los negocios y esa pasión latente que tanto le había costado mantener a raya.

Clara entró a hurtadillas y la despertó. No creía que fuera posible, pero había dormido. La luz del mediodía se colaba por la ventana y temió que Beltrán viera su mechón blanco, lo único que la distinguía de su hermana. Eso y la tristeza de su semblante, que siempre llevaba a cuestras y de la que nadie hasta ese momento había conseguido despojarla.

Clara había descansado a intervalos. Se sentía fatigada por deambular de un lado a otro durante toda la velada agasajando a los clientes. Aunque Matilde no lo entendiera y lo considerara un coqueteo inútil, ella creía que ofrecía un buen servicio. Su trabajo consistía en cautivar y lograr que volvieran una y otra vez a Can Cortés, sobre todo los asiduos más ilustres, muchos de ellos atraídos por la reputación de las hermanas Vidal. Clara era consciente de que esos caballeros provenían de la clientela habitual de la Casa de la Leona, situada en uno de los

mejores barrios de la ciudad. César, el dueño, tenía bastante recelo en dejarlos marchar. Cada clase social tenía su casa de juegos, hasta los soldados. Aunque estaba prohibido por ley que pudieran lanzar unos dados más allá del *triquet* del ejército, estos también se escapaban a Can Cortés. Todos deseaban adentrarse en las profundidades del Born y convertir sus aburridas vidas en una aventura excitante. ¿Qué había de malo en tentarlos para volver?

Una vez terminado su turno de trabajo, los nervios la envolvieron. Parecía que miles de hormigas paseaban a sus anchas por su piel y empezó a rascarse sin poder conciliar el sueño. Se restregó perfume por los brazos y el cuello. Estuvo tentada a mirar por el agujero de la cerradura de la habitación de matrimonio donde su hermana estaba haciéndose pasar por ella. Se contuvo. Había sido idea suya y, si Matilde la veía, creería que se estaba arrepintiendo, y no era así. Temía que su alma resquebrajada pudiera sufrir. Temía por Beltrán si Matilde se volvía loca con tan solo rozarla. Agudizó el oído y, aparte de escuchar las voces de la calle que empezaban el día mientras ellos lo terminaban, no hubo ningún otro sonido que la hiciera sospechar. Se vistió con su capa negra para pasar desapercibida y decidió visitar al boticario que desde hacía años le vendía de estraperlo los polvos para no quedar embarazada. En esos momentos iba a recoger un encargo muy especial. Algo que conseguiría devolverle la virginidad.

El encuentro con el hechicero, como ella lo llamaba por todas las pócimas milagrosas que vendía, fue un éxito. Guardó bajo su almohada una bolsa de terciopelo que contenía un artefacto elaborado de intestino de cerdo. Debía colocárselo en sus partes íntimas antes de consumir; el marido, tal y como le había comentado el boticario, notaría resistencia y con la punta de su glande rompería una pequeña bolsa, no más grande que la uña del meñique, que contenía sangre de animal. Esta se derramaría entre sus piernas, y él quedaría satisfecho ante la pureza de su mujer.

Clara se extrañó del silencio que reinaba en la casa. Matilde no dormía más allá de las doce. Siempre era la primera en levantarse para limpiar, ir al mercado, hacer la comida. Se le daba bastante mal delegar el cuidado de la casa a Jacinta, la sirvienta que tenían contratada por unas pocas horas a la semana. Habrían podido prescindir de ella, pero Clara lo impidió varias veces, ¿quién haría su parte? No entendía la manía de Matilde de querer ganar tanto dinero y luego no gastarlo.

Se dirigió a la cocina y vio cómo la joven sirvienta desplumaba un pollo que acababa de intercambiar en el mercado por un pequeño cerdo recién nacido, de los ocho que tenían en el patio. Odiaba el olor a cerdo; habría preferido criar

gallinas, sin embargo, Matilde se había empeñado; decía que era mucho más fácil alimentarlos porque comían de todo. No supo a qué se refería hasta aquel fatídico segundo día que había marcado sus vidas para siempre.

Se dirigió a la alcoba principal. La puerta chirrió cuando la abrió. Por suerte, no despertó a los amantes. Esa fue su primera impresión: dos personas abrazadas por el puro placer de mantenerse una al lado de la otra. Beltrán apoyaba su nariz en el cuello de su hermana, como si pretendiera llenarse de su aroma. Por su profundo respirar, dedujo que estaba bien dormido. Su pelo negro se enredaba con el mechón blanco de Matilde, y su brazo desnudo agarraba la cintura de una mujer que no era la suya. Su torso musculado le arrancó un pequeño suspiro de impaciencia a Clara; pronto, muy pronto, podría disfrutar de aquel hombre de ojos oscuros como las sombras de la noche, que la tenían cautivada. Pensó en el artefacto de piel de intestino de cerdo que tenía bajo la almohada y se entristeció al pensar que tal vez debería posponer el placer por el bien común. Más le valía al barón ser un buen amante si pretendía que Clara fuera fiel. Lo miró con ojos ávidos de caricias y dedujo que lo sería; tenía un porte y una galantería propios de los libertinos, y a ella la atraía más que un día de compras. Estaba convencida de que la suerte de las hermanas Vidal iba a cambiar gracias a esa nueva conquista, o, más bien, gracias al plan de Matilde.

La examinó con detenimiento, todavía llevaba el vestido negro que no se quitaba desde la muerte de su hija recién nacida. El pequeño remordimiento que la empezaba a reconcomer por encontrar a su marido y a su hermana en la cama se disipó. Conocía a Matilde y creía que el pavor que podría haber experimentado al hacerse pasar por ella había sido tan grande que ni siquiera había pretendido desvestirse, por si tenía que salir corriendo o, peor aún, luchar.

Separó con delicadeza la melena de Matilde del enredo que Beltrán había formado con su lisa y sedosa cabellera. Matilde descansaba de manera plácida y su respiración relajada la sobresaltó. La tensión perenne en ella ya no se encontraba, hasta que abrió los ojos y la vio de nuevo. Volvió a la rigidez. Se levantó presurosa.

El torso desnudo del barón fue más visible cuando Matilde huyó de sus brazos y la sobrecogió un azoramiento que Clara comprendió, ya que a ella también la habían asaltado los calores, aunque bien distintos. Su instinto animal surgió de repente y la revolvió por dentro. Enseguida comprendió lo necesario que había sido ese intercambio.

Cogió entre sus manos el rostro confuso de Matilde y la tranquilizó gracias al silencio de su mirada. Salieron de la habitación de puntillas.

—¿Has tenido suerte con el boticario? ¿Está todo preparado?

Clara tardó unos segundos en contestar. Su hermana necesitaba experimentar otra vez la paz que había visto en su rostro.

—No —contestó desviando la mirada—. Tengo que volver dentro de unos días.

—¡No puede ser! ¡Me niego a seguir participando en esta farsa!

—Toda tu vida es una farsa, hermanita, no vengas con estas.

—¡Y tú deja de ser tan cretina!

—Estamos en esto juntas. Ya no hay marcha atrás.

Oyeron un bostezo y unos pasos que se arrastraban melancólicos. Beltrán apareció con las piernas desnudas y la camisa mal abrochada.

Clara se deslizó entre sus brazos.

—Buenos días —susurró con ternura, y le dio un beso en la mejilla.

Beltrán abrió los ojos contrariado.

—Me alegra que hoy no me tenga tanto miedo.

Matilde chilló bien fuerte el nombre de Jacinta, dispuesta a hacer el mayor ruido posible. No le costaba nada mandar, y mucho menos demostrar su disconformidad por el comportamiento de Clara. ¿Qué indecencia veía esta vez en ella? Beltrán era su marido, podía darle los buenos días como quisiera. Sin embargo, en lugar de enfadarse aún más con su hermana, como era costumbre cuando se ponía de esa guisa, sonrió de manera maliciosa. Otra noche con su marido le vendría muy bien a Matilde para suavizar ese carácter y empezar a ver el mundo desde otra perspectiva. Ojalá se lamentara menos y viviera el presente como ella lo hacía: gozando a cada minuto, sin remordimientos.

Capítulo VI

Esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos e joyas de boda, salen desnudas e denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios e pagos. Oblínganseles a dar marido, quítanles el vestido. La mejor honra que en sus casas tienen, es andar hechas callejeras, de dueña en dueña, con sus mensajes acuestas [sic]. (Fernando de Rojas, 1499, *La Celestina*)

Un día más Beltrán despertó alterado por las voces demasiado agudas de las hermanas, pero esta vez discutían, y no creía que fuese su estado natural. Hacía poco tiempo que se había unido a la familia, y aun así podía comprender la relación tan cercana que se profesaban. Se buscaban impacientes con la mirada como si no pudieran vivir la una sin la otra; intentaban permanecer el mayor tiempo posible juntas, contacto incluido. Aunque, si era conciso, la necesidad de estar piel contra piel era más bien por parte de Clara. Era una joven a la que le agradaba tocar a su interlocutor mientras hablaba, como si así comprara su atención. Lo hacía con él, con Matilde al pegarse a sus faldas, y sobre todo con los clientes. No le molestaba como le hubiera podido molestar a cualquier otro; reconocía una inocencia en dicho comportamiento, un servicio necesario con el que aportar alegría a una casa llena de oscuridad. Las cortinas permanecían siempre cerradas sin dejar paso a la luz. Normal si se dedicaban a trabajar durante la noche y a dormir durante el día, pero la luminosidad del mediodía siempre le había fascinado y era reacio a permanecer más tiempo en esa opacidad que todo lo malograba.

Se levantó y se recostó en el arco que separaba el dormitorio del comedor. Así de pequeños eran aquellos aposentos; sin embargo, no había motivo de queja, ya que la estancia era más grande que la habitación que había arrendado en la última posada. Clara corrió hacia él. Olía a aire fresco y sus mejillas sonrosadas habían absorbido el jolgorio de una mañana llena de ajetreo. Matilde seguía con

el vestido negro, pero tan arrugado que parecía haberse acostado con él; el pelo alborotado y la expresión mucho más seria.

Abrazó a su esposa sin dejar de mirar a Matilde, a la que se le agarrotaron las manos al gritar el nombre de la criada.

La actitud de Clara lo asombró tanto como el temor que percibió de ella cuando se recostaron juntos en la misma cama. Indagó en sus ojos para comprender el porqué de tan extraña conducta y no encontró nada más que su propio reflejo. No sería sencillo para una virgen estar a solas y a oscuras con un hombre. En cambio, a la luz del día los monstruos que ella podría presentir tras las sombras se convertían en meros recordatorios de una exacerbada imaginación. Y tampoco ayudarían los consejos de una hermana carente de habilidades sociales, apática y hermética.

Se sentó en la primera silla que vio libre, dispuesto a tomar un café y leer las noticias acontecidas, tal y como un cabeza de familia se conduciría durante una mañana cualquiera.

—¿Es que en esta casa no se compra el periódico? —chilló Beltrán al no encontrar nada parecido a una gacetilla, ni las de moda que volvían locas a algunas damas de alta sociedad. Luego recordó dónde se encontraba. En un tugurio en lo más profundo de Barcelona, en la periferia del barrio del Born, donde el hambre y el vicio se juntaban con las ganas de dañar y entorpecer la ventaja ajena.

—El señor Cortés lo prohibió. No le gustaba que las mujeres leyeran —habló con voz entrecortada Jacinta, que había aparecido con platos y cubiertos para poner la mesa.

El barón de Senan recordó el lamentable episodio en la casa del veguer, cuando Matilde tardó una eternidad en escribir su nombre. Nunca había considerado qué grado de educación debería obtener una dama, sin embargo, sí que encontraba algo molesto la falta de cultura de la que hacía gala la casa de juegos o, más propiamente dicho, sus moradores. Echaba de menos las conversaciones tan ingeniosas con su hermana Catalina, siempre al día con los últimos movimientos literarios. Ir con ella a una exposición era una delicia, dispuesta a impregnarse de los comentarios que él pudiera ofrecerle. Tal vez echaba en falta precisamente eso, que lo trataran con admiración.

—Mi cuñado era muy especial. No toleraba que Matilde se entretuviera en practicar lo poco que padre le había enseñado —contestó Clara colocando un jarrón con flores amarillas en el aparador de madera que había situado en una esquina.

Beltrán contempló el vaivén de las tres mujeres que entraban y salían del comedor atareadas en preparar de la mejor manera posible una mesa que estuviese a la altura de un barón. O al menos así lo percibió él al ver cómo colocaban copas de cristal de cuya existencia no se había percatado hasta ese momento.

—Mi hermana se defiende con la escritura —continuó Clara—. Aunque puede que no con la facilidad con la que usted lo haría. Lo que ocurre es que mi cuñado era de la opinión de que la esposa no debe saber más que el marido, y el señor Cortés no es que fuera demasiado intelectual.

Matilde apareció con una gran olla; se podía oler el aroma de pollo hervido y sentir el calor del caldo.

—Es —dijo con su acostumbrada rigidez.

—¿Perdón? —Beltrán se acomodó, dispuesto a recibir la sopa como si fuera café recién molido.

—Rogaría que cuando se hable de mi marido se haga en presente. Está de viaje, no desaparecido ni muerto. —Miró de soslayo a Clara, que bajó la cabeza.

—Explíqueme, Matilde, si no le importa que la llame así, ¿cómo es su marido?

—En el barrio todo el mundo se llama por el nombre de pila o por los apodos. No se haga ilusiones, barón, este no es lugar para caballeros.

—Ya le dije que me llamase Beltrán ¿Tanto le cuesta tratarme como a un igual? A no ser que para usted no lo sea.

—No empecemos con los juegucitos de poder —se quejó Clara mientras rozaba el brazo de su hermana y se acercaba a su marido con una sonrisa tan dulce y angelical que derritió el escudo protector de ambos rivales.

Matilde colocó la olla en el centro de la mesa y se sentó a la cabeza.

Jacinta y Clara ahogaron un grito a la vez.

—¿Qué ocurre? —se encaró con ellas la señora Cortés.

—¿No debería ser el sitio del señor, señora? —dijo Jacinta.

Matilde permaneció inmóvil durante unos segundos tan largos que Beltrán temió que le hubiera dado un derrame. El barón se había criado en un entorno de lo más estricto. Su padre era el que disfrutaba de la butaca más grande y más cercana a la chimenea, el que dormía en la habitación más confortable, el que ocupaba la silla principal a la hora de comer. Nunca nadie se atrevió a extralimitarse como lo había hecho Matilde apropiándose de uno de los símbolos de poder que existían en una familia. Pero así era su cuñada; desde el primer día había percibido el desprecio hacia él, el hombre de la casa. Si no se hacía respetar, acabaría siendo manipulado por Matilde, que se empeñaba día sí y día

también en demostrar quién estaba al mando.

Se levantó con la intención de ocupar su sitio. Clara se precipitó a apartar a su hermana, aunque fuera a rastras. Beltrán se peinó la cabellera negra hacia atrás y ese insignificante movimiento propició un caos que no llegó a entender hasta pasados unos minutos.

Matilde enderezó la espalda, alzó la barbilla y adelantó unos pasos hacia él, mientras los chillidos de Clara y Jacinta sonaban distorsionados tras ella. Rogaban a Beltrán que no le hiciera daño; que no tomara en cuenta la locura transitoria en la que estaba cayendo.

Beltrán no se amilanó ante la furia que escondía la mirada de Matilde, tampoco entendía qué podía haberla desatado, sin embargo, se mantuvo a la altura de esa mujer que parecía haber crecido. No recordaba su sombra tan larga ni tan intimidante. El barón se cuadró, no cedería ni un ápice; fuesen cuales fueran las intenciones, estaba dispuesto a hacerse valer. Cerró los puños, furioso por cómo Matilde permanecía plantada frente a él, esperando no sabía bien el qué. Preparado para defenderse si fuese necesario, esgrimía en su cabeza diferentes argumentos para contradecir todo aquello de lo que lo pudieran acusar. Clara se interpuso entre ellos. Lo observó un instante con auténtico terror, como si la hubiera decepcionado, como si de verdad hubieran consumado el matrimonio y él hubiera roto ese vínculo sagrado. Clara empujó a Matilde al suelo, fuera del alcance de su visión. El temblor que percibió en ella le recordó al de la pasada noche.

Beltrán acarició la mejilla de Clara y la tranquilizó entre susurros. Se arrodilló hasta donde estaba doblugada Matilde y le tendió la mano.

—¿Está herida?

Matilde tardó en levantar la cabeza, y el barón, harto de esperar a que se decidiera, la alzó con suma facilidad. Comprobó que pesaba menos que un saco de plumas y notó el pulso acelerado al palpar la frágil piel de la muñeca. Esta se recompuso el vestido, se retocó el pelo y desvió la mirada.

—He tropezado. —Matilde se ahogó entre palabra y palabra.

Beltrán intentó comprobar si su cuñada tenía algo roto, pero las tres mujeres se lo impidieron.

—Tan solo hay que mirar por dónde se pisa, nada más. —Clara intentó salvar la situación con su voz alegre y despreocupada.

Volvieron a la mesa. Matilde arrastró la silla hacia un lateral, y Beltrán acarreo la suya hasta el sitio de honor.

Jacinta, después de servir la sopa, no tardó en escabullirse hacia la cocina.

El deplorable sonido que salía de su boca cada vez que sorbía de la cuchara lo alertó: era el único que comía. Las hermanas Vidal permanecían con las manos en el regazo sin consumir el contenido del plato.

—¿Hay algo malo en la sopa?

—Al señor Cortés le resulta repulsivo ver a una doncella comer, cree que su belleza se desvanece —contestó Clara con un tono de voz demasiado bajo.

—¡No soy el señor Cortés! —se enojó Beltrán. Sin pensarlo cogió las manos de ambas para ofrecerles apoyo—. Y creo que me eligieron precisamente por eso. —Clara correspondió a su demostración de afecto entrelazando los dedos con los de él—. A partir de ahora, este es mi hogar y se seguirán mis normas.

Matilde se deshizo de su contacto.

—¿Y sus normas cuáles son, barón?

El último descendiente de la familia Corbera de Pardo tenía dudas. Toda su vida había huido del estereotipo que le habían inculcado: un hombre todopoderoso que podía hacer y deshacer a su voluntad; incluso inmiscuirse en la vida de los demás para sacar beneficio, aunque por el camino se cortaran algunas cabezas. Su padre nunca se manchó de sangre las manos, tenía a otros que lo hacían por él. Estaba convencido de que la actitud que mostraba al mundo era la correcta y no quería ver más allá de su propio disfrute. Su ambición no tenía límites, y Beltrán creció convencido de que era un cobarde por no enfrentarse a él y a su hermano mayor, que había seguido los pasos de todos los barones de Senan que los habían precedido. Se habían mofado tantas veces de su debilidad que no tuvo sentido contradecirlos. Los había acompañado a las reuniones, hasta estuvo presente cuando su progenitor, junto a otros nobles que lo conocían desde la escuela, intercambiaron estrategias para manipular y hacerse con el poder. Le había dado asco tanta confabulación, y su padre nunca entendió que las muestras de autoridad no le fascinaran como a la mayoría de los mortales. Sin embargo, había aprovechado los lujos, las orgías que le pagaba, el tabaco y el alcohol de contrabando, que, en lugar de hacerle la vida más llevadera, lo habían precipitado hacia un abismo del que no había encontrado salida. Hasta que su hermana murió por culpa de la insana avaricia. Se liberó de las cadenas, y comprendió que para volver a redimirse debería ser tan diferente de sus ancestros como pudiera. Había abandonado a su madre cuando más lo necesitaba para salvarse a sí mismo. Había vagado por el mundo embriagado para no pensar, para no tener que actuar, hasta el preciso momento en el que se había convertido en el protector de Can Cortés, y para conseguir la concordia debía imponer una serie de normas. Sonrió con malicia; estas serían totalmente

contrarias a lo que se esperaba y nadie podría oponerse.

—En primer lugar, nos llamaremos de tú. Las familias así lo hacen, ¿no?
Las hermanas, después de vacilar durante unos instantes, asintieron.

—En segundo lugar, las decisiones que atañan tanto al hogar como a la sala de juegos se tomarán en grupo. —Beltrán pensó en la frase que siempre empezaba todos los dictámenes de su padre: «He decidido». Cómo le hubiera gustado que incluyese a su madre, que se hiciera visible ante él y que alguna vez hubiera salido de sus labios «Vuestra madre y yo hemos decidido»—. Si existe alguna diferencia que no pueda solventarse, mi palabra será la que prevalezca. —No podrían reprochárselo, después de lo condescendiente que estaba siendo.

Matilde se levantó de golpe.

—Por encima de mi cadáver.

—¡No empieces, por favor! —exclamó Clara—. ¿Es que nunca aprendes? Te estás buscando una buena paliza.

—¿Cómo puedes pensar que sería capaz de pegar a tu hermana? —se ofendió Beltrán.

La vitalidad que siempre parecía acompañar a su esposa se debilitó.

Matilde desapareció de la habitación, y el barón así lo prefirió. Podría hablar a solas con su mujer y poner un poco de luz a toda aquella ridícula situación.

—¿El señor Cortés te ha pegado alguna vez, Clara?

—Matilde nunca lo hubiera dejado.

—¿Le ha pegado a ella?

—Todos los sujetos que hemos conocido han descargado su furia contra Matilde; aunque sabe las consecuencias, es impertinente, siempre intenta ridiculizarlos y llevar la razón; y, aunque la tenga, eso no está bien. Me recrimina a mí por mi dulzura y cordialidad, pero no entiende que eso es lo que ellos quieren y no alguien... como ella.

—¿Y cómo es ella?

—¡Ay, esposo! No me fuerces a ponerme en contra de mi propia hermana.

—No lo hago, solo quiero saber a lo que me enfrento.

—Matilde es ambiciosa, fuerte e inteligente, y eso asusta tanto a hombres como a mujeres, pero no es tu rival, al contrario, te necesitamos para seguir adelante.

—¿Y por qué me trata como si fuera una mierda?

—No lo hace, no digas insensateces...

—Dime, Clara, ¿por qué ahora eres tan cariñosa y luego en la cama te comportas como...?

Su esposa se irguió, preparada para defenderse.
—¿Como qué?
—Como una mujer débil y temerosa de Dios.
—Porque lo soy.
—También eres fuerte, pero a tu manera... No dejes que Matilde te intimide ni te haga creer algo que no es. Eres una persona muy valiosa.
—¿Eso piensas? —Clara frunció los labios coqueta.
—Recuérdalo la próxima vez que nos acostemos juntos en la misma cama — susurró divertido al ver cómo las mejillas de Clara ardían, no de vergüenza, sino de un secreto deleite.

Aquella noche el barón tuvo la intuición de llevar en el cinto no una, sino dos espadas. Su necesidad de respeto aumentaba con el paso de las horas, y más al repasar una y otra vez los acontecimientos que lo habían llevado a vivir a Can Cortés. Había sido elegido para ofrecer su protección a los desvalidos, en aquel caso, a las hermanas Vidal, a las que intentó imaginar como damiselas en apuros sin conseguirlo.

Era la primera vez desde que había heredado el título que empezaba a sentirse un poco útil y veía un futuro algo menos borroso. Nada lo arrastraría lejos del alcohol y el juego, por supuesto, pero sí debería controlar sus impulsos si quería conseguir el diez por ciento de los beneficios que le habían prometido, y sin seguridad no existiría tal ganancia.

Bajó hasta la sala henchido de orgullo por la imagen que el espejo le había devuelto. Se sentía macho y no le hubiera importado coger a una de las rameritas que circulaban libres por la sala y ejercer como tal. Pero por razones que atribuía al sentimentalismo que había imperado en su época de estudiante, quería gozar de su esposa de manera honesta; reservarse al placer que la virginidad le podía otorgar no tenía precio para él. Aunque al principio había dudado de que fuera pura, los acontecimientos que se habían sucedido le demostraban cada día la candidez de Clara y atribuía su atípico comportamiento con los varones a la escasa educación que había recibido. No recordaba haber escuchado nada sobre los padres de las hermanas Vidal. Debería realizar alguna investigación al respecto, tal vez de esa manera las pudiera entender un poco mejor.

Se enfureció al observar cómo los raquíticos muchachos que Matilde había

contratado para controlar las mesas llegaban igual de escuálidos que la noche anterior. Ninguno de ellos tenía la determinación para encararse con un jugador que intentase hacer trampas y, mucho menos, combatirlo.

Se enojó todavía más al ver a las muchachas, hermanas, cómo no, a las que Matilde había sacado del orfanato, que controlaban el pago de las habitaciones. Todas las fulanas que había conocido intentaban ahorrarse unos peniques y, si para ello tenían que mentir o estafar, no supondría un obstáculo, por lo que no tendrían reparos en avasallarlas si les venían con exigencias. No podía dejar que su diez por ciento se perdiera por falta de cordura.

Se dirigió al despacho, pretendía discutir con Matilde sobre ello. Alzó el puño para llamar a la puerta como un caballero educado, pero luego pensó que lo mejor sería entrar sin avisar, sorprenderla en sus aburridos quehaceres; la imaginaba limpiando el polvo, repasando números sin cesar y hasta intentando estafarle su propio dinero. Abrió la puerta con fuerza. Quería cogerla desprevenida y así lo hizo, lo que no esperó fue verla con los pies encima de la mesa, con un vaso de vino en la mano y una pipa de tabaco entre los labios, mientras escribía con una pluma de manera ágil y desenvuelta.

Al verlo, bajó los pies, derramó la tinta, se atragantó con el humo y maldijo en voz baja.

—Cierra la puerta —chilló después de darse cuenta de que Beltrán todavía permanecía pasmado ante ella.

El barón no podía creer la estampa que sus ojos veían, y no se le ocurrió otra cosa que reír y con ganas. Matilde le insistió más de una vez en que bajara el tono, pero no lo consiguió. Se apresuró a cerrar con llave, y Beltrán se extrañó de que quisiera confinarse en una habitación tan pequeña con él a solas.

Cuando acabó de desahogarse, recogió el papel que escribía Matilde, inservible por culpa de las manchas de tinta.

—Así que todo este tiempo has estado haciendo el paripé, señora Cortés.

—No creo que haya nada de malo en beber y fumar un poco antes de una noche de trabajo.

—Ya. —El barón chasqueó la lengua y se aproximó a ella, que apoyaba la espalda contra el pomo como si de ese modo impidiera que salieran a la luz más secretos. Aspiró su pelo y su cuello, y Matilde carraspeó. Beltrán sintió un extraño hormigueo al que no atendió por estar más pendiente de adivinar la calidad del tabaco

—Sin duda, de contrabando. Si no me equivoco, de las Indias...

Matilde se alejó y se refugió detrás del escritorio de caoba.

—¿Qué importancia tiene?

—Ninguna, aunque no entiendo el interés en querer demostrar una ignorancia que no posees —dijo sarcástico señalando el papel.

—Sí, sé leer y escribir, y además se me dan muy bien los números. —Matilde alzó la barbilla—. Mi padre era escribano y un profesor muy exigente.

—Me sorprende que haya existido un hombre bueno en tu vida. Según Clara, todos te han decepcionado de algún modo.

—No me gusta hablar de mi padre.

Era lo único en común que tenían. A él tampoco le apetecía recordar su anterior vida. Pero no tenía ninguna intención de dejar escapar a Matilde. Más que conocer la verdad, lo tentaba ponerla a prueba y doblegarla.

—¿No dices que fue un buen maestro?

Beltrán se sirvió del mismo vaso del que había bebido su cuñada.

—No confundas los términos. Siempre me recriminó que fuera una chica en lugar de alegrarse de mi ayuda y más cuando empecé a falsificar los documentos mucho mejor que él.

Beltrán se restregó el rostro. Se sintió estúpido al comprender que solo había sido un títere en manos de las hermanas Vidal. Reconocía el riesgo que suponía permanecer al lado de ellas. Matilde era la más peligrosa, la misma que intentaba manipularlo y socavar su autoridad. La que había conseguido que saliera a flote su odio contra el convencionalismo. Contra la constante de demostrar a la sociedad qué clase de hombre era. La obligación de tener que utilizar a cuantas mujeres se pusieran por delante para hacer prevalecer su masculinidad, para sabotear cualquier esperanza de redención.

—¿Así es como conseguiste mi firma? ¡La falsificaste! ¿También hiciste lo mismo con el documento donde tu marido te deja como responsable de Can Cortés? ¡¿Matilde, dónde está tu marido en realidad?!

Beltrán no pudo esconder la furia que destilaban cada una de sus palabras. Irritado, golpeó con el puño la mesa. Quería por una vez asustarla, hacerla retroceder, quitarle la soberbia del rostro. Pero ella mantuvo la templanza y abrió con una llave diminuta un cajón de la mesa. Extrajo del doble fondo una bolsa de tamaño mediano con un peso considerable, la colocó ante él y lo miró sin parpadear.

Beltrán se incorporó y contó las monedas que había en el interior, muchos más reales de plata de los que había imaginado conseguir en una semana, aunque no lo suficiente para guardar su silencio. Intuía que algo ocurría en Can Cortés y no estaba dispuesto a ser el necio que pagara las consecuencias. Se dio cuenta de

que tal vez eso fuera lo que buscaban cuando lo eligieron: ¡un cabeza de turco!

Al levantar la mirada, ella seguía insistiendo en derribar alguna ética que pudiera poseer con sus ojos llenos de puntos de luz marrones clavados en él. Se sintió incómodo, no por la amenaza que estaba preparado para combatir, sino por descubrirse sumergido en unas pupilas que podían arrebatarse la poca voluntad que ya de por sí tenía.

—¿Me estás comprando?

—¿Funciona?

No era la primera vez que recibía un chantaje. Su padre siempre le hacía regalos de lo más variopintos con la intención de comerciar con su favor, como la vez en que confesó estar realmente orgulloso de él cuando intentó mediar con Catalina y convencerla para que aceptara el matrimonio que habían concertado para ella. Al descubrir que su hermana nunca había consentido tal desposorio y que su madre también se negaba, hizo lo peor que nunca un hijo había hecho: ponerse del lado de las féminas. Su padre le retiró el apoyo económico y todas las alabanzas que por primera vez había sido capaz de ofrecerle. Beltrán aprendió la lección y nunca más dejó que lo volvieran a engañar, hasta ese momento.

—Júrame, Matilde, que este dinero proviene solo del juego.

Podía coger los reales y marcharse, abandonar a Clara y reemprender su vida como un auténtico barón. Pero estaba seguro de que las hermanas se presentarían para reclamar el título de baronesa. Aunque el matrimonio no había sido consumado, todavía tenían ventaja. En cambio, si se quedaba, en vista de los frutos que daba la sala de juegos, cada día que pasara en aquella casa sería una inversión por la que apostar, y a él le encantaba todo lo relacionado con aquel pasatiempo. Pero existía un pequeño impedimento: los posibles negocios que Matilde pudiera ejercer a sus espaldas, tan sucios que posiblemente lo podrían llevar a la cárcel.

—¿De dónde si no crees que he conseguido tanta plata? —La señora Cortés se atrevió a sonreír, algo que enfureció a Beltrán de manera desmedida. No consentiría que lo manipularan de esa forma.

—¡Júrame que mi firma es la última que has falsificado!

Matilde se sirvió otro vaso de vino y lo bebió de golpe.

—Lo hice para conseguirte y no perder el negocio del que mi esposo me ha dejado a cargo mientras está de viaje.

—Pero él no lo dispuso por escrito, ¿verdad? —chilló Beltrán, sintiéndose parte de un juego turbio del que no podía escapar.

—Nunca creerían la palabra de una mujer.

—No lo entiendo. ¿Carlos te odia y de repente te conviertes en ama y señora?

—¿De dónde has sacado esa estúpida idea?

Beltrán retó a Matilde, dispuesto a que su palabra prevaleciera frente a la de ella.

—¡No consentiré que me hables así!

—Supo ver en mí lo mismo que mi padre, pero si no es tu deseo colaborar... —dijo Matilde devolviendo la bolsa en el cajón de donde había salido.

La sangre que bombeaba el corazón de Beltrán desapareció para refugiarse en las vísceras. Odió cada uno de los días vividos en Can Cortés. Maldijo la noche que siguió a Clara hasta el despacho y se dejó convencer para contraer nupcias con una desconocida. Matilde era la culpable de rasgarle el alma al entrever su debilidad y arrastrarlo con una mentira tras otra. La ira se infiltró través de su piel, se esparció rápido y alteró su entendimiento. Se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello, tentado a hacer desaparecer todo lo que lo importunaba y no lo dejaba ser él mismo. La persona en la que quería transformarse cuando decidió abandonar a su padre.

—Podría matarte si quisiera, coger el dinero y huir.

Aunque la respiración de Matilde se desvanecía entre sus manos, mucho más grandes que el contorno del cuello, no hizo ningún movimiento para escapar o protegerse.

—Lo sé —dijo con el poco aliento que le quedaba.

—Tu muerte caería en balde, no tendría ninguna repercusión y ninguna consecuencia para mí. La ley está de mi lado.

—Lo sé —volvió a susurrar Matilde batiendo sus pestañas como si así consiguiera retener el aire.

Beltrán juntó su frente con la de ella y advirtió aliviado que los dedos no se habían marcado en la piel.

—¿Entonces por qué me tratas así? —Dejó libre a su presa. Se deslizó hasta el suelo, aterrado por lo que había hecho.

—Porque me dejas —contestó Matilde arrodillándose junto a él.

Beltrán observó con detalle las manos que segundos antes habían estado a punto de segar una vida.

—No me has hecho daño...

—Y lo que te hubiera podido hacer...

—Pero no lo has hecho... —susurró Matilde. Le entregó la bolsa y cerró los dedos en torno a ella.

Capítulo VII

«Es también saludable consejo que la mujer no sea brava ni ambiciosa, sino mansa y sufrida. Si sufre, será con su marido bien casada» (Antonio de Guevara, 1539-1541, *Epístolas familiares*).

Desde la escalera de la segunda planta la vista era excepcional. Allí mismo también se encontraban las habitaciones que arrendaba y el despacho que Matilde se había agenciado. Podría ser algo perturbador, a veces, escuchar los suspiros que provenían de dichas alcobas, pero eso también le daba ventaja para saber quién retozaba con quién y para que, una vez finalizada la faena de las meretrices, pudieran proporcionarle información de primera mano de los asiduos a esos vicios a cambio del porcentaje que estas le debían. Ninguna de ellas le había reportado un comportamiento violento del barón como el que había vivido hacía una hora.

Tal vez Clara tuviera razón y fuese su actitud la que provocaba en los individuos arrebatos de lo más perturbadores. La manera de hablar, de encararse con ellos, y su manía de dar órdenes. Hasta se había atrevido con su propio marido, a sabiendas de que no estaba acostumbrado a que una mujer se dirigiera a él con tanta insolencia, y así se lo había demostrado con las continuas palizas y sin un ápice de aflicción.

Vigilaba desde lo alto cómo Beltrán se mezclaba con la clientela con su acostumbrado buen hacer y cómo su hermana lo imitaba. Hacían un buen equipo, y sintió una especie de malestar en el estómago. ¿Por qué no podía comportarse como ellos? Ser afable y convertir a los enemigos en aliados. Tal vez debería intentarlo, sonreír más. Bajó uno a uno los escalones que la separaban del bullicio, y a cada paso las manos le temblaban más de lo debido. No se atrevía ni a pasarlas por el pelo para comprobar que el mechón blanco estuviera bien visible; era como una especie de máscara que le otorgaba el poder

de permanecer inalterable cuando todo se descontrolaba. Su respiración se aceleró al poner el pie en la madera de un suelo lleno de escupitajos y alcohol derramado por los jugadores.

Intentó controlarse; era una experta en esconder sentimientos, por lo que un poco de relaciones públicas no le haría daño. Sin embargo, se sintió paralizada de cintura para abajo. Las miradas de varios sujetos y hasta de los jóvenes trabajadores se clavaron en ella como si fuera un animal en extinción. No recordaba cómo había sucedido, pero de pronto se encontró otra vez en lo alto de las escaleras contemplando su negocio, segura, estable, y a su lado, Beltrán.

—¿Te encuentras bien?

Alzó la mirada y quedó impresionada por su altura; no se atrevió a subir la vista más allá de los anchos hombros. Tuvo tentaciones de abrazarse a él para que le acariciara el pelo al igual que había hecho la primera vez que durmieron el uno junto al otro, sin que tuviera que amenazarla o forzarla. Matilde adivinó por la manera como Beltrán le apretó el brazo para llamar su atención que estaba confuso y que recordaba, al igual que ella, lo sucedido en el despacho. No había sido para tanto si rememoraba las veces que el señor Cortés le había desgarrado la piel de la espalda con una vara por su insolencia al comentarle ciertas ideas para el negocio, que luego él aplicaba como si hubieran sido cosa suya. Recordó las manos de Beltrán alrededor de su cuello, y eran suaves y la sujetaban, en lugar de apretar como las del carnicero, que le dejaba marcas cada vez que la pellizcaba cuando se sentía abrumado por su capacidad de trabajo o cuando alguien se atrevía a ensalzar el ingenio de su propia esposa.

—Solo quería... —dijo Matilde, intentando explicarle por qué había bajado hasta la sala de juegos. No osó confesar sus verdaderas intenciones. Reconocer algún defecto delante de otros le parecía inaceptable, y más teniendo en cuenta que la mayoría la consideraba ya de por sí una mujer defectuosa.

—Sé lo que intentabas, Matilde, pero deja que yo haga mi trabajo.

—Pero ¿y Clara? —protestó.

—Solo quiere ejercer de baronesa y no se le da mal.

Advirtió una sonrisa tras esas palabras. Tampoco se atrevió a mirar sus labios, y la molesta punzada en el estómago se presentó con mayor intensidad.

—¿Por qué entraste en mi despacho?

El barón desatendió por unos momentos la vigilancia para fijarse en ella, y la culpa se vio reflejada en su rostro en forma de algo que Matilde nunca había visto en otra persona: remordimientos.

—Siento todo lo ocurrido, de verdad.

—¿Por qué?

—Quería convencerte de contratar a más hombres para la seguridad del local, pero al descubrir tu engaño: que sabes escribir, que has falsificado mi firma... olvidé a lo que había ido, y luego el chantaje... Reaccioné ante tu amenaza.

—¿Te sentiste amenazado por mí? —se sorprendió Matilde sin poder evitar agitarse en su interior.

—Perdóname.

El bullicio, que por unos instantes había enmudecido para ella, volvió con mucha más fuerza a sus oídos. Siempre había creído que los demás eran una amenaza y resultaba que era ella quien los intimidaba.

No quería ni podía perdonarlo, ni a él ni a ningún otro.

—No vamos a emplear a más personal.

—Cada vez tenemos más clientes y en cualquier momento puede estallar una disputa.

—Para eso estás tú, barón.

—La sala es un polvorín, y lo sabes. Solo hace falta una mecha muy corta para que explote si no contratas a más gente para evitarlo.

—No confío en los hombres —pronunció Matilde con tono firme. Puso toda su intención en ser autoritaria, le daba igual lo que pensarán él y los cientos de jugadores que la odiaban por el solo hecho de ser mujer y dirigir una de las casas de juego más rentables de Barcelona.

—¿Y en mí sí que confías?

—Tampoco, pero al menos no me has dejado cardenales en el cuello como otros lo hubieran hecho, como una bestia marcando su territorio.

Beltrán la obligó a retroceder para que la luz de las velas esparcidas por toda la estancia no los alcanzara. La semioscuridad de su rostro la sobresaltó al comprobar que estaba demasiado cerca de ella. Sintió los dedos del barón rozarle el cuello.

—Por favor, no se lo cuentes a Clara. ¿Cómo puedo convencerte de que nunca te hubiera hecho daño?

Quería chillar que no era alguien con quien podía jugar. Sin embargo, su vello se erizó con cada una de esas caricias en el aire, y perdió la compostura al notar su aliento tan cerca que sus susurros le provocaron cosquillas.

La tierra pareció tambalearse bajo sus pies y le tomó varios segundos darse cuenta de que el estruendo provenía de abajo.

Beltrán y ella se asomaron, perplejos ante lo que estaba sucediendo. Varios soldados habían desenvainado sus espadas y luchaban contra unos artesanos que

habían colocado las mesas a modo de escudo.

El barón saltó la barandilla al mismo tiempo que intentaba llamar al orden a los soldados con sus chillidos. Se enfrentó a ellos empuñando dos espadas, pero ninguno hizo caso a un noble caído en desgracia, a pesar de que Beltrán intentó calmar los ánimos alegando que las personas que hubieran hecho trampas, motivo de la reyerta, serían expulsadas. Los artesanos se rebelaron ante la acusación. Matilde se sintió morir cuando vio a su hermana acercarse más de lo debido al tumulto. No entendía cuáles eran sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.

Clara creyó que su nuevo estatus de baronesa la protegería y quiso mediar en la causa al lado de su marido, sin contar con que solo era una muchacha intercambiable. Uno de los soldados la agarró por la cintura y le colocó la punta de la espada en la delicada garganta. Matilde se enfureció con Clara; tantos años intentando protegerla, cuidando de ella para preservar esa alegría innata que era lo que le levantaba el ánimo cada día. El motivo de su lucha se desvanecía en manos de un oficial demasiado borracho para entender las consecuencias de sus actos. Alzó las faldas para poder correr con mayor celeridad y bajó las escaleras sin pensar en nada más que en su hermana, se plantó ante el soldado que la estaba retando y exigió que la soltara.

—Matilde, por favor, no te metas en esto. —Beltrán la apartó de su gemela.

Las lágrimas que rodaban por las mejillas de Clara no disuadieron a los dos bandos, inducidos por una rabia que los devoraba, como siempre que la violencia aparecía en su vida. Una intensa rabia que había poseído a todos a su alrededor, empezando por su padre y terminando por ella misma. Clara era esa excepción que brillaba en medio del caos, y nadie parecía advertirlo.

—Piénselo bien, soldado —habló Beltrán sin poder apartar a Matilde del tumulto—. A quien tiene entre sus brazos es a mi mujer, y no quisiera que lo ahorcaran por matar a una baronesa. ¿Y usted?

—¿Quién me garantiza que si la suelto volveré a recuperar mi dinero?

—Le doy mi palabra. Nos olvidaremos de este altercado y le reembolsaré los reales que haya perdido.

—Ni hablar —gritó Matilde desde atrás. No creía que la promesa que acababa de hacer Beltrán impidiera que su hermana saliera herida. Tampoco podía aceptar devolver el dinero que alguien había perdido con tan solo armar alboroto. Porque no bastaba con salvar a Clara en aquel momento, sino en todos los venideros.

Desafió al cabo que mantenía agarrada a su hermana y miró uno a uno a todos

los participantes de la revuelta.

—Si no la suelta —dijo apretando tanto los dientes que le chirriaron—, juro que daré instrucciones para que lo persigan y lo torturen durante días hasta que ruegue por su propia muerte.

El silencio era tan molesto como el bullicio de hacía unos segundos. Matilde suavizó el semblante e intentó una jugada más arriesgada, de hecho, estaba acostumbrada a ello.

—Si pide perdón, olvidaré el asunto y podrá volver a la partida, si alguno de sus amigos lo avala. En esta casa, como todo el mundo sabe, podemos ofrecerle crédito a un interés aceptable, no hace falta que monte este escándalo.

El soldado titubeó, y Beltrán aprovechó esa debilidad para arrebatarse la espada en un forcejeo que terminó con el militar en el suelo mientras el barón, encima de él, lo golpeaba con los puños. Clara, una vez libre, corrió al lado de su esposo con la intención de retirarlo antes de que matara al muchacho, y Matilde tardó en ayudarla; tentada estuvo a dejarlo continuar hasta que de verdad hubiera muerto.

Los amigos del joven herido se lo llevaron a la barra con la promesa de más alcohol. Marido y mujer se fundieron en un abrazo. Matilde no era partidaria de las muestras de afecto en público, por lo que no se acercó a su hermana como hubiera deseado. Volvió escaleras arriba a paso lento para demostrar su entereza a cada uno de los que se atrevían a mirarla con desprecio.

Nada más cerrar la puerta del despacho vomitó en una esquina. Se tomó un vaso de vino y encendió la pipa de tabaco. Estuvo un buen rato con la mirada perdida echando el humo con intensidad por la boca. Al fin se decidió a salir para ir en busca de un paño húmedo y limpiar la deshonra, aquel vómito que evidenciaba su flaqueza. Nadie podía saber que Clara lo era todo para ella.

Beltrán volvió a entrar sin llamar cuando estaba de rodillas. No se movió. Sabía que había venido para reprenderla. No quería volver a enfrentarse a su ira; no porque le resultara aterradora, cosas peores había vivido, sino porque se sentía nerviosa cuando estaba a solas con él, y más sin la presencia de Clara.

El barón no le pidió explicaciones. Esperó a que terminara su quehacer sentado en su silla, como si de pronto se hubiera erigido amo y señor de Can Cortés.

—¿Vas a contratar a más hombres? —le preguntó bebiendo otra vez de su

propio vaso. Matilde se lo arrebató y lo tiró con fuerza al suelo. Decenas de pequeños cristales se esparcieron por la habitación como diminutos diamantes, que reflejaron la luz de las velas sujetas al candelabro situado encima de la repisa de la chimenea.

Los ojos de Beltrán bajaron hasta posarse a su altura. Matilde empujó con su frente la de él, como un ciervo macho cuyos cuernos grandes y fuertes lo protegen.

—No voy a pegarte, Matilde.

—¡Hazlo, no me importa! ¡Nunca voy confiar en nadie más que en mí misma!

El barón respiró decepcionado, y Matilde se sorprendió al sentirse herida igual que si le hubiera arreado una bofetada. Intentó una vez más abalanzarse sobre él, desconocía con qué intención, tal vez para provocarlo y demostrarle que era como todos los demás.

Beltrán aceptó su derrota y se dejó abatir. El cuerpo de Matilde cayó como una losa sobre su abdomen, y él la acogió entre sus brazos.

—Nunca más te haré daño. Pero no se lo comentes a Clara, no quisiera que mi propia esposa me tuviera miedo.

—Eres tan iluso... —Matilde estuvo a punto de escupirle a la cara el pacto que había hecho con su hermana, sin embargo, no era una persona impulsiva, aunque el altercado de aquella noche había provocado que la furia contra el mundo, contra ella misma, surgiera de las profundidades en donde la había enterrado hacía mucho tiempo. Rememoró cuando lo peor de su carácter había brotado y se había ramificado a través de las paredes de su hogar. No volvería a suceder.

Clara entró en la estancia en el mejor momento, o en el peor, nunca lo supo. Se sumó al abrazo en que Beltrán y Matilde se habían fundido.

—Ya he cerrado. No hay nada por lo que preocuparse. Ya pasó, todo está en orden.

Las hermanas Vidal se miraron a los ojos y, sin mediar palabra, se entendieron. No pudieron evitar reír por el desconcierto de Beltrán. El nerviosismo de sus risas era evidente, y solo callaron cuando la inquietud se esfumó para ceder paso a esa calma incómoda que precede a la tormenta.

Capítulo VIII

Se trata de un sino icoercible. Donde quiera que él pone la planta brota la aventura, el conflicto, el lío y no puede volver una esquina sin caer en medio de alguna zalagarda que le obligue cuando menos, a airear el estoque. (José Ortega y Gasset, 1883-1955, *Las aventuras de un capitán español*)

Hacía media hora que Beltrán había subido hasta el despacho para ver cómo se encontraba Matilde y todavía no había vuelto a buscarla, o eso era lo que esperaba Clara: que su marido corriera otra vez hacia ella para reconfortarla después de que la hubieran retenido contra su voluntad.

Su corazón se había precipitado hacia el ocaso cuando la espada, cuan larga era, se le pegó al pecho y su punta afilada le rozó la garganta, pero también había notado la vacilación de su captor y, sobre todo, el desequilibrio que le proporcionaba el alcohol, así como la incoherencia de sus frases. Ella misma habría podido desanimarlo para que dejara su *vendetta*, no obstante, se sintió mucho más valiosa cuando Beltrán se precipitó a salvarla, y aún más cuando la llamó «baronesa».

Se le congeló la sonrisa al entrar en el estudio y descubrir a su esposo y a su hermana sumidos en una especie de absurda batalla en la que él la oprimía contra sí y Matilde se resistía a ser compadecida. La conocía bien y seguramente estaría irascible por lo que había sucedido; hasta se culparía por las acciones de un borracho.

Desechó ideas absurdas y celos infundados. Se unió a aquel abrazo a tres para calmar los ánimos.

—Ya he cerrado. No hay nada por lo que preocuparse. Ya pasó, todo está en orden.

Clara vislumbró el miedo en las pupilas de su gemela. «No me vas a perder», le transmitió apretando todavía más su cuerpo contra el suyo.

Beltrán aclaró la voz y se retiró contrariado; las dos hermanas rieron hasta dejarse caer al suelo abatidas por los nervios.

Una vez que se hubo instaurado el silencio, un sigilo tan estremecedor que impelía a la revelación de más secretos, el barón habló demasiado alto, sin querer o queriendo, y propició otra vez una carcajada unánime de las hermanas.

—Clara, intenta que Matilde entre en razón. Después de lo sucedido no acepta más ayuda para la protección del local.

—¿Para qué? ¿Para que nos vuelvan a saquear?

Beltrán se rascó la barba, incipiente después de toda una noche en vela.

—Entonces tendré que pensar en otra cosa.

—¿No te das cuenta? Tú eres nuestra alternativa —volvió a confesar Clara en vista del mutismo de Matilde, que miraba a Beltrán confusa.

—Cada vez vienen más jugadores atraídos por vuestra mala fama, me es imposible estar siempre alerta. A no ser... —Las palabras de Beltrán quedaron en el aire. Se miró en el espejo evaluando su físico; Clara creyó que no podía estar más guapo, y Matilde soltó un bufido—. ¡Nos vamos de excursión!

—No voy a ninguna parte —se enfadó Matilde.

—No seas aburrida, parece algo excitante, ¿no crees?

—¿A estas horas? ¡Si ni siquiera ha amanecido!

—Por eso mismo.

Sin cambiarse de ropa, las dos siguieron al que se había convertido en el hombre de la casa. Algo de lo que Clara estaba encantada.

El éxito que había anhelado desde hacía tiempo se materializó en el instante que Beltrán le ofreció su brazo y paró un carruaje. Pagó con reales de plata que sacó de una bolsa del dobladillo del frac, y la ayudó a subir, tal y como los caballeros hacían con las damas. Quiso corresponderle subiendo la falda para mostrarle los tobillos. Matilde tuvo que estropearlo arrancándole la tela de la mano y empujándola hacia el interior del coche. Los tres viajaron embutidos en ese minúsculo espacio y, aun así, Clara se las apañó para pasar por encima de su hermana.

Examinó a Matilde mientras el coche de caballos se alejaba de las calles del Born y traspasaba las murallas de la ciudad. Su aspecto seguía siendo severo y su frente permanecía arrugada, al igual que la nariz, que parecía estar oliendo a mierda permanentemente. ¿Era que no se relajaba nunca?

Llegaron a su destino, y Clara se decepcionó al comprobar que solo se trataba de una masía de barro de una sola planta rodeada de malas hierbas. Quien los recibió fue una pareja de campesinos de lo más rústica.

A pesar de ser huérfana desde que tenía trece años y de haber sobrevivido en las peores calles de Barcelona, nunca había salido de la ciudad y mucho menos se había codeado con labradores. Ni en vida de sus padres, que, aunque no fueron ilustres, la habían mantenido encerrada en casa para que no se mezclara con el populacho. Clara de repente recordó al cándido profesor de francés que habían contratado sus progenitores con la intención de que algún día se codeara con gente de bien. Habría huido con él si no hubiera sido por la intervención de Matilde. Ahora, vistos los acontecimientos venideros: el encarcelamiento de padre, la enfermedad de su madre y lo que tuvieron que hacer para sobrevivir en esa jungla que era Barcelona, tal vez hubiera sido mejor convertirse en la esposa de un profesor que decía estar enamorado de ella. ¿O había sido al revés? Respiró hondo y volvió al presente con la determinación de pasar un buen día. Saludó a los dueños de la granja con educación y buen ánimo. Los siguió por un patio lleno de hierbajos que crecían sin medida ni orden hasta una caseta de madera de la que salían fuertes alaridos.

Beltrán le infundió fuerzas y la agarró por la cintura. El liviano contacto la hizo feliz y ya no pensó en nada más allá que demostrarle cuánto apreciaba la pequeña salida que había preparado. ¡Hacía tanto tiempo que no disfrutaba del aire libre!

El campesino, de rostro ovalado y rojo, barriga abultada y piernas enanas, trajo ante ellos dos perros de pelaje corto y grueso. Uno era negro y el otro, de color gris. Tenían la cabeza grande, y su aspecto se asemejaba a una máscara oscura que parecía esconder la verdadera cara del diablo. Enseñaron los dientes afilados, y Clara se asustó al ver cómo uno de ellos parecía tener hambre. Beltrán la agarró con mayor brío, y ella aparentó más miedo del que le profesaban las bestias para que no dejara de estrecharla.

—¿Todo este largo viaje para ver a unos perros? —se quejó Matilde, que los seguía por detrás refunfuñando.

—Son alanos españoles. La raza más valiente que conozco. Mortíferos con sus presas. Criados para la caza y las peleas.

—¿Qué es lo que pretendes, que montemos peleas de perros? —se sorprendió Clara. Entre los cerdos y la obcecación de Matilde por transformar parte del patio para jugar a pelota, como hacían en otros *triquets* clandestinos, era

totalmente reacia a llenar su vida de más animales. Ya tenía suficiente con aquellos a los que debía agasajar cada noche—. ¿Dónde los vamos a meter?

—Ya lo había pensado —soltó Matilde acercándose un poco más a los inquietos alanos para examinarlos—. Pero no vale la pena el gasto de criarlos y alimentarlos para que luego se maten entre ellos. Porque las peleas, si no son a vida o muerte, no tienen ningún reclamo.

—¡Por favor, señora Cortés! —Beltrán se deshizo del brazo con que Clara lo tenía sujeto y echó a un lado a Matilde con brusquedad para que no la alcanzara una dentellada—. No los quiero para apostar ni pelear, solo como defensa. Son nobles y seguros, capaces de arriesgar su propia vida por una presa.

—¿A qué te refieres? —Clara mostró curiosidad. Sorteó como pudo unos matorrales para plantarse lo más cerca posible de las bestias, con la intención de provocar a su marido y que volviera a ejercer de protector.

—Los mejores para cazar jabalíes, no paran hasta matarlo —dijo el campesino sin soltar el palillo que tenía metido entre los dientes.

—¿De qué nos sirve si tienen que matar personas y no jabalíes? —espetó con frialdad Matilde.

El campesino y su mujer abrieron los ojos, atemorizados.

—Es una broma, no se alarme, Lorenzo. Solo los quiero como defensa. Nada más.

—Pues estos dos son los mejores.

—¿Cómo se llaman? —intentó confraternizar Clara para paliar el desacierto de su hermana.

—Negro y Lobo.

Matilde resopló quejosa.

—¿Qué pasa ahora? —Beltrán se volvió airado hacia ella.

—Me parecen nombres tan obvios...

—Puedes ponerles los que quieras, son tuyos.

—¿Cómo? ¿Ya los has comprado?

—¡No, estamos aquí para respirar el aire del campo! —Beltrán no pudo evitar burlarse con desdén.

Clara no entendía qué había sucedido entre ellos. Algo le había pasado desapercibido desde el abrazo a tres, al que se había sumado para tranquilizar la inquietud de Matilde, y el viaje en carruaje. Aparentemente se odiaban, pero al mismo tiempo era como si disfrutaran con la riña. Su hermana no era una mujer que cediera de buenas a primeras. Nunca lo había hecho. Sacaba a cualquiera de sus casillas y, aunque no creía que Beltrán llegara a cometer ninguna estupidez,

Matilde no podía poner en evidencia la falta de autoridad de un hombre delante de otro.

La mujer del campesino se acercó a ellas y les ofreció un trozo de hueso de gallina a cada una.

—Para domesticarlos.

Clara lo lanzó al aire. Uno de ellos, el del pelaje gris lobo, saltó y lo agarró al vuelo.

—Será el tuyo, Clara. —Beltrán sonrió.

Matilde se arrodilló ante el alano español de pelaje negro. Este ladró con rabia enseñando los dientes. Matilde retiró el hueso y lo escondió tras su espalda. El perro quedó confuso. Se lo volvió a mostrar y repitió la misma acción hasta que el animal entendió la mecánica. Permaneció sumiso y en silencio, esperando a que Matilde, por fin, se decidiera a entregárselo. Mientras Negro lo devoraba con ansia, su hermana le acarició el lomo y por primera vez en mucho tiempo se le iluminaron los ojos.

La vuelta a casa fue un infierno lleno de pelos, babas y los gritos de Matilde, que no paraba de dar órdenes a los pobres alanos para que estuvieran quietos.

Clara no podía comprender cómo su hermana se había congraciado tan rápido con los perros. Eran grandes, molestos y le habían provocado más de un estornudo que le había sido imposible retener. Aun así, no quiso perderse la tarea de acomodarlos en el patio. Los ataron con cuerdas que resistieran las sacudidas de las dos fieras; ambos ladraron nada más ver el pequeño corral con los cerdos. Matilde chilló tantas veces para que obedecieran que no le extrañó que por momentos se quedara afónica.

Clara se dirigió a la cocina en busca de dos baldes y los llenó de agua del pozo. No se trataba de altruismo, sino más bien de simular una admiración que no poseía. Quería quedar bien ante su marido, que parecía divertirse observando cómo los adiestraban. Se encargó de que una manga del hombro resbalara para mostrar su piel blanquecina y que su escote fuera holgado cuando se agachó en un intento de congraciarse con el perro de color gris. Y pareció surtir efecto. Beltrán se acercó a ella tan sigiloso que fue demasiado tarde cuando notó su torso tras la espalda y sus manos al acariciarle los antebrazos. Repasó las venas azules casi transparentes; el contacto de sus dedos la atravesó como agua

hirviendo hasta llegar a la espina dorsal. Le mordió el lóbulo de la oreja mientras su risa le hacía cosquillas en el oído, y ella se derritió por dentro, con remordimientos por querer arrancarle la ropa allí mismo sin importar el qué o el cómo.

—Me voy arriba, ¿vienes?

¿Una sugerencia, una pregunta, un deseo? No sabía muy bien qué significaba aquella entonación. ¿Se lo rogaba o se lo ordenaba? Una nunca podía estar segura de cuál era la exaltación que provocaba esos anhelos de amar o poseer.

Clara reconocía que la mayoría de los hombres se sentían a gusto con un rol determinado; intentaban convencerla de que la amaban cuando solo se trataba de poder. Sin él, se sentían títeres, y su autoestima mermaba de la misma manera que el alcohol iba en aumento en la sangre.

Todavía no sabía qué clase de amante podría ser Beltrán: tal vez le gustara la pasión de una mujer en la cama o, por el contrario, le atrajera más la inexperiencia de una virgen.

Se mordió el labio inferior mientras correspondía a sus caricias.

—Más tarde, esposo mío —se oyó decir, insegura. Tenía las palabras de Matilde metidas en la cabeza y no quería que por algún descuido el barón anulara el matrimonio, ya no por el acuerdo económico al que habían llegado, sino porque le molestaría mucho dejar de ser baronesa.

Beltrán se despidió de las dos como un caballero en mitad de una fiesta, algo que provocó en las hermanas otro ataque de risa. Matilde estaba obcecada en ganarse la confianza de los perros, pero se la veía satisfecha. Se acercó a ella esperando complicidad.

—Me ha pedido que suba —explicó de manera pausada, con una modulación distinta a la habitual.

Matilde la evaluó.

—Antes deberías limpiarte.

—¿No te enoja?

—Es tu esposo —dijo mientras conseguía que Negro lamiera su mano.

—¿Y nuestro pacto? —Matilde resolló como lo había estado haciendo toda la mañana—. ¿Qué significa ese bufido? ¿Estás molesta?

—¿Sabes lo que sucederá si subes? Pasará un buen rato y luego vendrá hecho una furia a recriminarme que no eres virgen.

—¿Tal vez si me resisto un poco?

Matilde se levantó de golpe, lo que asustó a Negro y a Lobo, que ladraron furiosos hasta que esta los hizo callar con un movimiento.

—De acuerdo. Has estado todo el día coqueteando con él, no me extraña que tenga ganas de ti. A fin de cuentas, sois marido y mujer, hasta puede que le guste tu desmesura y se enamore perdidamente.

Clara se emocionó ante las palabras de su gemela.

—¿De verdad lo piensas?

—¡No seas ingenua!

—Entonces, ¿quieres seguir con el pacto?

—¡No! Estoy cansada de esta situación. Solo te pido que seas precavida y que no echés por tierra todo lo que he tenido que hacer por ti.

Clara no podía contener el enojo que sentía cada vez que su hermana recriminaba su precariedad. Sin ella probablemente estaría viviendo en la calle o en la habitación de una posada de mala muerte en los muelles, a la espera de que algún marinero borracho volviera a casa para meterle mano. O tal vez no, pensó. ¿Por qué todo tenía que ser tan catastrófico? ¿No se daba cuenta de que ella también había sufrido? Cada palabra malsonante, cada rasguño, cada morado, cada una de las veces en las que la impotencia había formado parte del día a día de Matilde, se habían convertido en una marca más en la deplorable existencia de Clara. La diferencia radicaba en que ella había decidido vivirla, y su hermana había preferido sufrirla.

¡Estaba harta!

—Necesitas un buen revolcón para quitarte de una vez esa cara de perro que tienes. No me extraña que te hayas hecho amiga de ellos tan pronto —espetó Clara señalando a los alanos españoles.

Matilde levantó la mano dispuesta a golpearla, pero Clara fue más rápida. La agarró de la muñeca con fuerza.

—¿Todavía no has aprendido que la violencia no lleva a nada?

Matilde enrojeció y sus labios temblaron. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, y, por más que intentó evitar que llegaran hasta su boca, fue en vano. Las tragó como si fueran espinas de un rosal marchito.

Clara, a pesar de estar todavía indignada con ella, la tranquilizó, aunque no pidió perdón. Con los años, sus caracteres, tan diferentes durante la infancia, se habían ido entremezclando. Matilde era fuerte; la corregía constantemente para que no se distrajera tanto en sus ensoñaciones, pero había momentos en los que la debilidad de su hermana salía a la superficie. Su poca autoestima, que intentaba paliar a base de exigencias, se convertía en una carga demasiado pesada, y buscaba el apoyo de Clara, que sacaba a relucir su entereza y positividad. Hubiera dado la vida para que Matilde fuera feliz. Tampoco pedía

una dicha plena, porque no la había experimentado, pero sí un trocito de ese cielo que a veces se atrevía a tocar. Y Clara solo lo alcanzaba a través de las atenciones de un hombre.

—Escúchame, Matilde —le dijo colocando las manos a lado y lado del rostro —, hoy voy a ser yo quien te ayude a sobrevivir. Seguiremos con el pacto porque nos necesitamos. No quiero arriesgarme a perderlo todo, y tú necesitas retozar con un buen amante, querida hermana, para que las penas se sacudan.

—Ahora no, por favor... —musitó Matilde mientras se sonaba la nariz.

—Tal vez Beltrán se haya resignado por ahora y podamos demorarlo. Pero esta noche duermes con mi marido, ¿lo entiendes?

—Lo retendré hasta que consigas el remedio, así quedamos.

Clara recordó el artilugio de intestino de cerdo que guardaba en su habitación; tampoco sabía si surtiría efecto, pero asintió. No comprendía muy bien por qué lo hacía. Sin embargo, no se arrepentía del pacto. Además, si lo consideraba fríamente, no podía presentarse como un volcán en erupción la primera noche. Matilde allanaría el terreno, y cuando el barón empezara a aburrirse de tanta mojigatería, llegaría su turno y esparciría lava ardiente por su cuerpo hasta que cayera rendido a sus pies y le confesara amor eterno. Tampoco pensó que el amor que reclamaba debía ser correspondido.

Capítulo IX

Mirad, señor: si yo me casase, sería menester que viviese con mi mujer, mala o buena, fea o hermosa, todos los días de mi vida o de la suya; agora, si la que tengo no me contenta esta noche, déxola mañana y tomo otra. (Alfonso de Valdés, 1525, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*)

Aquella noche Beltrán no pudo dejar de admirar a su mujer vestida con una chaqueta de lino bordada con lana roja. Tenía las mejillas coloreadas y su andar era más distinguido, como si hubiera estado practicando a solas. Se sorprendió de cuántos modelos disponía, en contraste con su hermana. Aunque no se podía comparar con el amplio vestuario de Clara, la señora Cortés no siempre llevaba puesto el mismo traje: a veces el encaje de los puños era gris; otras, una puntilla transparente tapaba sus senos, o un lazo violeta oscuro rodeaba su cintura. Matices que la convertían en una persona igual de coqueta que las demás. Las dos brillaban a su modo, y Beltrán no entendía cómo podían ser hermanas y además llevarse tan bien.

Estaba dolido porque se había insinuado a Clara acariciando la piel suave de sus antebrazos ese mismo día en el patio. Ella había recostado la cabeza en su pecho y había suspirado como si quisiera ofrecerle todo lo que hasta ahora le había sido vedado, pero su esposa no lo había seguido. Escuchó a las hermanas cuchichear, y su nombre resonó como tantas otras veces. No sabía qué impedía que Clara se entregara, y pensó que Matilde la había asustado con historias sobre la primera vez.

El *triquet se* había llenado enseguida. Se había corrido la voz de que Can Cortés tenía nuevos miembros, y nadie quiso perderse el acontecimiento. La llegada de Matilde escoltada por Negro y Lobo se hizo esperar. No fue hasta bien entrada la medianoche cuando decidió dejarse ver en lo alto de la escalera.

Las miradas de todos los asistentes recayeron suspicaces en la estampa,

original y a la vez perturbadora para aquellos poco dados a conocer mujeres feroces. Y eso era lo que aparentaba Matilde, una fiera acompañada de dos bestias que enseñaban los dientes afilados.

Clara se impacientó cuando la atención sobre su hermana sobrepasó a la que recibía ella, y enseguida amonestó al pianista para que emprendiera su habitual repertorio de canciones populares. El silencio que había propiciado la aparición de Matilde con los alanos se evaporó.

Matilde dejó que los perros vigilaran en lo alto de la escalera. Leves remordimientos endurecieron el semblante de Beltrán, ya no por lo que había sucedido la última vez que había estado a solas con ella, sino por la aversión que le provocaba. Sabía sacar lo más oscuro de sí mismo, lo que durante tantos años había conseguido soterrar. No era su intención aceptar el título de barón, no se enorgullecía de llevar la sangre de los Senan, la misma que había convertido a su madre en un ser vacío y a su hermana en un joven cadáver. Recordó sus miradas limpias y serenas, y buscó desesperado la de Clara, que le sonrió de manera cautivadora. El brillo de sus ojos le susurró palabras de aliento. Tal vez sí podría hacer feliz a alguien, a su propia esposa. Un ser que todavía no estaba pervertido por la oscuridad que anidaba en cada uno de los corazones de los Corbera de Prado.

Clara se esmeraba en ser la anfitriona perfecta, y todos la adoraban. Algún despistado la confundió con una meretriz, pero ella se encargó de ponerlo en su sitio. No pudo evitar un encantador estornudo cuando Lobo se restregó entre sus faldas.

—Ya casi son las tres de la madrugada, hora de cerrar; ve arriba y descansa. Enseguida voy —musitó Beltrán.

—He de limpiar...

—No te preocupes, para eso tenemos personal.

Clara asintió coqueta y rozó su hombro a modo de invitación.

Beltrán sufrió una eternidad mientras los últimos clientes se resistían a abandonar la sala. Despachó de manera rauda a sus trabajadores y corrió al piso de arriba dispuesto a seducir a su esposa.

Las estancias de la tercera planta estaban a oscuras. Ni siquiera echó un vistazo a la habitación de Matilde; no quería llevarse otra decepción y descubrir que las dos hermanas dormían juntas mientras murmuraban su nombre a las sombras.

Sin embargo, sus temores se disiparon cuando escuchó una respiración nerviosa en la habitación de matrimonio. Alumbró con una vela la estancia. Clara se tapó con la sábana y le recriminó su maldad. ¿Acaso no tenía derecho a

gozar de su belleza?

Le concedió el deseo de la penumbra. Se desvistió de manera torpe y sin aliento antes de meterse en la cama. La estrechó contra sí y acarició su pecho y su vientre con la intención de llegar más abajo, pero ella lo detuvo.

—No puedo, es uno de esos días melancólicos para una dama.

Su mala suerte no tenía fin. Tampoco le creyó del todo. Estaba harto de tantas excusas y subió sin querer el tono de voz al mismo tiempo que cogía entre sus manos el rostro de Clara y la besaba con furia.

—¿Por qué me rechazas?

El temblor de su esposa se hizo patente en sus labios, que fueron incapaces de devolverle el beso. La tensión de los músculos de su compañera de cama era más que evidente, y Beltrán temió lo peor.

—Tu hermana te lo ha contado, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

La voz entrecortada de Clara puso sobre aviso a Beltrán. No era su intención eclipsar su vivacidad y convertirla en otra Matilde amargada, y todavía menos quitarle la luz, como había hecho su padre con su madre.

—Ayúdame a ser un buen esposo...

—No te entiendo. —Ella se había alejado. Se situó tan al borde de la cama que se arriesgó a caer.

—Me gustas tal y como eres, y no voy a dejar que Matilde te quite la ilusión de un matrimonio dichoso. Es lo que quiero para ti, pero tienes que dejarme ser el hombre que yace con su esposa y se considera afortunado.

—¿Mi hermana? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Ella te ha estado metiendo ideas estúpidas en la cabeza. No es tan malo como parece, el amor puede ser bueno a veces.

—Entonces, ¿me quieres?

No había ningún signo de candidez en esa pregunta, parecía más bien escéptica, y no quiso tampoco alentarla.

—Pretendo quererte si me dejas.

Había sido sincero. Estaba harto de artimañas, de huir y pasarse la vida en un eterno letargo lleno de alcohol y sexo. Anhelaba una segunda oportunidad para corregir los errores, y qué mejor forma para empezar que con su esposa. Intentar quererla y hacerla feliz. Algo de lo que nadie en su familia se había podido vanagloriar.

Escuchó un chasquido.

—¿Alguna vez has amado a alguien que no seas tú?

Ese cinismo no era típico de Clara, y lo atribuyó al continuo adoctrinamiento de Matilde.

—Según vuestros informes siempre me he comportado bien con las meretrices.

—El sexo no tiene nada que ver con el amor.

—Por algún sitio debemos comenzar.

Clara se removió en el lecho.

—Hoy no —dijo tajante.

El enojo de Beltrán fue en aumento. Cansado por el ajetreo que había supuesto encajar en la familia de las hermanas Vidal y por los altercados de la casa de juegos, no había tenido tiempo para aliviarse, y sus partes nobles estaban a punto de estallar. Dio un puñetazo al cojín. Clara se incorporó asustada, a punto de poner los pies en el suelo y huir despavorida. Eso era lo que él también deseaba. Refugiarse en una de esas habitaciones en que los jadeos no lo dejaban conciliar a veces el sueño. ¿Sería capaz Matilde de cobrarle?

Sin embargo, se quedó.

—Te demostraré que no soy como tu hermana piensa.

—¡Quieres dejar de hablar de ella!

Clara tenía razón. No comprendía cómo Matilde ocupaba tanto sitio en su mente. Le demostraría a su esposa que podía confiar en él y la conquistaría poco a poco.

—Está bien —se oyó decir a sí mismo, poco convencido—, hoy no será el día, pero al menos podemos conocernos e ilusionarnos el uno con el otro.

Su mujer volvió a acostarse.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

—Con ternura. —La misma que le había sido vetada durante toda su vida y tenía intención de recuperar.

Clara la había vuelto a convencer con esos morritos de niña mimada que conseguían derretirla.

—Tienes que hacer un esfuerzo más —le había solicitado con ternura, la misma que ahora Beltrán se disponía a aplicar en ella. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Dónde se había visto un hombre tierno? Hasta podía confundirse con un invertido. ¿Y si era uno de esos? Sería una bendición, pensó Matilde mientras analizaba las últimas palabras de su cuñado: «conocernos el uno al otro».

Beltrán intentaba que su matrimonio funcionara y ellas lo estaban estropeando por la virginidad, el honor, el orgullo... Anheló ser virgen y acabar de una vez con el problema. Se sentía culpable por sentir curiosidad por una simple palabra que la alejaba de la realidad y la hacía soñar con la promesa de un futuro.

Clara le había prestado uno de sus camisones limpios; los suyos estaban raídos, y no por falta de libras, sino por convencimiento. No creía ser merecedora de nada más bonito que un camisón roto que le recordara todo por lo que había luchado para sobrevivir. Si lo olvidaba, podía acabar despojada de lo que consideraba suyo: la casa de juegos, la misma que había convertido en lo que era, una de las mejores de Barcelona, y no el cuchitril de antaño en manos de los hermanos Cortés. Carlos, por ser el mayor, tenía el derecho de disfrutar del usufructo de la herencia, y a Juan, el hermano menor, el que la perseguía sin tregua, se le otorgaba una suma importante de reales al mes en concepto de alquiler. Esa fue una de las primeras decisiones que tomó nada más convertirse en la señora Cortés, y a la que su marido no puso ninguna objeción. Se contentaba con amenazarla cada vez que se emborrachaba para celebrar la entrada de dinero. Matilde ya no sabía qué era mejor, si apartarse del negocio y dejar que quebrara en manos de su insensato marido o correr el riesgo de poner en práctica las ideas que bullían en su cabeza aun sabiendo a lo que se exponía. Su ambición siempre había ganado a la prudencia, e intuía que esa noche volvería a pecar. Clara había restregado perfume por su cuello, sus muñecas y por el canalillo de sus pechos, donde estaba segura de que nunca permitiría acercarse a Beltrán.

—¿Por qué lo haces? —le había preguntado Matilde a Clara sabiendo de antemano la respuesta.

—Porque lo mío es tuyo y lo tuyo es mío.

—He intentado miles de veces que mi pesar no te envolviera.

—Lo sé, pero igualmente me alcanzó. Somos una parte de la otra. —Clara la había mirado con una pena que le había provocado un rechazo inmediato—. Es mi turno y quiero compensarte. Además, tú eres lo más parecido a un virgen: ingenua y estrecha —terminó con una media sonrisa tan suspicaz que, en lugar de aumentar el pavor de Matilde, la hizo reír.

Mientras esperaba a que Beltrán entrase en la habitación, había ideado una mentira de lo más convincente: tener el periodo. Al menos lo alejaría por un tiempo.

Pero él tuvo que desafiarla con aquella palabra: «ternura».

Notó el movimiento del colchón y cómo este se desnivelaba hacia su lado. El

largo pelo de Beltrán, que le llegaba hasta los hombros, rozó su frente, y Matilde sintió el tacto de unos labios carnosos sobre uno de sus párpados. Luego siguieron la línea de la nariz hasta llegar a la barbilla. Matilde no interrumpió el avance y se mantuvo a la expectativa.

—Te toca —dijo de repente Beltrán en su oído—. Estoy esperando. —Matilde, inquieta, intuyó su maliciosa sonrisa.

—No entiendo cómo eso puede ayudarnos a conocernos mejor.

—Ya sabes cómo son mis besos, conoces una parte de mí que nadie más ha catado.

—Excepto tus amantes.

—A ellas nunca las he besado como a ti.

Un extraño y agradable cosquilleo rodeó el alma de Matilde.

—¿Qué puedes saber de mí por un simple beso?

—Pruébame.

Matilde se retiró del rostro el cabello, que, por consejo de su hermana, se había dejado suelto. La oscuridad y el reto de llegar a conocerse le otorgaron una valentía que siempre le había faltado en la cama con sus dos maridos.

Mantuvo los labios más de tres segundos prietos en la frente de Beltrán, intentando calificar la textura. Tuvo que palpar su cara para encontrar los párpados y sopló divertida sus pestañas. Rozó la barbilla y olió el aroma que desprendía, a humo, alcohol y vicio, y sin comprenderlo se atrevió a depositar un suave y cálido beso en el cuello. Se retiró, temerosa por haber despertado las ansias de más de Beltrán, que calmó su desazón colocando su mano sobre la suya.

—Durmamos, que falta nos hace ahora que ya nos conocemos.

Matilde no comprendía muy bien qué estaba sucediendo ni tampoco lo que quería de ella. Hasta que oyó un liviano ronquido que provenía de la garganta del barón. ¿Pretendía dormir así? ¿Cogidos de la mano? Lo que para él había sido una fuente de conocimiento, para ella se había convertido en una incertidumbre, y no le gustaba no saber a qué atenerse. Le pellizcó el brazo aun a riesgo de que él dejara de conformarse con unas pocas caricias.

—¿Ocurre algo? —Beltrán resopló, aturdido.

—¿Qué has aprendido?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo son mis besos? ¿Cómo soy yo?

—Ya lo sabes, Clara.

—¡No me llames así!

—¿Cómo debo llamarte?

Matilde se mordió el labio hasta que notó el escozor y la espesura de la sangre.

—¿Cómo soy?

Beltrán no contestó, bebió de su boca, y Matilde se impregnó del sabor a hierro.

—¿Te has hecho daño? —dijo Beltrán deteniendo el primer instante de auténtica pasión que Matilde había vivido.

—No es nada. —Se abalanzó sobre él intentando recuperar el momento en que él bebía de su propia sangre, buceando en ella con el ansia de conocer su alma abatida. Comprobó que tenues rayos de luz se colaban por las rendijas de las cortinas que cubrían el ventanal de la habitación. Se escabulló de los brazos de aquel hombre que quiso demostrarle lo que era la ternura, y escondió entre su melena el mechón de pelo blanco.

—Tengo que ir al mercado. Seguro que Jacinta me está esperando.

Beltrán protestó. Rendido y soñoliento suplicó que volviera con el nombre de Clara en el paladar.

Matilde se deslizó sin hacer ruido hasta la cama de su hermana. Era demasiado pronto para la llegada de la criada, acostumbrada a que en esa casa se tomara la primera comida del día cuando el sol estaba en lo más alto.

—¿Qué sucede?

—¿Me conoces, Clara? ¿Sabes quién soy?

—¿A qué viene tanta tontería?

—¡Contéstame!

Matilde se encontró con los ojos legañosos de Clara y quiso traspasarlos para encontrarse; sin embargo, no obtuvo respuesta, solo palabras de consuelo y mimos. No era eso lo que buscaba. Se reprimió para no volver junto a Beltrán y seguir indagando.

Clara desperezó los brazos para librarse del entumecimiento que le había provocado el cuerpo de su hermana sobre ella, acurrucada como una niña mientras le decía que todo saldría bien. Observó cómo la sangre del labio inferior de Matilde se había convertido en una especie de costra.

—¿Te lo ha hecho él? —le preguntó, esperanzada de que solo hubiera sido un juego y no el principio de algo más extraño, como todo lo que le acaecía a

Matilde.

Ella lo negó.

—¿Qué habéis estado haciendo? —quiso averiguar, curiosa. No era la reacción que esperaba después de pasar unas horas con un caballero como Beltrán, con un cuerpo que invitaba a cabalgarlo sin tregua; por supuesto, no podía contárselo a Matilde o la tacharía de ramera, pero ¿acaso no lo habían sido las dos, cada una a su modo?

—Hablar —contestó por fin su gemela.

—¿Y nada más? —Clara se sintió estúpida por intentar compartir a su marido con su otra mitad, creyendo que así arreglaría parte de su naturaleza opaca. Harían falta muchas noches para que Matilde pudiera sanar, y no tenían tanto tiempo.

El nombre de Clara llegó desde la lejanía. Beltrán la buscaba para que volviera a su lado, una invitación que las puso en alerta.

—Si nos ve juntas, lo descubrirá todo. —Matilde, alarmada, rozó el labio dolorido.

Las tablas de madera del suelo, aquellas que ellas habían aprendido a evitar, crujieron bajo el peso de unas fuertes piernas que avanzaban en dirección a la habitación donde las hermanas Vidal permanecían abrazadas. Pequeños golpes en la puerta y su nombre en forma de quejido paralizaron a Clara. ¿Qué había de malo en que Beltrán la buscara, la deseara...? No tuvo tiempo para pensar en nada más. Matilde se abalanzó sobre ella y le mordió el labio inferior.

—¡Estás loca! —La tiró al suelo de un empujón y el ruido que hizo al caer debió de prevenir a Beltrán, que abrió la puerta de sopetón.

Quedó aturdido al ver la sangre que corría por la barbilla de Clara. Se acercó y con el pulgar presionó la herida. Sus ojos negros se clavaron en ella como puñales ardientes. Lo besó desesperada, sin poder remediarlo. Intentó que los segundos que se tardaba en saborear una fruta prohibida se convirtieran en eternos aliados. Pero Beltrán no parecía encontrarse en la misma situación. Supo de su incomodidad al apartarla con premura de su lado y auxiliar a Matilde, que los observaba con detalle, y Clara pensó que hasta le hubiera venido bien tomar notas.

El barón arrugó el entrecejo al darse cuenta de la lesión de Matilde. Alargó los dedos, tal vez para tocarla, y Clara reconoció que había sido un error dejarlo entrar en la alcoba. Nadie las había contemplado con tanto detenimiento como Beltrán y, si seguía así, podría descubrir lo que ellas intentaban esconder a toda costa.

Ser gemelas no era de su agrado. A pesar de que se sentía unida a su hermana de una forma que sobrepasaba cualquier sentimiento que pudiera describir, no quería ser igual que ella. Diferenciarse de la ruda, seca, malhumorada e intransigente Matilde, como la conocían, había sido el espejo en el que mirarse para saber en qué debía distinguirse. A menudo exageraba su vivacidad; no siempre estaba alegre, pocas veces se sentía plena. La tentación de vestir de negro y sumirse en un silencio que la protegiera de cualquier mal era poderosa, pero a fuerza de voluntad había conseguido disimular su desdicha, la misma que perseguía a Matilde. Si Beltrán descubría que era igual que su hermana, dejaría de desearla y hasta podría no amarla nunca, y ella necesitaba la esperanza de ser amada algún día.

—¿Os estabais peleando? —Beltrán sacudió la cabeza, incrédulo.

—Nunca nos peleamos —contestó Clara, alegre.

Notaba la confusión de su marido y no sabía muy bien qué pretexto poner para apaciguar las dudas. Abrió la boca, a punto de decir algo trascendente que podría poner en peligro el pacto de las hermanas o dejarlo en el olvido. Sin embargo, no hizo falta ir más allá de lo que el destino había propiciado. Los perros ladraron, y el ruido ensordecedor de un mosquete los asustó tanto que los tres se cogieron de las manos mientras agudizaban los oídos. Los ladridos de los alanos eran cada vez más agudos, y Beltrán se decidió a bajar hasta la sala de juegos, donde alguien había entrado sin permiso.

—Esconderos dentro del armario, enseguida vuelvo.

Clara, acostumbrada a obedecer, no tuvo reparos en dirigirse hacia el diminuto armario de dos puertas que había situado en una esquina, pero Matilde no la siguió.

—¿A dónde vas? ¡No seas imprudente!

—No voy a permitir que destrocen lo que tanto me ha costado.

—Solo eres una mujer...

Su hermana la miró de soslayo, como si lo que había dicho, por más obvio que resultara, fuera uno de los insultos más graves que pudiera dirigirle.

La vio alejarse y, aunque intuía que aquello acabaría mal, no pudo dejarla sola. La agarró del camisón y sus pies descalzos se alzaron a la vez para descender los escalones como dos voces armónicas.

Las sillas y las mesas estaban del revés; trozos de cristal brillaban esparcidos por el suelo, en el que los intrusos se habían dejado una antorcha encendida. No se había prendido fuego gracias a la rápida intervención de los perros, que en lugar de asustarse de las flamas se apresuraron a morder el palo de madera y se

lo entregaron al barón como si fuese un juguete.

Matilde corrió hacia Negro, que tenía algunas partes de su rostro quemadas.

Del techo cayeron pequeñas astillas a causa de un agujero de bala de plomo, y Clara suspiró de alivio porque las habitaciones que alquilaban las ramerás estuvieran vacías, sin ningún cliente rezagado o borracho, porque el panorama hubiera sido mucho peor.

—Se trata probablemente de un mosquete propio del ejército —dijo Beltrán, que había seguido su mirada hacia el agujero.

—¿Algún soldado rencoroso? —sugirió Clara, esperanzada de que solo se tratara de alguien ajeno a ellas.

—Ha sido Juan Cortés. No tengo ninguna duda —habló, impasible, Matilde.

Las piernas de Clara flaquearon y tuvo que sentarse en el suelo para no desplomarse. La testarudez de Matilde las había llevado hasta aquel escollo. Nunca había hecho caso de sus consejos para tratar a los hombres. Los desafiaba en terrenos en los que las mujeres no debían entrar y se cerraba en sí misma cuando Clara le aconsejaba que la mejor manera de convencerlos era a través del placer. Ella era una experta en apaciguar obsesiones y engatusarlos para que invirtiesen en su persona; no aceptaba ni un solo real, solo lo mejor: joyas, vestidos y hasta chocolate y té, vetado a las clases humildes. Intentaba no involucrar el amor en el intercambio, y solo había bajado la guardia una vez, con el capitán Manuel Montenegro. Denotaba una fuerza que la atraía y una pasión desmedida que ella había sabido controlar. Y Matilde se empeñaba en seguir dura e intransigente en la cama como lo era en el trabajo. No era que se mereciera las señales en su cuerpo ni las humillaciones, pero ella no podía dejar de lado la obcecación que tenía por superar a sus maridos en todos los campos, incluidos los que les pertenecían solo a ellos. Por su culpa Juan Cortés estaba decidido a ir a por ellas para quedarse con el negocio. Y lo que más temía era que no fuera suficiente. Exhaló, y sus miedos escaparon sin temperarla.

Beltrán mantenía su espada en alto; tal vez la había cogido de la habitación antes de bajar. Vestía una camisa de dormir blanquecina y sus piernas torneadas estaban separadas en posición de ataque. Matilde arrastraba su camisón por el suelo y abrazaba a los dos alanos, su pelo caía en cascada y su mechón blanco se difuminaba con la luz tenue de unas pocas velas que habían encendido con la antorcha antes de apagarla.

—Debemos poner orden cuanto antes. No quiero que nadie se entere de lo sucedido. Juan no ganará esta batalla.

—Deberías volver a negociar con él. Ofrecerle más dinero por la renta de Can

Cortés. —Clara se apresuró a calmar a su hermana, cuya tensión estaba asustando hasta a los perros.

—Por encima de mi cadáver.

Otra vez salía a relucir la superioridad que anidaba en Matilde. Creía poseer una excelencia única, a pesar de que toda su vida la habían intentado socavar y arrebatarle las ideas. Pero lo que de verdad hacía excepcional a Matilde era su capacidad de ver oportunidades donde nadie más las veía. Como sus dos matrimonios. A pesar de ello, con Juan Cortés se estaba equivocando.

—Los dos estáis obsesionados el uno con el otro. Deja que por una vez consiga lo que quiere.

El barón bajó la mano con la que tenía sujeta la espada de hoja ovalada y obligó a Matilde a ponerse en pie. Intentó alejarla de los alanos, que gruñeron y avanzaron hacia él.

—¿Ha habido algo entre Juan y tú, Matilde? —El odio que demostró Beltrán al escupir esa frase encendió las alarmas de Clara. El pasado volvía con más fuerza, otro hombre quedaba enredado en la aversión que despertaba Matilde.

—¿Cómo se te ocurre tal cosa? ¡Mi hermana está casada!

—¿Y por qué esa obcecación con ella?

—Por el dinero, solo por eso. ¿Quién crees que ha conseguido que el *triquet* funcionara? Ella ha tratado con cada uno de los proveedores, ha ideado cada una de las estrategias para atraer a los mejores clientes...

—¡Callad de una vez! No se soluciona nada con tanta cháchara —chilló Matilde—. Clara, ayúdame a recoger esto. Beltrán, sal a ver qué averiguas.

—¡Oblígame! —contestó furioso el barón.

Clara arrastró a su marido hacia un rincón de la sala, apoyó su espalda contra la pared y lo obligó a dejar de mirar a Matilde con un resentimiento propio de un amante. Estaba dispuesta a conseguir equilibrar la balanza, demostrarle a su hermana cómo se deberían haber hecho las cosas desde un principio.

Con el don de la sensualidad con el que había nacido, se apoderó de la sed de Beltrán. Friccionó su pecho con el suyo, acarició el vello que le sobresalía del camión, bajó la mano poco a poco hacia su sexo y palpó el bulto erecto que predominaba a través de la tela. Se humedeció los labios, y cuando él pretendió atraparla con su lengua, se retiró a tiempo. Eran movimientos mecánicos en los que no sintió nada, y era que su mente estaba cubierta por una nube oscura que la empujaba a demostrar a su hermana su valía.

—Ve a buscar alguna pista de quién nos quiere tanto mal.

—Pero si no es otro que Juan Cortés...

Clara acarició con los ojos cada recodo del cuerpo del barón.

—Necesitamos saber qué aliados tiene para obtener ventaja, ¿lo entiendes?

—No puedo más; si no estamos juntos, explotaré.

—Mañana. —Clara lamió su oreja y con el dedo índice lo apartó. No le hizo falta utilizar la fuerza ni los gritos para controlarlo—. Sal.

Beltrán asintió.

Clara pasó junto a Matilde, que los observaba de reojo. Imposible disimular su desconcierto.

—Así se manipula a un hombre —dijo sin pestañear ni arrepentirse de lo que acababa de suceder—. A partir de ahora, yo me encargo de mi marido.

Estaba harta de estrategias inútiles. Después de saber que Juan Cortés iba tras ellas, y que aquello era tan solo un aviso de lo que vendría, era preciso consumir su matrimonio cuanto antes para que al menos no pudieran quitarle el título de baronesa. Un salvoconducto que, estaba convencida, las sacaría de esa pocilga.

Capítulo X

«Harto querría yo saber a qué viene el besarse tantas veces... Con el beso se inicia la torpeza -esto es, la lujuria- que no quiero explicar. A mí se me antoja una costumbre fea e importada...» (Luis Vives, 1523, *De la mujer cristiana*).

Impotencia, desconcierto, desengaño. Todo ello era lo que albergaba el miembro dolorido de Beltrán. Fracaso, el sentimiento predominante.

Le habían querido dar a entender que Clara era una ingenua que no sabía lo que hacía cuando sonreía. Al principio lo había sorprendido su aplastante descaro y luego se había sentido culpable al comprobar cómo en el lecho temblaba al ser acariciada. Había oído de doncellas coquetas que alardeaban de fogosidad y en cuanto se casaban quedaban horrorizadas por la verdad del matrimonio. Desde el principio había sospechado que Clara no era ese tipo de mujer: las veces que habían compartido un espacio íntimo en medio de la oscuridad intuía que existía un miedo a algo más que solo a consumir el matrimonio. Creyó entenderla, como si de día interpretara un papel y de noche, en su cama, se desvelara su propio ser. Y cuando era ella misma lo atraía aún más que con sus vestidos de colores y la idea absurda de convertirse en una auténtica dama. Tal vez creyese que así se comportaba una baronesa, pero nunca había visto a su madre reír, por lo tanto, dudaba que los Senan estuvieran satisfechos. Tal vez Matilde hubiera sido más de su agrado, de no ser por su manía de controlarlo todo.

Se sobresaltó al comprobar que no estaba solo. Matilde lo escrutaba con la mirada. Si no fuera por ese mechón de pelo blanco que se vislumbraba aun con una sola vela encendida, podría pasar por Clara.

—¿Eres la hermana mayor, Matilde? —le preguntó avanzando hacia ella con una idea en mente.

Matilde bajó la cabeza para atender a los alanos y los llevó rauda hacia el patio. Sus pies descalzos se hundieron en el barro; cogió los cuencos bajo una luz rojiza, propia de un amanecer que se resistía, y entró en la cocina. Beltrán la siguió con el presentimiento que lo había sobrecogido al fijarse en su forma de actuar, extraña y a la vez conocida.

—¿Eres la hermana mayor, Matilde? —volvió a preguntar obstaculizando la puerta que daba al patio.

—Sí, lo soy —contestó impertérrita, sujetando los recipientes de latón.

—¿Por qué has tardado tanto en responder?

Beltrán se hizo a un lado para que pudiera pasar. Los gruñidos de los perros podían inquietar a los vecinos, y no estaba de humor para otro jaleo.

—Porque es un interrogatorio absurdo.

—¿Cómo te has hecho la herida en el labio?

—¡Estabas allí! Has entrado en el cuarto y me has asustado. Me he caído de la cama y me he dado con el borde de una de las patas.

—¿Sabes lo que he visto yo? Dos hermanas muy parecidas, tanto que hasta podrían pasar una por la otra.

Matilde se agachó para acariciar a los perros. El silencio que se instaló entre ellos dos formaba parte de los intervalos de sonidos breves, largos, fuertes y débiles que llegaban desde el cerco de los cerdos, de las salpicaduras de saliva de Negro y Lobo, del lodo que se había intercalado entre los dedos de los pies de ambos.

—¿Con qué intención? —susurró Matilde, y Beltrán reconoció aquel murmullo.

Consciente de que su teoría, aquella que acababa de elucubrar mientras perseguía a Matilde del patio a la cocina y de la cocina al patio, era una insensatez. No pudo evitar que la sospecha se apoderara de él. Las hermanas le escondían un secreto. Tal vez algo tan ingenuo como sus edades, como las similitudes que querían ocultar al mundo, pero ¿por qué? No tenía sentido, a no ser que una de ellas no fuera quien decía ser.

—¿Eres virgen, Matilde?

Su cuñada seguía empeñada en darle la espalda.

—Soy una mujer casada. —Nada en su tono denotaba nerviosismo.

—Se han oído historias peores que una esposa no deseada por su marido.

Esa era la única razón que creía plausible para que Clara y Matilde hubieran suplantado sus identidades. Clara había demostrado, después de palparle el miembro con gran habilidad, que no era pura, por lo tanto, solo concebía que

Matilde, siempre distante, fuera la que yaciera junto a él y saboteara todos sus avances para consumir el matrimonio; por eso el miedo, por eso su fragilidad, que disfrazaba durante el día.

Miró el cielo, de un suave violeta con una raya bien marcada de azul cobalto. La oscuridad se retiraba como un ejército abatido y la luz avanzaba victoriosa a través de las sombras.

—Olvidas, barón, que he tenido dos esposos —dijo Matilde retirándose el pelo lacio hacia un lado y dejando al descubierto su nuca. El camisón le venía grande y las costuras resbalaron por el hombro.

—Llámame Beltrán. Cuántas veces tengo que... —No pudo terminar la frase, la vista que había descubierto cuando esa tela de lino blanca cayó involuntariamente y dejó al descubierto la piel blanquecina, lo dejó paralizado —. Tienes sangre.

Matilde palpó con la mano una cicatriz que supuraba en el omóplato.

—Se habrá abierto con el golpe de la caída.

La resignación de su cuñada estremeció a Beltrán. Había creído que no le afectaría volver a Barcelona; tan solo debía alejarse de la memoria de su familia, no poner los pies en la mansión que con tanta determinación había perdido en una apuesta. Pero no, el Born se había convertido en su prisión, en el recuerdo tenebroso de una miseria que lo perseguía, una pobreza de espíritu que le impedía ser feliz. Una furia se arremolinaba en su interior al pisar sus calles, y más entre las paredes de Can Cortés, que al principio creía que podrían convertirse en su cielo particular. ¡Quién no querría ser el amo de un *triquet*! Pero las hermanas lo habían estropeado.

Rasgó con violencia el camisón de Matilde. Su marcada columna quedó al descubierto; podría perfilar con facilidad cada uno de los huesos. Ella intentó tapar las heridas con su melena, pero él enroscó los largos cabellos en su mano. Observó estupefacto las cicatrices que, como un mosaico, se extendían a lo largo y ancho de su piel.

El estremecimiento de Matilde provocó en Beltrán un estado de excitación que le disgustó hasta el extremo de sentir aversión hacia sí mismo. La tentación de abrazarla no era tan grande como el pánico que había surgido de la nada y amenazaba con quedarse.

—No soy virgen. —Beltrán no pudo ver las facciones de Matilde, pero escuchó su jadeo, y la cólera dio paso al deseo. Huyó para no rendirse ante la evidencia. Descalzo, corrió por las calles del barrio del Born, y desde aquel amanecer fue conocido como *el loco de las hermanas Vidal*.

A las cinco de la tarde, Can Cortés persistía en la penumbra como un alma en el limbo. Las ventanas cerradas impedían que los rumores se colaran por las rendijas y se abrieran afrentas pasadas. Clara despertó ante el silencio sepulcral, tan impropio en su vida. Había codiciado en varias ocasiones alejarse del bullicio inmoral de la sala de juegos y convertirse en una dama decente. Descubrió, con los latidos desmedidos de su corazón, que le cautivaba mucho más ser imperfecta que aquel sigilo tan ensordecedor que no la dejaba seguir tejiendo sus sueños, en los que Beltrán se arrodillaba ante ella lleno de esperanza.

Encontró a Matilde en el comedor, estaba zurciendo el camisón. Los platos sucios de la comida estaban aún por recoger. Clara reparó en que solo había un cubierto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó soñolienta mientras señalaba los tirones de la ropa de lino.

—Los perros con sus garras.

Clara bostezó.

—Tendrás que cortárselas.

—¿Y desperdiciar un arma letal?

La tensión de Matilde era una novedad. Aunque discutieran, al final siempre volvían a reconciliarse, por lo que intuyó que existía algo más. Imposible que le guardara rencor por los enfrentamientos de la noche anterior. Así era su relación. La sangre entremezclada corría por las venas de ambas, y no tenían en cuenta las palabras dichas desde la verdad, el odio y el amor, que a la mañana siguiente se diluían como el agua de lluvia.

—¿Qué pasa, Matilde?

—Nada, estate tranquila.

—¿Dónde está Beltrán?

—¿Todavía no se ha enterado de la locura del señor? —Jacinta se santiguó.

El relato que escuchó de los labios de la criada la dejó atónita. Aun con los nervios y las lágrimas entrecortadas de Jacinta, y esa manía de no terminar las palabras de manera correcta, omitiendo algunas consonantes, pudo imaginar a Beltrán mientras vagaba por las calles empedradas, con los pies ensangrentados de tanto caminar y dar vueltas sin sentido por el Born.

Clara ni siquiera parpadeó al escuchar el rumor que, según Jacinta, circulaba por el mercado. De una punta a otra, los tenderos solo hablaban de una cosa.

Temió que aquella crónica desvirtuada, pero de aspecto tan veraz precisamente por lo disparatada que era, terminara como un dramático final.

Pensar en el cuerpo inerte de Beltrán, ahorcado, apuñalado... El miedo a un desenlace fatal la atormentó, y no comprendió por qué si tan solo lo conocía de hacía unos meses. Tan breves que ni siquiera habían tenido tiempo de intimar.

La noche anterior había abandonado la sala de juegos en vista de que el amanecer a floraba a lo lejos y la extenuación se había adueñado de ella. Recordaba haber dejado solos a Matilde y a Beltrán, y nunca se le había ocurrido que, en la claridad de la luz amarillenta de las velas, pudieran traicionar su confianza cuando le había dado a entender con contundencia a Matilde que el pacto había terminado.

¿Por qué había huido Beltrán? ¿Había descubierto los secretos que le ocultaban y por eso se había vuelto loco?

Lo que no se esperó del relato agrio de Jacinta fue la bañera.

Creyó no haber oído bien y miró aturdida a Matilde, que por primera vez en mucho tiempo parecía divertida.

—El señor se presentó desnudo dentro de una bañera de cobre portada por dos lacayos y un séquito de mirones que no han dejado de silbar y chillar obscenidades, y lo peor es que he tenido que cargar más de doce cubos de agua escaleras arriba y escaleras abajo para llenarla.

Jacinta negó varias veces con la cabeza, como si el mundo anduviera del revés, y Clara apreció cómo pequeñas burbujas se paseaban por su garganta hasta explotar en una sonora carcajada.

Una bañera era lo más aristocrático que se le ocurría, y ella ya era parte de esa estirpe, por lo que las ansias de probarla sustituyeron la nebulosa de preocupación que había albergado por su marido.

Corrió a la habitación contigua y le extrañó no oír el chapoteo del agua ni el aroma a jabón.

La desnudez de Beltrán se intuía a través del agua turbia, que impedía admirar más allá de su torso y el contorno de sus brazos. No se sorprendió de la solidez de sus músculos, sabía por experiencia que el arte de la esgrima le confería una cierta complexión a quien ejercía tal deporte. Se le pasaron por la cabeza los brazos tan bien proporcionados del capitán Montenegro, oriundo de Sevilla, cuyo barco, si las cuentas eran correctas, no llegaría al puerto de Barcelona hasta dentro de dos semanas.

Beltrán dormía, y ella pudo contemplar sin censura la bañera; las patas eran hermosas, iguales que las garras de una gaviota, y el color ambarino la

emocionó. Impulsada por esa embriaguez que le auguraba momentos de excitación eterna, como cuando un hombre le entregaba los primeros besos, que sabían a nuevo, se quitó el camisón y lo tiró al aire. Cerró las cortinas y la alcoba quedó en una semioscuridad en la que era capaz de distinguir las siluetas, pero no la expresión de los rostros.

Su ímpetu avivó a Beltrán, y ella esperó a que despertara el hambre.

Introdujo un pie en la bañera y dejó que él apreciase su sexo justo frente a la nariz, que oliera las ansias de una hembra en celo, mientras Clara ataba los cabos sueltos de lo que había ocurrido durante aquel amanecer en el que a ella, a maldita hora, se le había ocurrido dejarlos solos e ir a dormir.

Sumergió el otro pie en el agua tibia, palpó hasta encontrar el miembro de su esposo y comprobó satisfecha que este se mantenía erecto. Su apetito la envalentonó; se sentó a horcajadas encima de él y descendió despacio, colocando las manos en sus hombros como punto de apoyo. Notó cómo su glande suave y terso encajaba a la perfección en su interior. Los dos se estremecieron a la vez; Clara osciló sus caderas, dispuesta a enseñarle sus más adorados movimientos, pero Beltrán la detuvo. Ella apretó los labios internos sin dejar pasar la oportunidad de demostrarle la excitante esposa que podría llegar a ser. Beltrán repasó febril cada una de las vértebras.

—No tienes cicatrices...

Clara respiró profundo. ¿Eso era lo que lo había vuelto tan iracundo? ¿Sospechaba del intercambio que había hecho con Matilde? Había llegado el momento de jugar bien sus cartas y acallar para siempre cualquier atisbo de incertidumbre.

Elucubró una rápida teoría: los perros habían desgarrado el camisón de Matilde y Beltrán se había consternado al ver las señales de una perturbadora evidencia. El barón se había percatado de la existencia de un enigma que no pudo descifrar con seguridad. Si no, ya la habría repudiado o, tal vez peor, no habría vuelto junto a ellas. Sin embargo, había traído un regalo; una bañera, símbolo de una unión que Clara estaba preparada para sellar. Lo besó con ansia, famélica por un poco de atención. Sin embargo, él detuvo su fogosidad y se dedicó a saborear con delicadeza los párpados, la nariz y su mentón. ¿Qué rayos estaba haciendo? ¿Así demostraba su hombría?

—No sabes igual.

No era necia, y enseguida entendió que su hermana le había mentido al negar, con su acostumbrado pragmatismo, que no había pasado nada entre ellos. Seguramente había dejado de lado algún beso en medio de una opaca luz, tan

casto que hasta parecía haberle gustado al barón. Matilde había acertado al predecir que Beltrán deseaba a una mujer pura, pero estaba cansada de tanto embrollo y recordó de manera tardía el artilugio que tan caro le había cobrado el boticario para aparentar ser virgen, así que se arriesgó.

—¿Te gustaba más cuando estaba aturdida y temerosa?

—¿Qué ha cambiado?

—¡Contesta! —Cabalgó de nuevo sobre él para defender su posición—. ¿Te gustan las damas tímidas y desconfiadas, llenas de miedo por un pecado tan placentero como este?

—Solo digo que no sabes igual.

Notó cómo su órgano se llenaba de sangre.

—Cuando te acercabas a mí medio borracho, tenía miedo de tu reacción al descubrir que no era virgen.

—¿Y por qué ahora ya no me temes? —Beltrán apesó sus nalgas para ayudarla a subir y bajar con mayor rapidez. Una pequeña flama se encendió en Clara, y la exaltación que recorría su cuerpo le impidió hablar. Jadeó, y su melena cubrió en un manto de enredos ambos rostros.

—El regalo que me has traído... —Volvió a convulsionar—. Tu locura...

Beltrán le apartó el pelo de la cara y otra vez intentó arrebatarse la voluntad a través de su boca.

—¿Qué me escondéis?

¿Por qué hablaba en plural, por qué involucraba a su hermana?

Salió furiosa de la bañera, interrumpiendo su propio goce. El barón había roto la magia, el placer había sido borrado por la desconfianza que él mostraba; a pesar de la dureza de su miembro, su corazón seguía receloso.

—Eres igual que todos los demás. —Clara encendió dos velas situadas en la mesita de noche. Perlas de agua marrón resbalaron por su piel; el frío que se colaba por la rendija de la ventana erizó su vello, y sus pezones se tensaron. Beltrán no sucumbió a ese efecto perturbador, y la irritó todavía más—. ¡Somos gemelas! Por eso tu confusión y la de todos los maridos de Matilde. Somos iguales físicamente, pero muy distintas aquí. —Señaló su corazón—. He intentado comportarme como ella en la cama, ser seria, fingir que no te deseo, y tal vez eso te haya perturbado.

Beltrán también salió del agua, con la piel rugosa y la comprensión en los ojos. La tapó con la colcha de encaje que cubría la cama. Ella se decepcionó al comprobar que no completarían lo que habían empezado.

—¿Qué piensas hacer ahora que nos has descubierto? ¿Nos vas a repudiar?

—No quiero ser como los demás.

—¿Entonces permanecerás a nuestro lado?

—A tu lado —puntualizó el barón, y Clara, por primera vez, se avergonzó de sí misma. Había logrado lo que se había propuesto, conservar a su marido, y, aun así, leves punzadas de arrepentimiento moraron en su interior. ¿Valía la pena salvarse a expensas de su hermana?

Matilde se pinchó varias veces el dedo índice con la aguja; era imposible no escuchar los jadeos de Clara. Habría podido bajar a la cocina, entretener a Jacinta, distraerse de lo que creía que era la peor decisión que Clara había tomado. Había puesto tanto mimo en ese plan...; creía que su ejecución perfecta la llevaría hacia esa felicidad que anhelaba y que la vida le había negado una y otra vez. Pero no contaba con la vulnerabilidad de su hermana ni su capricho por los hombres. Y encima el boticario les había cobrado una suma considerable por algo que no se utilizaría. Un dinero perdido. Y más si se añadía la bañera que había traído Beltrán. Había pagado a sus portadores a regañadientes después de que su cuñado confesara haberse gastado la plata en la Casa de la Leona, que estaba abierta las veinticuatro horas, un lujo que de momento Can Cortés no se podía permitir. Estaba ahorrando para comprar una casa más grande y poder contratar personal adecuado que se ocupara de los quehaceres más farragosos.

Agudizó el oído, preparada para escuchar gritos, golpes o lloros desconsolados. Pero después de esos molestos sofocos se instauró un discreto siseo. Temió que hubiera pasado algo grave. Luego, su hermana asomó la cabeza por el arco que separaba el comedor de las habitaciones.

—¿Todo bien?

Clara asintió.

Matilde dejó el cesto de costura y bajó las escaleras dispuesta a refugiarse en el despacho. Se sirvió un vaso de vino y encendió la pipa. Se restregó fuerte los ojos, se pellizcó las mejillas. Estrelló el vaso contra la chimenea no encendida y ahogó un grito que se le atragantó en el estómago. No eran lágrimas de alivio. Beltrán parecía haber aceptado a Clara a pesar de su impureza y su fogosidad, pecados capitales en una mujer, y ese era el final que las dos hermanas habían estado esperando desde hacía tiempo. Sin embargo, le era imposible retener el enojo. Cuando por fin aparecía un caballero que quería más de lo que ella estaba

dispuesta a ofrecer, que la presionaba para que su verdadero yo saliera a la luz, quedaba extasiado con Clara. Toda esa ternura que él le había prometido sería para Clara. Y por primera vez en su vida quiso que la felicidad de su hermana se convirtiera en una falacia.

Capítulo XI

«Ninguna mujer nace con ingenio y saber, porque su sexo no admite prudencia ni disciplina» (Juan Huarte de San Juan, 1575, *Examen de ingenios*).

Era el décimo día que la luz de media tarde despertaba a Clara. Alargó la mano para acariciar el vello del pecho de su marido, pero en su lugar había un espacio vacío y gélido. Era cierto que cuando la mentira de su virginidad quedó relegada a una atracción física sin más, el barón pareció asumirlo. Lo que ellas le proporcionaban, a cambio de que no tuviera en cuenta el pequeño inconveniente, era mucho más que la anulación de un matrimonio por una simple membrana rasgada en su interior.

Beltrán quiso yacer con ella desde el primer momento en que Clara le mostró las futuras horas de placer que como esposa le podría proporcionar. Pero la luna de miel que había imaginado no llegó a efectuarse. Matilde se negó en rotundo a que realizaran cualquier viaje, ni siquiera al convento donde estaba enterrada la hermana de Beltrán. La única razón por la que pretendía salir de esa casa de juegos que la mortificaba día sí y día también era para saborear la victoria de ser baronesa. Sin embargo, nadie parecía pensar lo mismo.

Matilde, durante esos días, había estado reacia a compartir sus pocos ratos libres con ella. Cada vez pasaba más horas recluida en el despacho. Clara echaba de menos a su gemela. Quería que fuera partícipe de su aventura con el barón y hablarle de su habilidad para hacerla gozar de una manera distinta a otros hombres. No sabía a qué se debía exactamente, ya que el procedimiento era el mismo; tampoco le había descubierto ningún secreto oculto. Tal vez se debía simplemente a que era mejor amante, a que sabía lo que su cuerpo anhelaba, y llegar al clímax resultaba tan fácil que hasta alguna vez había conseguido hacerla vibrar y llorar a la vez. Junto a él dormía satisfecha, sin recuerdos ni imágenes

aterradoras. Matilde entendería los pequeños detalles. A nadie más le podría confesar las emociones que Beltrán despertaba cada vez que la tocaba, y solo a ella le podría contar que la atracción, que durante más de una semana había parecido no tener límites, estaba llegando a su fin.

Clara seguía deseando sus caricias, pero no Beltrán; prefería jugar y beber, y cuando el *triquet* cerraba las puertas, tardaba un poco más de la cuenta en llegar hasta el lecho. Desde hacía tres días se metía en la cama tan borracho que solo le daba tiempo a un revolcón rápido y sin demasiados aspavientos. Otras, él prefería que durmieran abrazados, alegando estar cansado y sin fuerzas. Y Clara escondía su malhumor; se daba cuenta de que había pasado de ser un juguete nuevo a otro usado. Por eso creyó que la clave estaba en mejorar su aspecto, en convertirse en una verdadera dama. Iría de compras. Pero antes debía convencer a Matilde: ella era la que administraba el dinero. Tal vez si su hermana la acompañaba se contagiaría con la alegría de los colores de las telas. Porque no había nada más hermoso que una mujer bien cuidada y feliz.

Entró en el despacho con solo una bata de seda fina que dejaba entrever sus curvas, una imagen que contrastó de inmediato con el vestido negro de Matilde, abrochado hasta el cuello y con mangas abullonadas, que cubría la piel blanca y tersa que las hermanas Vidal compartían. Los encontró a los dos, a su gemela y a su marido, bebiendo y fumando mientras mantenían una acalorada conversación. Beltrán sostenía que debía gastarse más libras en protección, contratar hombres y no muchachos enclenques como hasta ese momento.

—Muéstrales cómo manejar un arma y ya no serán tan enclenques —habló Matilde, palabras dichas con intención, como siempre surgían de su boca, y eso alertó a Clara; sin saber por qué, su piel se erizó. Miró perpleja la chimenea, esa vez encendida. Beltrán parecía haber eliminado una de las cuestiones más tabúes en aquella casa: la austeridad.

—Estoy aquí para mantener la seguridad, no para enseñar a mocosos a morir en una pelea.

Clara puso los ojos en blanco. No había ni un solo día en que Matilde y Beltrán no discutieran. Era fácil reconocer que su marido, como cabeza de la familia, intentaba tomar el control y que Matilde se negaba a ceder. Formar equipo no era algo que considerasen. Estaba convencida de que la apatía del barón en el lecho era precisamente porque su labor en el *triquet* no se veía valorada. Se lo había comentado a Matilde, pero esta siempre inventaba excusas para no entablar diálogo con ella, salvo para desear los buenos días y las buenas noches.

Se acercó con sigilo y acarició la nuca de su esposo. Beltrán, molesto, se

apartó. Clara se sintió como una intrusa. Su hermana tampoco reaccionó como estaba acostumbrada. Los ojos de su gemela siempre se bañaban en un halo de súplica cuando estaba junto a un hombre, anhelaban que Clara la salvara de una compañía que no había buscado. Pero en esa ocasión le sostuvo la mirada cargada de rabia. Los había interrumpido en medio de lo que llamaban una «conversación de negocios», de las cuales la excluían. Al principio por propia voluntad, pero esa mañana habría preferido ser Matilde y estar sentada junto a Beltrán y trazar planes juntos, y no solo esperarlo a medianoche en la cama.

—¿Qué quieres? —La voz de Matilde sonó agria. De manera involuntaria Clara retrocedió unos pasos.

—Ir de compras.

—¿Cuánto?

—¿Por qué eres tan fría conmigo? —Una grieta en su dicción dejaba entrever mucho más que inquietud.

Beltrán se removió en la silla.

—Volveré dentro de un rato. —El barón bebió de golpe su vaso de vino. Esquivó el cuerpo de Clara. Tuvo que realizar una maniobra algo estafalaria para no rozarla.

Las hermanas permanecieron unos minutos en silencio; una premeditada omisión de palabras en la que ninguna de las dos quiso ceder.

Matilde le entregó una pequeña bolsa llena de reales y Clara adivinó que sería una miseria comparado con lo que había pensado gastar.

—Tienes todo lo que habías deseado, hermana, ¿por qué te comportas así?

Las cejas de Matilde se alzaron.

—¿Así cómo?

—Ya no me hablas, ya no compartes conmigo tus secretos, mi presencia ya no es bienvenida.

—¡No seas tonta! Has interrumpido algo que hacía tiempo tu marido estaba posponiendo, nada más.

—¿Qué tiene que ver Beltrán en tu forma de tratarme? Tienes el *triquet*, dinero para gastar, un protector y mi felicidad, de la que siempre has dependido. ¿Ya no te importa?

El mechón de pelo blanco de Matilde pareció brillar a la luz del fuego de la chimenea.

—¡Eres tú la que me ha dejado de lado desde que tu esposo te confesó su amor!

—¿Amor? ¿De dónde has sacado esa idea tan rara?

—No me negarás que es algo extraño que un hombre no se disguste por la falta de virginidad de su esposa y que le dedique tanta atención si no está enamorado.

—No creo que sea precisamente el sentimiento del barón, pero, si fuera así, ¿por qué debería molestarte?

Matilde resopló.

—¡Porque me ha quitado a mi hermana!

Clara corrió a abrazar a su gemela y esta se dejó acunar. Los papeles se intercambiaron, la fuerza de Clara sujetaba el cuerpo débil y cansado de Matilde.

—Siempre serás mi primera opción. Eres parte de mí, que nunca se te olvide.

Matilde se empeñó en escapar del enérgico abrazo. Lloró desconsolada.

Clara, sin entender, contempló su rostro. Indagó en él convencida de que existía algo más que no le había contado.

—¡Perdóname, Clara! ¡Me corroen los celos! Nunca llegué a pensar que alguien como Beltrán pudiera ser el objeto de mi envidia... Sé que lo escogí para ti, pero...

—¿Quieres seguir con el pacto?

—¡NO! —chilló su hermana. Y comprendió que mentía.

Clara bajó al salón con un único propósito: enojar a Matilde por el alto precio que había pagado por un vestido de muselina verde que dejaba al descubierto su generoso escote. Cuando en el escaparate de la tienda vio el traje de mangas ceñidas de encaje y la abotonadura en forma de flor, entró sin pensar en las consecuencias. Un grupo de damas congregadas alrededor de telas de color marrón la miró de arriba abajo hasta que ella, de manera altanera, se presentó como la baronesa de Senan. La dueña del establecimiento, la señora Dumont, la acompañó hacia un reservado y le suplicó que esperase allí. Tuvo una paciencia infinita y hasta escuchó risas de burla hacia su persona. ¿Qué tenía de diferente? Tal vez su pelo enmarañado había delatado su posición. Seguro que, si Matilde hubiera traspasado la puerta, dichas damas se hubieran callado ante su temple y el cabello liso y bien peinado. Siempre conseguía que el mechón blanco resaltara más que sus ojos, y el moño estirado le otorgaba unos rasgos de lo más feroces y a la vez puros. Porque Matilde, a pesar de haber tenido dos esposos, seguía siendo pura. O al menos eso sopesaba Clara, mientras se decidía a tomarse más en serio su cabello muy parecido al de las rameritas del *triquet*. Tal vez todos los

secretos a voces que corrían por el barrio del Born habían sido intuitos nada más pisar la tienda de la señora Dumont; dudaba que fuera francesa, sin embargo, era tan exquisito pronunciar dicho apellido mientras una confesaba llevar uno de sus diseños...

Una chica de unos trece años le ofreció un refrigerio y al final, cuando el alboroto se hubo disipado, la señora Dumont le confesó a Clara que estaba harta de esas escandalosa damas, y le dejó a buen precio el conjunto del escaparate. Clara tenía una espléndida figura, igual que la del maniquí de madera sin cabeza. Aunque esa bicoca que había conseguido sería otra cruz que tallar en la áspera relación con Matilde; el precio era demasiado elevado para lo que su hermana consideraba decente. No se daba cuenta de que ella nunca lo había sido. Rechazó el chal que la señora Dumont le ofrecía a precio de coste para tapar los senos que se agitaban nerviosos bajo el corpiño de la muselina verde, y se entusiasmó al pensar en cómo los ojos de su marido se iluminarían al verla.

En cambio, aquella noche quien quedó deslumbrado por su belleza y por los rizos que le caían con gracia a cada lado de sus mejillas, marca de la casa, fue el capitán Montenegro.

El instante en que Clara se percató de su fascinación se olvidó del barón. El capitán alzó la manó enguantada de un impoluto blanco y no la bajó hasta que sus dedos reposaron en ella. Así se merecía ser atendida una baronesa. De manera triunfal se giró hacia su hermana, que permanecía de pie en la escalinata que daba a las dependencias superiores, custodiada por sus dos perros guardines. Siguió su mirada atormentada y se percató que estaba fija en Beltrán; ninguno de los dos cedía, parecían mantener un duelo íntimo y despiadado.

¿De qué sentía celos Matilde? ¿De la indiferencia del barón hacia su propia esposa?

El capitán le susurró palabras tan halagadoras que deshicieron su coraza. Se sentía plena en los brazos de aquel marinero tan imponente en altura como en galantería. De repente, como una cascada de emociones, una luz cegadora dio paso a un entendimiento lucido y sin retorno que la llevaría tan lejos como nunca hubiera imaginado. Matilde no estaba celosa de ella ni de Beltrán, sino del amor que nunca había experimentado y que jamás experimentaría.

Del brazo de Manuel Montenegro jugó a ser la dama que siempre hubiera deseado ser. Su acento la fundió en un bucle de días ya vividos a su lado. No lo amaba de manera incondicional, sin embargo, era el único que la contemplaba con esa adoración propia de los enamorados. Hubiera podido llevarla hasta una de las habitaciones libres de la primera planta, y ella no se hubiera resistido.

Aunque una de las virtudes de Manuel era adorarla de tal modo que la convencía siempre de ser especial; como cuando de pequeña recibía toda la atención de sus padres.

Montenegro estrechó su cintura, y un calor que nada tenía que ver con la lujuria, sino más bien con el poder, la persuadió de pasar una noche con un caballero que solo la quisiera para él. Matilde entretendría al borracho de su esposo que vaciaba una botella de vino tras otra hasta convertirse en un eunuco. Incapaz de ejercer sus deberes maritales y, sobre todo, incapaz de consagrarse a ella en cuerpo y alma como el capitán hacía cada vez que atracaba con su barco el puerto de Barcelona.

Matilde no llegó a percatarse de la travesura en los ojos de Clara hasta que fue demasiado tarde. Debió de sospechar cuando su gemela abandonó el coro de admiradores que siempre la perseguían, incluido el inagotable Manuel Montenegro. Cada cierto tiempo pasaba por el *triquet* para venderle mercancía de contrabando y beneficiarse a su hermana.

Temió lo peor cuando Clara subió las escaleras hasta ella para hablarle de Beltrán y de cómo no dejaba de mirarla. En su corazón nació una diminuta llama que se apagó tan pronto como Clara confesó que se trataba de resentimiento, y solo ella era la culpable de provocarlo.

—Te hará bien volver a sentirte a salvo entre sus brazos, aunque no llegue muy lejos. Últimamente, el alcohol le impide realizar sus funciones.

—¡No empieces con tus groserías, Clara!

—¿Por qué esconderte la verdad? Suaviza tu trato con él y verás cómo las cosas vuelven a ser como antes.

—¿Quieres que me acueste con tu marido después de haberte confesado mis celos?

Clara se escudó en una sonrisa solo reservada para su séquito, y que ahora utilizaba para ablandarla.

—Estás falta de cariño, y eso te hace desgraciada y te llena de rencor. ¿No te sentiste un poco más ligera cuando empezamos nuestro pacto?

Matilde asintió, confusa. Su hermana había descrito a la perfección cada una de las emociones que había vivido junto a Beltrán, y una de ellas era alivio. Como si no existiera el pasado, ni un futuro oscuro que la aguardara para

infringirle tortura.

—¡Decidido! —exclamó Clara, alegre—. Te harás pasar por mí. Permite que él te mime, que te dé un beso de buenas noches y caiga rendido sobre ti ebrio y sin fuerzas.

—¿Y si yo quisiera algo más? —Se atrevió a sugerir dejando de lado su rictus salvaje. Atisbó cierta chispa de suspicacia en la sonrisa de Clara, que la evaluó como una rival más. Disipándose rápido, la condenó a una existencia gris.

—No es buena idea. Se dará cuenta de tu inexperiencia. Aunque, por otro lado, tampoco lo recordará a la mañana siguiente. Sé responsable e intenta distraerlo cuando Manuel y yo nos ausentemos del salón.

A Matilde no le sorprendió que la generosidad de Clara no fuera más que una tapadera para poder yacer con el capitán. Aun así, la abrazó con la intención de abandonar cualquier resquemor.

Tardó más de lo debido en convencer a los perros de que no podían pasar la noche bajo su cama, a la espera de despellejar a cualquiera que intentara acercarse a ella. Tuvo la idea de entornar la puerta de la alcoba más pequeña para que se percibiera en la penumbra un bulto en la cama individual.

Sentía más curiosidad que ardor, ya que todavía no podía entender cómo un hombre y una mujer podían disfrutar juntos.

Lo cierto era que, pese a su poca experiencia, deseaba ser venerada por Beltrán, aunque creyera que era otra. Dejar de ser una misma no era tan malo, a fin de cuentas. Ser Clara y sentir como Clara podría beneficiar su ego perdido y curar las heridas.

Pasadas las tres de la madrugada, el silencio se hizo evidente. El nerviosismo la aceleró de tal manera que creyó morir cuando el crujir de los peldaños le advirtió que ya no podía echarse atrás. Se había cerciorado de que las cortinas no dejaran que ni una rendija de luz del próximo amanecer se filtrara en la estancia, y había escondido las velas para que Beltrán no tuviera tentaciones de encender alguna y admirar el rostro de su esposa. Este entró en la habitación tambaleándose, se quitó los calzones y los lanzó por encima de su cabeza. Se deshizo del chaleco, dos botones saltaron por los aires. La camisa cayó encima de su cara sin contemplaciones, y Matilde tardó en apartarla. Intuyó la desnudez del barón entre la oscuridad que la protegía, y cuando él retiró las sábanas y pegó su cuerpo al suyo, respiró tan fuerte que creyó que se le escaparía un gemido antes de tiempo.

—¿Tiemblas otra vez?

Fue una pregunta retórica que quedó en el aire. Beltrán la arrulló. Repasó con

sus dedos impregnados del olor del vicio, tabaco y alcohol el rostro de Matilde; sus cejas, la ligera curvatura de la nariz, los labios, la barbilla. Nada que la pudiera diferenciar de Clara. El barón aspiró el aroma de su aliento y con la punta de la lengua humedeció los labios de Matilde, que se estremeció ante el contacto inesperado. Un beso que no llegó a materializarse. Notaba a través de la tela de su camisón la viveza de la piel desnuda de Beltrán, y su pasividad a la espera de que ella tomara las riendas.

Palpó, imitándolo, cada una de las imperfecciones del rostro del marido de su hermana. Se atrevió a explorar con su lengua los labios resecaos de Beltrán, que aprovechó para succionar su voluntad y recrearse en lo que sería, esa vez sí, un eterno beso. La consumió hasta conseguir que sus heridas se desvanecieran y en su lugar resurgieran lágrimas de dicha. Él las bebió como si le fuera la vida en ello y se detuvo cuando Matilde tensó sus brazos y retiró su lengua atemorizada.

—¡Vuelves a ser tú!

Otra frase de la que Beltrán no esperaba réplica.

—Siempre he sido yo... —Titubeó a la espera de que él la descubriera y se mofara de su miedo.

—Últimamente, se había apagado el fuego entre los dos, ¿no crees? Ahora ha vuelto.

Matilde no pudo pronunciar palabra. Clara ya le había advertido que desde hacía algunas noches ya no se demostraban la pasión del principio. Tres semanas era lo que había durado el hechizo.

Beltrán intentó levantarle el camisón, y al no conseguirlo se conformó con pasar su mano bajo la tela. Ella lo detuvo cuando se adentraba en terreno peligroso: la espalda. El barón le concedió el deseo de ir mucho más lentos. Hundió el rostro en su clavícula, aspiró su aroma, y Matilde cerró los ojos para recordar cada sensación cuando estuviera a solas.

—Dime ¿cómo soy? —preguntó recordando aquella noche en la que se habían besado por primera vez.

Notó su deseo a punto de estallar de dolor y furia, sin embargo, él se contuvo.

—Eres simplemente tú y por eso...

—¿Qué? —Matilde se exasperó.

Beltrán la inundó de cosquillas y ella se sumió en un estado de semiinconsciencia en la que la risa la invadió. Carcajadas llenas de histerismo que cedieron hasta colmarla de un bienestar inusual. Si Matilde hubiera creído en el cielo y el infierno, habría sospechado que se trataba de una señal divina, pero solo eran cosquillas que consiguieron que se retorciera de tal manera que su

pelvis encajó a la perfección con la de él. De nuevo la invadió el pánico, y Beltrán retrocedió.

—Por eso me intrigas...

Matilde lo besó con deseo y él correspondió a su pasión, hasta que los besos se difuminaron en un sueño del que nadie quiere volver en sí.

—Duerme, mañana lo volveremos a intentar...

Matilde cerró los ojos satisfecha por retomar el pacto. Tal vez Clara tuviera razón y era lo que necesitaba para dejar de lado su acritud. De repente, los volvió a abrir, alterada, y el negro la cubrió con un manto de invisibilidad. ¿Que intentarían mañana? Poco le importaba. Por primera vez en mucho tiempo soñó con amores, besos y con una niña de pelo oscuro y ojos caramelo que la perseguía por la cocina de una casa que no era suya, pero que la sentía como tal. A su lado, la voz vehemente de un hombre que le susurraba palabras de aliento.

Había sido una noche tensa, y no porque Beltrán hubiera necesitado refuerzos para controlar a los cuatro estafadores que siempre inventaban trampas cada vez más rebuscadas y desestabilizaban el equilibrio reinante en el *triquet* de Can Cortés. Como odiaba ese nombre, se había hecho ilusiones de que la casa de juegos era tan suya como la de ese bravucón, que había decidido abandonar a su esposa y a su negocio para hacerse a la mar y correr aventuras. Él hubiera hecho lo mismo si las hermanas Vidal no hubieran irrumpido en su plácida existencia y la hubieran hecho pedazos para recomponerla de manera tan diversa que ni él mismo se reconocía.

Clara y Matilde habían estado cuchicheando desde la llegada del capitán Montenegro. Se había cruzado con él en algunas moradas de baja naturaleza, como Can Cortés, y nunca había reparado que podría convertirse en un rival.

Los subterfugios que las Vidal le ocultaban o, más concretamente, que Matilde le escondía, lo zarandaban de tal manera que no podía dejar de contemplarla y admirar su temple. Se mantenía firme ante su ambición, algo que la llevaría a la ruina. Una mujer no podría vivir entre zorros y hienas capaces de arrancarle los ojos a la menor oportunidad.

Los perros habían sido un momento de lucidez del que se enorgullecía, pero había conseguido que Matilde se obsesionara con ellos. Pasaba las horas del día y parte de la noche amaestrándolos. Últimamente huía de él y de Clara. No

quería saber nada de ellos a no ser que se hablara sobre dinero. Y él aprovechaba esa rendija para hacerse paso entre tanta desconfianza y afianzar su puesto en la casa de juegos. Clara no lo ponía fácil. Por un lado, le agradaba su pasión en la cama, que pronto lo hastió; no pasaba de ser otra más que sabía cómo hacer que un hombre se corriera antes de tiempo.

Entró en el dormitorio, no encontró ni una maldita vela para iluminar aquella lúgubre estancia. Pensar en Matilde en la otra habitación mientras yacía con Clara era uno de los motivos por lo que la relación se había deshinchado como un suflé. Tanto él como su esposa habían perdido el interés.

Se desnudó dispuesto a meterse en el lecho y dormir la mona, cuando un temblor lo sorprendió. Se dio cuenta que provenía de su mujer estirada a su lado. Se arrimó a ella y palpó sus facciones, olió su aroma y por último la besó con cuidado de no asustar al pajarito que se había colado en su cama y que le recordó las primeras noches, cuando Clara se hacía pasar por virgen.

El apetito por su cuerpo fue voraz y tuvo que realizar un acto de contrición demasiado considerable hasta para él, con tal de seguir saboreando el dulce rumor de unos besos que le sabían a triunfo. Al intentar acariciar su espalda para comprobar que estaba con la hermana correcta, esta se lo impidió.

Matilde, tan deseosa de demostrar poder y someter a todos cuantos estaban a su alrededor, temblaba entre sus brazos y se mostraba tímida. Creyó que era eso lo que más lo había excitado hasta que ella tomó el control y le arrebató besos que nunca había dado con una deliciosa mezcla de furia y ternura. El perfume que su piel desprendía era inconfundible, así como su voz susurrante.

—¿Cómo soy? —le había preguntado.

—Simplemente tú —le había contestado sin querer añadir que la reconocería en cualquier lugar y en cualquier momento, aunque Clara se interpusiera con su brillante armadura.

Su risa fue una explosión que le hirvió la sangre y le endureció el miembro. A punto estuvo de poseerla hasta que Matilde volvió a marcar el ritmo, y él obedeció. No anhelaba subyugarla porque sabía que, aunque forzara su cuerpo, nunca conseguiría traspasar su alma.

Retiró las cortinas adrede cuando la luz rosada de un amanecer lleno de descubrimientos se manifestó. Los rodeó como dos amantes satisfechos, aunque no hubieran consumado, y pudo contemplar extasiado la melena castaña de Matilde sobre la almohada. Sostuvo entre sus manos ese mechón blanco y lo examinó con detalle; sintió su sufrimiento y quiso hacerlo desaparecer. El rictus del rostro de Matilde se mostraba suave, como si soñara con un mundo mejor.

Sus párpados se movieron inquietos y el barón no pudo sostener su primera intención de encararse con ella. Se hizo el dormido. Escuchó la exclamación ahogada de ese pájaro que despertó alterado y huyó tan deprisa que no quedó ni su esencia impregnada en él, solo el recuerdo de una frase:

—Lo volveremos a intentar.

Y Beltrán no pudo pensar en otra cosa que no fuera reencontrarse con esa mujer otra vez a oscuras.

Capítulo XII

Luego la razón de tener la primera mujer –Eva– no tanto ingenio, le nació de haberla hecho Dios fría y húmeda, que es el temperamento necesario para ser fecunda y paridera, y el que contradice al saber, si la sacara templada como Adán, fuera sapientísima, pero no pudiera parir ni venirle la regla, si no fuera por vía sobrenatural. (Juan Huarte de San Juan, 1575, *Examen de ingenios*)

No era la primera vez que Beltrán cohabitaba con dos hermanas. Recordaba con agrado cuando en París dos doncellas se habían encaprichado de él, y había logrado un acuerdo de lo más ventajoso con las muchachas. A las jóvenes de París las incitaba la curiosidad y la lujuria, pero ¿y a Matilde y a Clara?

Acudió al salón al mediodía, con una sonrisa involuntaria en el rostro, a pesar de lo confuso que se sentía por el intercambio de su esposa y su cuñada. Por fin tenía algo con lo que enfrentarse a Matilde y arrebatarle la soberbia del rostro. Conocía su punto débil y lo aprovecharía para obligarla a acatar sus órdenes. Primero se desharía de los molestos empleados que, en lugar de proteger el local, evidenciaban la debilidad de la casa de juegos. Cualquiera se daría cuenta de que con solo unos cuantos hombres bravos se podría tomar el control.

—¿Barón? ¿Qué hace levantado tan temprano? —Una de las trabajadoras del *triquet* se mostró asustada al verlo.

—¿Y vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¿Todavía faltan unas cuantas horas para la apertura?

Miró a los seis adolescentes que se habían congregado a su alrededor, tres niños imberbes con la mirada desafiante, y tres niñas lánguidas que, sin prestarle demasiada atención, devoraban un cuenco de melaza. Constató una vez más su deseo de despedirlos cuanto antes.

—Nos quedamos a pasar la noche. El *triquet* necesita nuestra protección —

habló el muchacho más raquítrico. Apenas pesaba cuarenta kilos, pero su porte era orgulloso.

Beltrán soltó varias carcajadas, pero se detuvo al contemplar la vacilación de los niños. En un abrir y cerrar de ojos les había quitado el valor, tal y como siempre había hecho su padre con él.

—La verdad, barón, es que Matilde nos ha dejao pasar la noche en el *triquet*, hasta que le cante las cuarenta a nuestro casero. —Una de las niñas, con unas trenzas desiguales, se limpió la boca con la mano—. Aunque trabajamos, no se piense. Pablo, José y Luis se han pasao la noche vigilando la entrada.

Los niños asintieron satisfechos.

Beltrán accedió a la barra y se sirvió una jarra de vino. El desayuno perfecto para un día de locos. Se sintió extraño, como si estuviera dentro de unos zapatos que no fueran suyos. La aversión que tenía hacia ellos se iba diluyendo a base de tragos de buen caldo y risas involuntarias.

—Bien hecho, muchachos —dijo todavía con una burla en la cara que intentó disimular—. ¿Qué ha ocurrido con el casero?

—Na, que se ha enterao de que Matilde es nuestra protectora y no quiere jaleo con Juan Cortés. Ella es tan amable...

Beltrán se atragantó.

—¿La señora Cortés, amable?

—Mucho más que su hermana, que nos obliga a limpiar por ella —se atrevió a pronunciar la tercera chica, que había permanecido con la cabeza gacha hasta terminar con toda la melaza.

—¿No os equivocáis? La que da órdenes y pone cara de tiesa es Matilde. —Beltrán la imitó con el entrecejo hundido, y los niños rieron. Envalentonado ante un público tan entregado se atrevió a ir más allá. Puso las manos en la cintura y agudizó la voz—. No hagáis travesuras, no bebáis, no arméis jarana, no gastéis dinero, no, no, no...

—¿No han de ser así las mamás? ¿Preocuparse por sus hijos pa que sean mejores? —La niña de las trenzas lo retó molesta.

Beltrán tardó en contestar. Observó con detenimiento a los seis mequetrefes que se habían adueñado de la sala de juegos y la habían convertido en un patio de recreo. Evaluó sus fisonomías y calculó sus edades. Imposible.

—Matilde no es vuestra madre —dijo contundente.

—Ella nos protege y ayuda en lo que puede en el orfanato.

—¡Cállate! —Uno de los muchachos amonestó a las niñas que hablaban sin cesar de las bondades de Matilde—. Nadie puede saberlo o si no... —Se miraron

unos a otros, atemorizados.

—¿O si no qué?! —chilló Beltrán.

—Los Cortés irán a por ella cuando se enteren de que parte del dinero se desperdicia... —José o Pablo o Luis, no sabía quién era quién, rompió el pacto de silencio que habían acordado entre ellos.

—Recuerda lo que dice Matilde. —Las niñas parecían ser las más abnegadas a la causa de la señora Cortés—. Somos dueños de nuestro propio destino. Nadie desperdicia nada, un día podremos devolvérselo.

—Zí, con nuestras zonrizas. —La muchacha más menuda mostró la boca desdentada. Beltrán no discernió si era por su corta edad o por la desnutrición.

—¿Qué hacéis vagueando a estas horas? ¡A trabajar!

Matilde apareció custodiada por Negro y Lobo, tan amenazadora como siempre. Los seis rapaces se cuadraron, recogieron los baldes del desayuno y se precipitaron hacia la cocina.

Beltrán quedó tan desconcertado que no pudo dejar de contemplar fascinado los andares de su cuñada, que evitaba en todo momento mirarlo directamente a los ojos. ¿Había perdido el coraje? ¿Se arrepentía de la última noche?

El corazón le dio un vuelco al pensar en que nunca más volvería a estrecharla entre sus brazos. Quería traspasar la capa de arrogancia y autosuficiencia de Matilde hasta llegar a comprender a la mujer que se conformaba con el pago de la sonrisa de unos niños. Tan distinta a como se presentaba al mundo, tan fuerte como para intentar cambiarlo.

Beltrán no podía dejar de pensar en la conversación que había mantenido con los empleados de Can Cortés. Diligentes y dóciles, tal y como los quería Matilde. Hasta hacía bien poco creía que aquellas eran las intenciones de su cuñada: el control, al igual que los Corbera de Prado habían impuesto durante generaciones, sin importarles a quién destruían por el camino.

Descubría, todavía con la suspicacia inherente, que Matilde era todo lo contrario. Ejercía el control no solo para su propio beneficio y para equilibrar las fuerzas de la naturaleza. Peor aún, para ir contra ellas e imponer sus propias reglas. ¿Cómo una mujer y seis mequetrefes podían ser capaces de someter a los jugadores más irreverentes de Barcelona? Ella lo había conseguido, con su fuerza, su carácter intransigente, su valentía, y la ternura que solo él había

desvelado bajo las sábanas.

A pesar del importante hallazgo que había hecho sobre uno de los secretos mejor guardados de la señora Cortés, no podía dejar de cuestionar las razones por las que las hermanas Vidal se habían intercambiado.

Durante la noche de juegos en el *triquet*, analizó el estado ánimo de cada una de ellas, intentando adivinar quién acudiría a su cama al amanecer. Anheló que fuera Matilde y así poder reprocharle, cuando la hubiera tomado, que había sido consciente, desde un principio, quién era, y la repulsión que le provocaba. Una punzada en el estómago lo convenció de que estaba siendo demasiado duro. Matilde podía ser estirada y seca, pero se trataba de una coraza para que no la lastimaran. No olvidaba su espalda llena de cicatrices... y la intriga por su historia aumentó mucho más que el recelo que experimentaba al ver a Manuel Montenegro coquetear con su mujer.

Dejó de lado la pelea que se estaba originando entre un soldado y un noble con peluca blanca y una peca colgando de la nariz, para centrar sus atenciones en cómo la mal disimulada mano del capitán se estrechaba alrededor de la cintura de Clara. Y fue entonces cuando se dio cuenta del porqué. Matilde no había acudido a su alcoba por el deseo, la pasión o la lujuria que él pudiera despertarle, sino para encubrir a su hermana mientras pasaba la noche con Manuel.

El ruido de los clientes del *triquet* se hizo ensordecedor. Empezaron las apuestas por quién ganaría la pelea, si el soldado o el noble. Los perros que rodeaban a Matilde se exaltaron; ella se agachó para calmarlos y les susurró palabras que Beltrán no pudo leer en sus labios y lo enfureció todavía más. Su única misión consistía en conseguir que la situación no se convirtiera en un caos sin retorno. Sin embargo, no pudo evitar fruncir el entrecejo cuando los ojos de Matilde se cruzaron con los de Manuel Montenegro y ella le sonrió. Algo tramaban aquellos dos. Crujió los nudillos. Nadie ocuparía su lugar en Can Cortés.

Negro y Lobo gruñeron por el alboroto de la sala. Matilde se agachó para tranquilizarlos con sus susurros. No había nada malo, tan solo un aliciente más para ganar dinero. Le hizo la señal a Pablo, su predilecto. Un huérfano demasiado bajo y demasiado delgado para tomarlo en serio. Nadie diría que poseía una gran astucia para los números; el indicado para tomar nota de las

apuestas que propició la reyerta. Solo hacía falta que Beltrán se mantuviera firme. Se permitió el lujo de mantener su mirada, tal vez por la familiaridad conseguida a través de los meses que hacía que el barón se había mudado a Can Cortés, o simplemente porque se sentía cómoda con él. A decir verdad, esperaba con ansia que se presentara sin llamar a la puerta de su despacho y la atosigara a preguntas y exigencias. Gozaba con su compañía, retándolo a cada momento a ser el hombre que no quería ser.

Empezaba a entender a su hermana cuando le hablaba del bienestar que algunos caballeros podían aportar a una mujer. Un cosquilleo en la comisura de los labios la aturdió. Giró la cabeza sorprendida de su reacción, y sin querer acabó sonriéndole a Manuel Montenegro. Tenían asuntos de negocios por discutir. Estaba esperando un cargamento de tabaco y no sería bueno retrasarlo.

El barón crujió los nudillos, un gesto que Matilde conocía bien y que no aventuraba buenas vibraciones. Beltrán esquivó el puñetazo de un espontáneo inmerso en la disputa y, en lugar de evitar más sangre, arrebató a Clara de los brazos del capitán, desafiándolo. Matilde sintió la garganta seca y ordenó en tono distante a Lobo y Negro que se mantuvieran quietos en lo alto de la escalera. Bajó corriendo alzando la falda para no tropezar y dejó al descubierto sus botines de seda negra con la esperanza de que nadie se diera cuenta de su brillo; un capricho que le gustaba mantener en la intimidad. Consiguió retener a Clara antes de que tomara una decisión y se inclinara por su esposo o por su amante.

—Ten cuidado, Beltrán sospecha algo.

Las apuestas se duplicaron cuando alguien, de manera intencionada o no, empujó a Beltrán contra Montenegro, que desenvainó su espada y retó al barón.

—Ya conoce las reglas capitán, nada de armas.

Se impuso Matilde.

Manuel arrojó al suelo la espada de empuñadura de plata, se quitó la casaca y se arremangó las mangas de la camisa. Beltrán se tambaleó ante el tumulto que había dejado de lado al noble tendido en el piso y había formado un círculo a su alrededor. Pablo anotó raudo cada una de las apuestas. El capitán era el favorito, y no podía consentir que Beltrán perdiera, sería una insurrección al orden establecido y los clientes se aprovecharían de ello.

—¿Qué ocurrió anoche, Matilde, para que el barón desconfíe?

Clara estaba más preocupada por ella misma que por sus dos enamorados.

—Es tu comportamiento el que le ha puesto en sobre aviso, ¿por qué crees que se enfrentan?

Matilde aprovechó la algarabía para que la punta brillante de su bota se confundiera entre tantos esarpines de hombres. El capitán tropezó con tan mala suerte que su nariz fue a parar justo en la dura rodilla que dejaban al descubierto los estrechos calzones de cortesano de Beltrán. Manuel no consiguió levantarse, tal vez porque las escuálidas muchachas contratadas por Matilde se lo impidieron, y el barón contra todo pronóstico salió vencedor. Lo alzaron en volandas y se cobraron las apuestas.

Matilde y Clara se llevaron al dolorido capitán hasta el despacho.

—Vete, debes permanecer junto a tu esposo.

Clara acarició la magulladura de su amante y no se retiró hasta que este asintió a las palabras de su hermana. Pero, antes de abandonar la estancia, le hizo una última suplica.

—Cuéntame todo lo que pasó por si me pone a prueba.

Matilde tuvo que sucumbir al molesto empeño en querer llegar hasta lo más profundo de su ser.

Capítulo XIII

Duermen hasta el mediodía. Después toman el desayuno seguido bien pronto de la comida. Luego las cartas, los dados, el ajedrez, juegos de azar, bufones, mujeres, bromas y alguna buena libación de vez en cuando les ocupa toda la tarde. He ahí de qué manera pasan sin la menor inquietud las horas, los días, los meses, los años y la vida entera. (Erasmus, 1511, *Elogio de la locura*)

Después de que varios hombres lo llevaran en volandas hasta la barra y demandaran bebida gratis para celebrar su victoria, Beltrán se percató de que estaba solo. Las hermanas y el capitán habían desaparecido. Se resignó a lo que le deparaba el destino lleno de dudas y desafíos. No tardó en cerrar el local. Todavía se oían los gemidos de algunos clientes del piso intermedio, y le dio igual si se quedaban a pasar la noche. Estaba cansado y enfurecido por el comportamiento de su esposa, que no se había dignado a comprobar su estado después del enfrentamiento con el capitán. Sintió sus reflejos lentos y pesados mientras subía las escaleras hacia el último piso. Se detuvo ante la puerta del despacho para comprobar si Matilde todavía seguía encerrada con sus números, fumando en pipa y riéndose de él. A punto estuvo de entrar, sin embargo, el silencio era evidente y llegó a la conclusión de que ella lo estaría esperando en la cama; así lo habían acordado la pasada noche. De pronto se sintió más audaz y subió los últimos peldaños de dos en dos. La habitación como era de esperar estaba a oscuras. La buscó a tientas y reconoció el temblor. Necesitaba besarla, olerla, amarla sin reparos y desquitarse de unos celos que no tenían sentido. ¿Por qué el capitán estaría interesado en Matilde si tenía a Clara?

Lo supo en el instante que ella se abalanzó sobre él y se entretuvo en quitarle una a una las prendas mientras le mordisqueaba el cuello.

—Tiemblo cuando estoy a tu lado. No sé lo que me ocurre... me convierto en

una tímida virgen hasta que con tus besos consigues derretir mi modestia.

Beltrán se apartó.

—Estoy demasiado borracho, mejor otro día.

—Prometiste que hoy lo intentaríamos...

—¿Intentar qué? —El barón se sentó al borde del lecho abatido.

—Lo nuestro... —Clara lo provocó con leves cosquillas en la cintura. Escuchó su risa y sufrió porque en nada se parecía a la de su hermana.

Era evidente que no tenían secretos la una con la otra, y que el momento especial que había creído vivir no tenía ningún valor para Matilde.

Beltrán empezó a dudar sobre su reciente suerte. Ya no sabía si Matilde y Clara eran parte de su destino, o bien un castigo de Dios para expiar sus pecados, como el sufrimiento de un amor no correspondido. ¿Era eso amor? ¿Acariciar la piel desnuda de una mujer y desear a otra?

—¿Dónde está Montenegro?

—No lo sé, ni me importa, acuéstate...

—¿Qué se trae con Matilde?

—Solo negocios, nada de lo que preocuparse.

—Me molesta su presencia, no es de fiar.

—Créeme, el capitán ha demostrado su lealtad mucho más que tú. Deja de pensar en ella y diviértete conmigo.

Y así lo hizo. Poseyó a su esposa con una furia que parecía tener forma propia. La obligó a colocarse de espaldas. La penetró de manera salvaje y le tiró del pelo en los momentos álgidos cuando notaba cómo ella se contraía, jadeaba y le pedía más. Terminó sudoroso y sin ganas de cháchara.

—Estamos bien, ¿no es así? —inquirió Clara

—¿A qué te refieres?

—A que nuestro matrimonio funciona, somos la pareja ideal. —Clara enredó su dedo en un rizo de su torso.

—¿Y cómo es una pareja ideal?

—Amantes y amigos.

Beltrán inspiró.

—Entonces, sí. Somos la pareja ideal.

Clara se durmió al momento. Ocupó todo el espacio, y a Beltrán no le quedó más remedio que arrullarse en un rincón mientras maldecía el momento en el que la proposición de las Vidal le había parecido una aventura de los más tentadora.

No podía dejar de pensar en Matilde. ¿Y si también había accedido a hacerse

pasar la una por la otra con Manuel Montenegro? ¿Era habitual en ellas intercambiar a los hombres como si fueran plumas de un sombrero?

Se acercó a la habitación contigua, abrió la puerta con sigilo, el chirriar de las bisagras no despertó a las hermanas.

Un leve ronquido de Matilde lo llenó de satisfacción, estaba sola, sin rastro del capitán ni de los perros. Como si los alanos pudieran oler el vicio que albergaba en sus ojos, aullaron de manera desgarradora. Cachorros llorando por su madre. Matilde se incorporó sobresaltada, con la mano en el corazón. Aspiró el aire enrarecido de la alcoba, se recogió con gran maestría el cabello que le caía hasta la cintura y dejó al descubierto un descosido en el camisón. Descalza y con tan solo una traviesa larga de madera salió con la fiereza en el rostro.

Beltrán se apartó de la rendija de la puerta. Corrió a cubrirse el cuerpo con unos calzones largos y una camisa, agarró su espada y se deslizó escaleras abajo siguiendo la sombra de Matilde.

El grito fue estremecedor. Beltrán sintió cómo sus sienes se contraían de dolor ante lo que creyó que podría ser una estocada mortal. Así lo evidenciaba el rastro de sangre en el suelo. Las sillas y mesas de la planta principal parecían intactas, al igual que las botellas de cristal en las estanterías detrás de la barra, pero la viscosidad de esa línea escarlata que le marcaba un camino le erizo el vello de la nuca. El miedo lo paralizó. Difícil asimilar qué era lo que tanto temía, si quedarse sin Matilde o tener que luchar por su vida. Salió al patio guiado por la opacidad de un día que se negaba a nacer y el fulgor rojo todavía caliente que teñía las tablas de madera. Estiró el brazo dispuesto a maximizar el poder de la hoja afilada de su espada, listo para matar o morir.

Los sollozos de Matilde abrazada al cuerpo inerte del alano español de pelaje negro destensaron sus extremidades. Se relajó y acarició los hombros de la mujer que no era su esposa y de la que le habría gustado huir si hubiera sabido cómo. Ella reveló su rostro lleno de lágrimas y él las secó con la manga de la camisa. Intentó apartarla del perro para limpiar sus ropas manchadas, pero Matilde se negó acunando a Negro como si fuera un bebe que hubiera sucumbido a una enfermedad letal. Lobo, también herido, pero no de gravedad, gimió a su lado.

Beltrán atisbó en un rincón una fina tela de lino. Gotas encarnadas se escurrieron a través del paño; las huellas de unos dedos habían dejado marcada la declaración de una guerra: «Morirás. Asesina». El ultraje de Juan Cortés había llegado demasiado lejos. Pudo entender la ira, el miedo, el rencor en cada una de las lágrimas que secó de la tez de Matilde.

El recelo de Beltrán empezó a resquebrajarse dentro de su alma atormentada, y

las decenas de preguntas que tenía que hacerle se disiparon. El carácter severo e insufriblemente ecuánime de Matilde, la oculta pasión y la sensibilidad que solo él había catado lo llenaron de malestar por no haberla comprendido antes. Se sintió parte de un propósito que todavía no se le había anunciado. Naufragó entre mares de emociones sin control, sin nada que ofrecer. Escondió la cabeza en el hueco de la clavícula de ella, esperando una señal, como Lobo, expectante junto a su ama.

—Yo me haré cargo —repitió para sí misma Matilde—, todo saldrá bien.

Clara despertó sudorosa. Un sentimiento de alarma que no se desvaneció a medida que tomaba conciencia de la hora que era. Todavía no había amanecido y su esposo no se encontraba en la alcoba. Creyó que tal vez se hubiera percatado de que el capitán se hospedaba en una de las habitaciones de la segunda planta durante sus visitas a la ciudad. Le había costado convencerlo de que esa noche era imposible que la pasaran juntos. Montenegro la había dejado marchar a regañadientes, implorando su perdón por la refriega con Beltrán. En ningún momento vislumbró arrepentimiento en el brillo de sus ojos, ni en la sonrisa que se le escapaba cada vez que le robaba un beso.

Manuel Montenegro sabía cómo hacer sentir única a una mujer, pero Beltrán Corbera de Prado era tan persuasivo con sus caricias como con el ritmo de sus caderas, con una precisión tan exacta que le hacía dudar de los sentimientos que hasta ese momento había albergado por Manuel. No obstante, se había dado cuenta, mientras su marido le tiraba del pelo en pleno éxtasis, que nunca podría ser la mujer de un capitán ni la señora de una casa noble si solo se contentaba con el simple gozo carnal. ¿Dónde estaba la ternura, la complicidad, la empatía de la que le había hablado Matilde?

Había simulado entender a su hermana mientras le había relatado la velada que había pasado junto a Beltrán la noche anterior.

—Ahora entiendo tu insistencia para que me sintiera amada por un hombre, aunque este nunca sepa quién soy. Me alegro de que puedas gozar de una unión así. Al fin lo has conseguido.

Matilde había reaccionado a su sonrisa forzada igual que un espejo. Las dos habían visto reflejada la envidia la una en la otra.

Clara quiso aprovechar la ventaja que creía poseer y obsequiar a Beltrán con

algo que Matilde nunca le podría dar, sin embargo, al terminar el acto, había descubierto que no los uniría nada más allá del placer. Se durmió rápido pensando que era una puerta para penetrar cada día un poco en la coraza del barón y atraparlo de tal forma que nunca tuviera intención de escapar. En algún momento, él tendría que presentarla en sociedad. Dedicó unos efímeros segundos a pensar en Montenegro, deberían ser más discretos cuando la reconocieran como la baronesa de Senan.

El lloro de un niño la alteró. Rememoró la imagen de su sobrina muerta, pero cuando se calmó pudo escuchar de forma más nítida que se trataba del gemido de uno de los perros.

Bajó hasta el salón. Alzó la cabeza hasta la alcoba en la que Manuel se hospedaba, y rezó para que su sueño fuera mucho más intenso que el de ella.

Ahogó un grito acostumbrada a las sorpresas y los desafíos. Dejó las huellas de sus pies desnudos en el reguero de sangre que más adelante se convertiría en un pronóstico fatal para una de las hermanas. La cerca de caña que rodeaba a los cerdos había sido destrozada y estos campaban a sus anchas por el patio. Se aproximaron a Lobo, que los ahuyentó con las pocas fuerzas que le quedaban, tras una batalla en la que Negro había fallecido. La tierra del patio, que tanto les había costado nivelar, estaba llena de hoyos excavados sin ningún orden, como si las prisas y la trifulca con los alanos hubieran alterado los planes de los intrusos.

Clara sabía lo que buscaban, y un ligero mareo le sobrevino al pensar que tal vez lo hubieran encontrado. Unos brazos sólidos la sostuvieron. Supo por la envergadura de ese cuerpo que la mantenía en pie que era el capitán. Cuando el aire se tornó más gélido y dio paso a un amanecer lluvioso, descubrió la traición. Beltrán y Matilde de cuclillas parecían rezar por el perro muerto, pero en verdad se entrelazaban consolándose mutuamente. Debería ser ella quien llorara en brazos de su marido.

—Tranquila, lo solucionaremos como siempre —le susurró Manuel al sentir cómo temblaba, sin darse cuenta de que no era de miedo, sino de rabia.

Las miradas de las hermanas se cruzaron, y Clara poco a poco pasó del enojó a la compasión. No era el barón quien protegía a Matilde como correspondería en una pareja. Su gemela se levantó sin dejar de sostener a Beltrán y se dirigió hacia los tres con su acostumbrado tono rudo.

—Yo me haré cargo.

—¿En qué puedo ayudar? —se ofreció Manuel deshaciendo el lazo que había creado con Clara.

Pasó por alto la amenaza de muerte que Beltrán le había intentado ocultar. No

era tonta, aunque a veces lo fingía para no tener que tomar parte en según qué acontecimientos oscuros que las marcaban con una diana; como imanes para los malos espíritus. Clara se mantuvo en su papel de dama frágil para no tener que volver a participar en nada que pudiera borrar la luz y el color que se había esmerado tanto en mantener en su vida. Contemplar el abrazo de su marido con su hermana; ver a su capitán rendido a los pies de Matilde, capaz de enterrar cualquier pecado por más siniestro que fuera, la sumió en una tristeza que se mimetizó con el día que llegaba gris y cargado de una humedad de la que era imposible soltarse.

Lobo persiguió a Manuel mientras este nivelaba los hoyos del terreno con una pala, y el barón lo llamó simulando jovialidad para que dejara de incordiar. Este creyó que quería jugar y agarró entre sus dientes un hueso largo y fino hasta depositarlo a los pies de su amo.

—¿Qué es esto, Matilde? —El barón se consternó.

—Un hueso demasiado grande para ser de un animal de granja, ¿no crees? —masculló Clara complacida de poder incluir a Beltrán en las posibles represalias de los malos espíritus.

—¡Cállate! —chilló Matilde mientras se arropaba con un chal que Jacinta había olvidado en la cocina.

—Tú misma lo dijiste: los cerdos se lo comen todo.

Beltrán hizo acopio de toda su energía para no soltar de golpe aquel hueso, en el que se podía distinguir a la perfección una rodilla humana. Escarbó en la tierra buscando algo más que confirmase la locura que había desatado los absurdos celos de Clara, pero no encontró nada más que gusanos y mugre. Fue entonces cuando el ladrido de Lobo lo previno. Lo siguió detrás del pozo, y allí localizó más huesos ocultos; algunos pequeños, de pollo, junto a los cadáveres de varias ratas. Distinguió la mitad de un cráneo al que le faltaban varias muelas y no pudo más que contener arcadas.

Matilde aplastó con su palo de madera la calavera, en la que se notaban las señales de los colmillos afilados de los perros. Tuvo que golpear varias veces hasta que solo quedaron despojos irreconocibles. Beltrán contempló a Matilde: tenía las mejillas acaloradas, a punto de entrar en un estado de enajenación sin retorno. La acunó hasta hacer desaparecer el pánico, notó otra vez el temblor que

él había asociado a la expectativa de un deseo velado; reconoció el miedo.

Clara los estudiaba envuelta en una especie de revelación. ¡Cuán diferentes eran!

—¡Ven aquí! ¡Ayúdame a tranquilizarla! —chilló mientras lanzaba el palo de madera lejos para que Matilde no pudiera tener acceso a él.

Clara se aproximó con cautela; tardó más de lo debido, como si quisiera retroceder en el tiempo. Solo cuando Matilde la sintió cerca volvió en sí. Las dos entrelazaron sus dedos y se hablaron en silencio mientras los ojos de una reposaban en la otra.

—¡Debemos deshacernos de todo esto! —ordenó el capitán.

Beltrán hizo crujir los nudillos. No rechistó ante su insolencia. Volvió al salón y limpió la sangre, poco le importó que no fuera un trabajo de caballeros. Lo único válido era intentar que lo sucedido no trascendiera, y esperaba que, aquello que habían ido a buscar, Negro se lo hubiera llevado a la tumba, la cual rodearon con piedras para señalizarla y para que pudieran rezar por él. Un pensamiento instintivo, una acción propia de la inercia, porque nada tenía sentido para él, y menos que Matilde rezara a Dios por un perro.

Las dos hermanas se retiraron a sus aposentos, y adivinó que volverían a dormir juntas como antaño, aunque solo fuera una vez más.

Manuel y Beltrán terminaron de acomodar la estancia. La tela fue quemada.

—¿Cree que ha sido Juan Cortés? —preguntó el barón al mismo tiempo que guardaba su rencor y le ofrecía una bebida bien cargada al capitán Montenegro.

—No hay duda. Desde que Matilde se casó con su hermano, espera su caída.

—¿Es cierto lo que dice la nota? —Beltrán hizo crujir de nuevo los nudillos de las manos. Le era imposible parar aquella manía que había adquirido de niño.

Manuel, sentado encima de la barra, tiró al suelo la silla que utilizaba de reposapiés.

—¡¿Cómo se le ocurre tal cosa?! ¡Fue un accidente!

—Cálmese, no era mi intención agraviarlo. ¿Estaba usted ahí? ¿Cómo sucedió?

—No me corresponde a mi contárselo, amigo. Solo puedo decirle que Carlos Cortés las sumió en un infierno. Hicieron bien en rebelarse, aunque fuera sin querer. De todos modos, debería hablar con su esposa y disipar cualquier duda que tenga.

Beltrán cerró el puño, a punto de arremeter otra vez contra la nariz del capitán. Detestó su forma de andar, de hablar y de actuar, como si fuera el único confidente en la vida de las hermanas.

—Desembuche, capitán. —Se cuadró delante de él sin dejarle espacio para

defenderse—. ¿Se ha acostado con las dos? Porque yo sí —presumió como un gallo que picotea al aire.

—Por lo que sé, solo ha consumado con una. El sexo no es lo más importante, es en la confianza donde reside el poder. *Quid pro quo*.

—¿Qué le han dado ellas por su silencio? —El barón rugió más de lo necesario, a punto de darle un cabezazo a su rival.

—Amigo, no estoy para estas tonterías. —Manuel mantuvo la mirada, tan fiera que Beltrán tuvo que aceptar su desventaja; aun así, no apaciguó la ira.

—¿Se acuesta con mi esposa y lo llama tonterías?!

—No está celoso de Clara, sino de Matilde. —Montenegro sonrió con la tristeza en el rostro—. Es usted quien ha alejado de mí a la única mujer que me importa.

Beltrán apretó los puños. Esta vez no hizo crujir los nudillos.

—¿Qué tiene con Matilde? ¡Confíese!

—Hablaba de Clara. Me aflige verlo así: bebe los vientos por Matilde y todavía no se ha dado cuenta. —El agujero que Beltrán intuía bajo sus pies era tan grande que lo engullía sin darle tiempo a recuperare. Empeñado en negar la evidencia, siguió apostado frente a Manuel—. Tenga cuidado con su esposa, barón: si se entera de sus sentimientos hacia su hermana, las consecuencias pueden ser fatales.

—No sabe de lo que habla. Clara es un ángel disfrazado de demonio, sería incapaz de perjudicar a nadie.

—Llevo años convencido de que cada vez que la vea será la última, pero siempre consigue que regrese. Y cuando lo hago, es todavía más insaciable. Fíjese que hasta he pensado en abandonar a mi mujer. Nunca creí caer tan bajo...

—¿Y por qué se lo permite?

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que las Vidal son pura adicción?

Capítulo XIV

«Cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo, y en tal tiempo las palabras sensatas en lugar de amansar, acrecientan la saña» (Fernando de Rojas, 1499, *La celestina*).

Clara permaneció hasta bien entrado el amanecer sosteniendo la cabeza de su hermana; le controlaba la respiración temiendo que en algún momento se ahogara en su propia agonía. El peso de aquel secreto caía sobre los hombros de Matilde, y ella no había hecho nada para mitigarlo. Al contrario: aceptar que se encargaría de arreglar, como siempre, el desastre en el que se encontraban solo acentuaba el rol que desde pequeña había adoptado.

La figura de Beltrán, que acechaba desde la puerta, no le produjo ninguna sorpresa. Lo habían desterrado de su propia cama, y estaba convencida de que antes de dormir en la habitación contigua deambularía como un alma errante por el piso. Lo escuchó arrastrar los pies, suspirar por lo que no comprendía hasta que su sombra se escondió tras una inquieta calma. Clara dudaba si ir al encuentro de su marido y contarle la verdad, o dejar que su imaginación jugara con él como el ratón hace con el gato. Ellas no tenían gatos, pero sí perros que mataban ratas y las escondían junto a huesos carcomidos.

No podía olvidar a su hermana en brazos de Beltrán, como si la hubieran excluido. Sonrió, feliz de que él se sintiera igual y de que lo reconcomiera la voluntad por no saber qué había significado lo ocurrido en el patio. Había sido un poco cruel al abrirle de sopetón los ojos mientras sostenía el hueso de una de las piernas de Carlos Cortés. Se le escapó una carcajada al recordar la expresión del barón cuando ella comentó lo de los cerdos. Luego cayó en la cuenta de que tal vez Beltrán creería que había sido idea suya. Debería comportarse como una buena esposa y sosegarlo. Contarle lo vejatorio que le había resultado arrastrar el cuerpo de su cuñado, permitir que el capitán lo

troceara para echárselo a los cerdos. Lo que había sobrado, lo habían enterrado en el barro, y no pensaron lo que supondría la llegada de Lobo y Negro a sus vidas.

Matilde la había llamado cobarde cuando vomitaba cada vez que Manuel le entregaba una extremidad de Carlos Cortés. El hedor era parecido a cuando vivían en la carnicería, aunque la sangre era mucho más densa y pegajosa que la de una ternera. Clara no había podido conciliar el sueño en semanas y, cuando lo hizo, las pesadillas fueron tan reales que despertaba sudorosa y con la garganta seca de tanto gritar. Matilde la había velado sin tregua y le contaba historias de un futuro prometedor donde encontrarían a un príncipe que las salvaría de la tormenta y las encumbraría hacia el paraíso. Aquello la había tranquilizado y llenado su vida otra vez de color. Nunca creyó que ese príncipe sería Beltrán, y que el paraíso para Matilde llegaría a ser el control de Can Cortés.

Acarició el cabello de su gemela donde le pareció ver otro mechón de pelo blanco nacer de sus sienes. Matilde había sido la única que se había atrevido a ir hasta la prisión y contemplar cómo ahorcaban a su padre, recoger su cadáver y enterrarlo en una fosa lejos del terreno de la iglesia, donde solo los prófugos podían descansar en paz. Matilde había sido la que estuvo al lado de su madre mientras la enfermedad la consumía, y a Clara la había enviado lejos, a casa de unos viejos amigos, para que sus ojos no tuvieran que ver la agonía de su progenitora. Ella se había encargado de amortajar su cuerpo y enterrarla junto a su padre. Había fracasado en el único intento de alejarla cuando esos que decían ser amigos de la familia decidieron que no podían mantenerla. Matilde fue la que se encaró con otras jóvenes perturbadas en el orfanato; ella se ofreció a ser vendida como esposa a un carnicero para salir de la miseria, se encargó de cortar el cordón umbilical de su hija sin vida y de cumplir con la promesa que le hizo a su segundo marido: «Si tocas a mi hermana, te mato».

Por ello no era de extrañar que Matilde no hubiera vacilado ni un segundo en dar de comer a los cerdos aquella carne corrompida.

La sombra de Beltrán se extendió por la habitación, y Clara se levantó de la cama y evitó el crujir de las tablas de madera. Dudaba si presentar a su hermana como una heroína o como una víctima más de la miseria. Recelaba tanto de una cosa como de la otra. No quería que Beltrán la admirara ni tampoco que se apiadara de ella, sentimientos que podían tornarse muy peligrosos y que solo lo conducirían hacia un camino: la obsesión. Varios hombres se habían obsesionado con Matilde y todos la querían muerta, pero Beltrán era diferente, y eso la asustaba.

Los ojos del barón se decepcionaron al verla salir arrastrando el camisón por el suelo. Se acordó de su capitán; siempre con esa ilusión que afloraba en su rostro cada vez que la contemplaba. Sabía cómo tratar a cada una: a Matilde, con el respeto que ella creía haberse ganado; a Clara, con la devoción que por supuesto merecía. Era la que tenía la piel más sedosa, el pelo más brillante, la sonrisa más pura, el temple más fogoso, ¿por qué no le bastaba a Beltrán?

—Acaba de llegar Jacinta, ¿quieres que te prepare algo de comer?

Ella negó con la cabeza. No sabía si encarar la situación o dejar que él se enredara en sus propias palabras. Lo estudió con atención, lo evaluó y catalogó. Se dio cuenta de que se había equivocado en su primer análisis cuando Matilde lo señaló como el salvador, como el que les traería la paz. La engañaron el desparpajo que mostraba y el desdén con que trataba a los de su alrededor. Ser rico no lo eximía de una vida desdichada. Y el rostro de Beltrán reflejaba contrariedad, aunque no aversión. Comprendió entonces que debía mostrar a su hermana tan cruel como otros la veían, descontextualizar su dureza para que Beltrán no pudiera seguir sintiendo lo que percibía en cada uno de sus gestos cuando permanecía al lado de Matilde.

—Supongo que tendrás muchas preguntas... —empezó Clara con cautela.

—No tienes por qué darme explicaciones y volver a pasar por lo que supongo que fue un calvario.

—Así es, no puedes imaginarte el horror cuando Matilde...

—¿Sufrió el accidente? —Clara batió las pestañas de manera inocente intentando ganar tiempo—. Montenegro me ha dicho que fue una desafortunada circunstancia.

—No entiendo por qué lo ha mencionado. El cuerpo de Carlos Cortés no se descuartizó solo, ni tampoco se enredó por accidente entre los dientes de los cerdos.

Beltrán se sumió en una mirada gris que empañó su tez.

—¿A dónde quieres llegar, Clara?

—Matilde se encaprichó de los gorrinos dos meses antes, y no paró hasta convencer a su marido para construir una cerca.

—Una casualidad que jugó a vuestro favor. Entiendo que ocultarais el cadáver; nadie os habría creído si hubierais contado la verdad, y eso os habría llevado a la horca.

—¿Qué verdad?

—Que todo sucedió sin querer.

Clara se encogió de hombros.

—Supongo que los intentos de violarme eran sin querer, que la amenaza de muerte de mi hermana también fue sin querer.

Beltrán cubrió sus manos y le transmitió calor y energía. Sus pupilas se humedecieron sin llegar a precipitarse. A pesar de ser un hombre, no estaba falto de sentimientos, que florecían entre las paredes yermas del *triquet*. Apretó sus dedos y el barón se derrumbó. Respiró de manera agitada y apoyó la cabeza sobre la mesa.

—Soy un necio. Siempre he creído que mi vida era un sinsentido por tener un padre frío y calculador, un hermano egoísta y sin escrúpulos; por tener una madre y una hermana que no supieron vencer la tristeza, pero vosotras habéis superado obstáculos mucho más duros.

Clara sonrió. Creía que su estrategia de culpar a Matilde por lo sucedido estaba funcionando y que su marido no solo la comprendía, sino que la apoyaba. Debía pasar a la siguiente fase para conseguir retenerlo.

—Fue idea de Matilde. Te juro que yo no quería, pero ya sabes cómo se pone cuando se obceca con algo... —Sollozó sin ganas. La ansiedad la dejaba para algunas noches en las que las pesadillas volvían.

—¿Te refieres a deshacerse del cadáver?

—¡No! —exclamó con fingida aflicción—. ¡Matarlo!

Beltrán le soltó las manos como si lo hubieran sacudido. Creyó que lo había perdido, lloró, aunque eso fuera a despertar a Matilde, y siguió llorando hasta que Beltrán la obligó a incorporarse y la abrazó. Su cuerpo tan pegado al suyo que no dudó que el barón había caído rendido ante su drama. Una telaraña que lo atraparía y la salvaría de todo lo malo que en un futuro cercano estaba a punto de suceder. Clara lo olía y no creía que esa vez su hermana pudiera salirse con la suya.

Matilde, hija del escribano Faustino Vidal y de la hermosa Matilde Santos, dejó de respirar. Un fulgor amarillo la invadió y unos dedos alargados y etéreos flotaron sobre su cabeza. El cielo estaba justo allí, sin embargo, le era imposible alcanzarlo. Una nube oscura del tamaño de una montaña la absorbía y la alejaba de sus seres queridos. Abrió la boca, dispuesta a lamentar su bajada a los infiernos, cuando su lengua se enredó en su cuello. Apretaba y apretaba, hasta que se dio cuenta de que no era más que una pesadilla y se ordenó a sí misma

despertar. Respiró hondo. Otra vez había conseguido salir de las tinieblas.

Los murmullos provenientes del comedor la desvelaron por completo. A través de las paredes le llegaron susurros de enamorados y palabras de consuelo. Estuvo tentada de unirse a la confesión que estaba haciendo Clara, pero creyó que lo mejor era ofrecer una mayor intimidad a la pareja, al fin y al cabo, estaban atados por unos votos sagrados y ella nada podía hacer más que esperar el perdón de Beltrán y alegrarse de haber tenido el placer de dormir entre sus brazos. Nunca volvería a cometer el error de casarse, ni tampoco de sufrir de sentimentalismo por un hombre que era capaz de enemistarla con su hermana. Por su culpa había empezado a detestarla y a reprocharle algunas de sus conductas.

Escuchó a Clara expresar su miedo y su cobardía ante lo que el capitán había bautizado como «accidente». Porque así se lo habían hecho creer. Tensó los músculos al recordar el día en el que su marido, ebrio y lleno de delirios de grandeza, había arrastrado a Clara por la nuca y se había encerrado con ella en el despacho. Ayudada por Jacinta, Matilde había tirado la puerta abajo, y él no había hecho más que reírse y levantarle las faldas con la intención de penetrarla. Jacinta les había confesado más tarde que la visión satánica de aquel miembro la había llevado a pensar seriamente en ingresar en un claustro.

«Si tocas a mi hermana, te mato».

Sí, lo había amenazado, como tantas otras veces, pero ninguno de los presentes esperaba que se cumpliera.

Una madriguera de ratas se había instalado en el patio, y Jacinta había comprado arsénico al boticario. Esos polvos blancos parecidos a la sal bien podían confundirse, pensó Matilde. Seguro que con una dosis pequeña mitigaría el vigor de su marido.

Era cierto, había obligado a Clara a que fuera su cómplice, pero cualquier reparo que hubiera podido tener se había disipado al comprobar que aquella receta funcionaba. El señor Cortés tenía mal aspecto, perdió el apetito en todos sus sentidos y solo dormía. Fue Jacinta la que dio la voz de alarma y creyó ser causante de lo que no era. Les costó convencerla de que el contenido del frasco solo era sal en mal estado. Tuvieron que actuar rápido, propiciar un accidente para que pareciera creíble. Tiraron al hombre por las escaleras con la esperanza de que el golpe acabara con él; Jacinta lo descubriría y les diría a los alguaciles que el señor se había tambaleado por culpa de su debilidad. Pero Carlos Cortés todavía respiraba cuando se acercaron, y las había maldecido tan fuerte que las velas de un candelabro se apagaron y las dejaron a oscuras. Al volver a

encenderlas, su marido apareció con el cráneo destrozado.

Inventar un viaje de negocios, llamar al capitán para que cubriera sus huellas, escribir el contrato en el que Beltrán vendía su alma y enredar a su hermana en un matrimonio de conveniencia había sido idea suya. No se arrepentía: el destino había obrado su magia y era dueña de un *triquet* de lo más lucrativo.

No quiso interrumpir a la pareja. Se clavó las uñas en el antebrazo y escarbó hasta encontrar sangre. No podría soportar ver en la mirada de Beltrán el asco y la ira por el crimen que había cometido. Solo le quedaba una opción para redimirse: arreglar todo aquel asunto y devolver a Clara un poco de la paz que le había prometido.

Capítulo XV

«Por esto una mujer es siempre mujer, es decir, loca, por muchos esfuerzos que realice para ocultarlo» (Erasmus, 1466-1536).

Beltrán maduró en unas horas lo que no había madurado en toda una vida. Perdonó a su padre y a su hermano. Se reconcilió con su hermana y comprendió que no tenía derecho a castigar a su madre por guardarse el dolor de toda una existencia de penurias.

Muchos años después de la muerte de Catalina, su madre le había confesado que la enfermedad que padecía era mortal. Poco había importado que su progenitor se hubiera negado a llamar a un médico, creyendo que se trataba de una treta para no contraer un matrimonio que su propio hermano mayor había arreglado para su beneficio. Sin embargo, eso no los había eximido de formar parte de una élite que se creía invencible. No los había librado de la crueldad que habían demostrado al seguir como si nada hubiera pasado cuando su pequeña Catalina, la niña que había adorado desde el día que la oyó llorar tras la puerta donde su madre había dado a luz, lo había abandonado en aquella casa triste; vacía sin su risa; oscura sin su luz. Tenía quince años cuando murió, y él diecinueve cuando huyó de las garras de esa familia que lo amenazaba con convertirlo en otra alimaña más.

Once años habían pasado para volver a recuperar su nombre. Ahora era el barón de Senan, algo que nunca había soñado ser, y el copropietario de una casa de juegos, lo que lo había llevado a perder el sueño.

La palabra asesina que había encontrado escrita en la tela de lino le taladraba la mente. No podía dejar de pensar en los cientos de formas en las que Matilde podría haber matado a su marido, y otras decenas de maneras más para exonerarla de la culpa.

No se sentía cómodo en presencia de aquella mujer de mirada felina y con una

arrogancia que demostraba hasta en su manera de andar, distinta a la coquetería y la petulancia de Clara.

Desde la noche que mataron al alano español, las hermanas habían guardado sus distancias. Matilde se había encerrado en el despacho y solo salía para comer y coger aire, mientras murmuraba palabras inconexas al pasar junto a Clara.

—Lo arreglaré, hoy, mañana, siempre.

No creía que se estuviera volviendo loca, solo que maquinaba algo de lo que tal vez más tarde se arrepentiría y en lo que todos se verían implicados.

—Probaré con la madre... —murmuró Matilde una de las tardes en que se dignó a subir a las dependencias del último piso.

—¿Qué le pasa a Matilde? —preguntó Beltrán.

Clara levantó los ojos de su propio escote, al que estaba admirando por enésima vez. Era su ritual antes de bajar al salón y hacer de anfitriona.

—Nada... ella es así. ¿No te habías dado cuenta? —Le acarició la mejilla de manera dulce, sin ninguna intención de lamerle la oreja o palpar su miembro para comprobar si su belleza estaba haciendo efecto o no. Él correspondió esa falta de apetito sexual con un beso en la frente.

En el salón se permitió echar un vistazo de vez en cuando a lo alto de la escalinata esperando ver a Matilde custodiada por sus dos perros, pero luego recordaba, con angustia, lo sucedido, y todas las revelaciones posteriores volvían a sorprenderlo.

Aquella noche era la última que Manuel Montenegro pasaría en Barcelona. Ya no le molestaban las atenciones que sin disimulo brindaba a su esposa. Se preguntaba si la cordial relación que tenía con Clara desde su confidencia se rompería otra vez por culpa de un placer que el capitán en breve no podría ofrecerle, y ella volvería a intentar dominarlo a través de la lujuria y el deseo, que, por cierto, lo habían abandonado, no por Clara, sino por todas las mujeres. Había creído que eran fáciles de descifrar hasta que las hermanas Vidal se cruzaron en su camino. Una en concreto. ¿Qué habría hecho él si un hombre lo hubiera apaleado hasta dejar su marca en su cuerpo como símbolo de su propiedad?

Matarlo. No existía otra opción.

Pasaron dos semanas más sin ninguna noticia por parte de Juan Cortés. Beltrán esperaba que después de lo sucedido se presentara con la intención de herir a Matilde en lugar de a otro perro. Nada de eso ocurrió, y la normalidad se volvió a instaurar en el *triquet*. Beltrán se acostumbró a la ausencia de su cuñada y a la resignación de su esposa. El aire se llenó de avisos de tormenta que nunca

llegaban a materializarse.

Una mañana, a las pocas horas de cerrar la sala y conseguir conciliar el sueño, Beltrán escuchó cómo Jacinta discutía con alguien. Bajó corriendo hasta la cocina atemorizado por un presentimiento que le carcomía el alma.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡La señora! ¡Ha salido a la calle! —El rostro horrorizado de la criada no albergaba ninguna duda de que estaba hablando de Matilde, que nunca se ausentaba del *triquet*. Ella era la que sustentaba sus cimientos. Parte intrínseca de las paredes desconchadas de aquel lugar, donde el vicio se unía con el placer.

Lento de reflejos, confundió el miedo con el valor y salió al exterior con la mente puesta en Matilde. La luz de un día a punto de empezar lo cegó de tal manera que descubrió que él también era partícipe de un encierro voluntario. Can Cortés había succionado su esencia hasta atraparlo. ¿O era Matilde quien lo había hecho?

Se sorprendió de que el mundo siguiera girando, de que todavía existieran mercaderes honrados que se tomaban la molestia de exhibir sus productos; carne descuartizada colgada de un gancho; peces que coleteaban en las cestas. El olor de las especias, la sangre y las flores marchitas de las niñas que lo llamaban a voces para venderle un ramo.

Buscó a Matilde entre la multitud que chillaba, reía y vivía el día a día, sin el recuerdo de unos huesos que llenarían sus pesadillas, ni la añoranza de los besos de la persona equivocada.

Perseguía la idea de un fantasma. Una mujer que temblaba entre sus brazos, pero que no había tenido reparos en machacar un cráneo con tanta furia que lo hacía dudar de las palabras del capitán al hablarle de un accidente y empezaba a creer a Clara, aunque recelara de su pecaminosa inocencia.

Se preguntó por qué Matilde había decidido alejarse de su escondite para internarse entre las calles estrechas del Born. Una de esas palabras inconexas que había escuchado que le susurraba a su gemela se apoderó de su mente: «Probaré con la madre»

Entendió de inmediato que lo que Matilde pretendía era visitar a su suegra, y el nuevo dato lo desesperó. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para ocultar su secreto?

Cada vez que preguntaba por la vivienda familiar de los Cortés, las personas huían sin contemplaciones. Cuanto más se adentraba por el barrio, la carencia de soldados era más evidente y más resplandecía su piel limpia y perfumada. El pelo oscuro y sedoso contrastaban con la suciedad y las ropas raídas de los niños

que lo perseguían por si dejaba caer algunas monedas.

Fueron esos mismos críos los únicos que se atrevieron a darle alguna pista de dónde residía la madre de Juan Cortés. Regentaba una posada en el límite de la muralla de la ciudad. Se sorprendió del estado lamentable del edificio, habría supuesto que su hijo, como dueño de un negocio lucrativo, habría acomodado a su madre en mejores aposentos.

Al entrar pudo comprobar que el interior, aunque estaba más limpio de lo que se podría esperar, seguía deslucido como si nunca nadie se hubiese detenido a mirar las paredes; como si no importaran las goteras del techo, ni el olor nauseabundo del estiércol del establo, que entraba por las ventanas y se mezclaba con el vómito de los borrachos de la taberna.

Los gritos de un hombre lo alertaron. Reconoció la voz de Juan Cortés.

—¿Por qué la ha dejado marchar?

—¿Qué querías que hiciera, retenerla en contra de su voluntad?

—Sí, si era la única manera de que confesara.

—¡Me arrancó la carta de las manos y huyó! ¡No pude hacer nada!

Juan Cortés levantó el puño y lo estampó en la cara de su madre. Esta se limpió el hilo de sangre que le caía del labio. Beltrán quedó horrorizado ante la resignación de la anciana.

Los ojos de la mujer se detuvieron suspicaces sobre su persona. Beltrán reaccionó con rapidez y desapareció sin ser visto por Juan, el hermano cuya venganza emanaba por cada uno de los poros de su piel.

No creía que a Matilde le hubiera dado tiempo a escapar mucho más lejos de dos cuadras. El aire húmedo de Barcelona se pegó a su rostro. Agudizó los sentidos como si lo uniera a su cuñada algo más que un contrato cuya firma había sido plagiada. El relinchar de varios caballos y la quietud en las calles le advirtieron que, si no actuaba raudo, podría meterse en más problemas de los que ya tenía, como si encubrir un asesinato no fuese suficiente.

Agazapada entre las patas de un jamelgo, Matilde se había mimetizada con el pelaje oscuro del animal. Cubierta con un chal negro parecía parte del establo, tan solo su agitada respiración la delató. Beltrán la llamó en susurros y ella le correspondió con una mirada de reconocida ternura que nunca se hubiera atrevido a manifestarse a la luz del día.

Ella no lo sabía, pero esa era su mirada cuando lo encontraba a oscuras en la alcoba principal haciéndose pasar por su hermana, la misma que él había intuido al perfilar con su dedo cada pliegue de su rostro. El viento agitó a los caballos, y Matilde pasó del consuelo a la ansiedad. Las lágrimas brotaron calientes y

exhaustas, y las manos petrificadas sostenían una carta en que la tinta seca se mezclaba con manchurriones y garabatos mal trazados, parte de la escritura de un analfabeto.

—Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde —habló Beltrán con calma, para no amedrentar su corazón raído.

—Ya lo es para mí. Cometí un error de novato. No me di cuenta hasta que ella leyó la despedida...

—Matilde, céntrate. Acércate despacio sin asustar al caballo.

—Él nunca le hablaría así a su madre. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

—¿A qué te refieres?

Matilde depositó la confianza en Beltrán al dejarse arrastrar por él. Pasó desapercibida por el corcel que, aparte de dos bravos relinchos, siguió rumiando la paja. Le mostró un trozo de papel arrugado y roto en una de las puntas, como si una bestia hubiera puesto sus garras en él. La tinta se había corrido por las lágrimas, pero Beltrán pudo leer sin un atisbo de duda lo que Matilde le señaló: «Con cariño, su hijo Carlos».

Se refugiaron en un callejón sin salida, y Beltrán buscó inquieto el rostro de Matilde. Perfiló su contorno, examinó sus extremidades, palpó las costillas, la cintura, y respiró aliviado al no encontrar ninguna señal de heridas recientes.

Ella dejó que él se permitiera el lujo de tocarla. Estaba demasiado ensimismada para darse cuenta de lo que sucedía. Solo recobró la lucidez cuando la carta volvió otra vez a sus manos

—La despedida...

Beltrán besó ese mechón blanco que remarcaba su tez

—No debes inquietarte, no tienen pruebas contra ti.

—Pero la carta...

—La has falsificado, ¿y qué?

—Ellos lo saben.

—¡Quémala! ¡Niégalo! No tienen por qué conocer tu destreza con las letras.

Matilde se derrumbó y cayó de rodillas. Las diferentes faldas superpuestas de su vestido de luto se mancharon de barro y orines. Beltrán se asustó. ¿Dónde estaba su fuerza? ¿Dónde quedaban el orgullo y la terquedad que la caracterizaban?

Se negaba a reconocerla como la señora Cortés. Para él era simplemente Matilde, su Matilde. La mujer que lo había despertado de una larga desidia.

La ausencia de algarada perturbó a Matilde. El aire de la mañana, que había despertado bochornoso, empañó sus sentidos.

—¡Vienen a por mí!

Distinguió el chirriar del metal de la espada contra la piedra, los golpes secos de las zancadas dadas con premura, como si persiguieran algo; como si la buscaran.

—No tienes por qué cargar con toda la culpa. Solo es una carta. La quemaremos y nadie podrá acusarte de falsificación.

Lo pelos de la nuca de Matilde se erizaron, sabía muy bien dónde acababan los falsificadores: en la horca, igual que los asesinos, y ella se merecía doble condena por sus dobles pecados.

Nunca olvidaría el rostro de su padre antes de que el verdugo lo cubriera con un saco y colocara la cuerda alrededor de su cuello; no era miedo, sino terror por lo que podría encontrarse en el más allá. Y, aun así, ante la perspectiva que amenazaba sus días, ella había seguido cometiendo los mismos delitos que su progenitor.

Había tardado años en comprender que lo que acabaría con ella también sería su salvación. El acuerdo con Beltrán, en el cual falsificó la firma de su marido, no fue el primero, ni tampoco el último. Sin embargo, aquella carta podría ser la definitiva, la que la llevaría a la horca.

Un temblor la sobrecogió desde el dedo meñique del pie hasta la raíz del cabello, y sin saber cómo se encontró de nuevo entre los brazos de Beltrán.

—Todavía no ha llegado tu momento.

Sus palabras propiciaron que se hundiera más en su cuerpo, esperando encontrar un hueco especial para ella. Lo miró extasiada al contemplar cómo se difuminaban los rasgos de ese hombre al que tanto había despreciado. Los ojos oscuros, las cejas pobladas, sus pómulos marcados.

Matilde dejó de ver al barón de Senan, canalla y adicto al juego, y contempló a Beltrán.

—Dame un motivo para continuar con la batalla.

No pretendió mostrarse desafiante. Su petición era sincera; necesitaba el impulso para seguir con su ambicioso plan; ser algo más que una superviviente; dejar atrás las miradas inertes, los muertos en vida que pululaban por los callejones.

Su beso la cogió desprevenida. Sin embargo, como tantas otras veces en que él la había besado a oscuras mientras se hacía pasar por su hermana, se sintió ella misma; sin dobleces; sin mentiras; sin máscaras.

Beltrán la estaba besando, y era consciente de quién era.

«¡No escaparás, Matilde, el día de tu muerte está cerca!».

Matilde guardó en lo más recóndito de su memoria la frase premonitoria de Juan Cortés. Recordó la responsabilidad que recaía sobre ella y se dio cuenta de que no podía ser la que se interpusiera entre la felicidad de Beltrán y Clara; porque estaba maldita y muy pronto apenas sería el recuerdo de lo que fue. Huyó de los besos del barón, de las amenazas de Juan, que resonaban en su cabeza como si esculpieran su propia lápida. Llegó hasta el patio del *triquet* y se escondió en la cocina.

—Por fin ha llegado, señora, estaba preocupada por usted.

Matilde sonrió a Jacinta de manera inconsciente. Había tomado una decisión. Pondría fin al sufrimiento y le entregaría la vida que siempre quiso a Clara.

—No hay nada malo por lo que angustiarse —contestó con la tez acalorada—. Vamos a salir de esta.

Corrió a esconderse en su despacho, pero antes de cerrar la puerta, Beltrán, que había seguido sus pasos, la detuvo.

—¿Por qué te ocultas?

¿Eso estaba haciendo?

—Tenemos que hablar, Matilde.

—¡No!

Odiaba dar explicaciones. Siempre había querido ser libre y por primera vez así se sentía. Los ojos de Beltrán conquistaron el poco espacio que restaba a la cordura. Una atracción que iba en contra de su voluntad. Si no luchaba, todo lo que había tardado en construir se hundiría.

Beltrán acarició su cabello, Matilde no se inmutó ante esa confianza. El estado de excitación en el que se encontraba le impedía concentrarse; su alma observaba desde arriba un ritual de cortejo.

Un beso cálido le produjo una extraña convulsión. Su espíritu volvió de golpe, así como su energía.

Lo apartó. La dicha le provocaba remordimientos, y los remordimientos, dolor, el único sentimiento con el que podía lidiar.

—¿Es la primera vez que te acuestas con dos hermanas? ¿Te has divertido? —preguntó hiriente, con el veneno de su lengua.

—No ha sido así, Matilde, y lo sabes bien. Siempre te he respetado, y esperaré lo que haga falta hasta que estés preparada.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? Ni siquiera sabes lo que siento y ya estás tomando decisiones por mí.

Beltrán avanzó hacia ella, igual de sigiloso que un cazador al acecho.

—He pasado por alto todas tus manipulaciones; has estado a punto de volverme loco, pero al fin he descubierto lo que hay en tu interior, y no eres como pensaba.

Matilde retrocedió unos pasos. Alejarse de la frustración en la voz de Beltrán era lo mejor que podía hacer si no quería perderse una vez más entre sus lisonjas, para consolarlo o tranquilizarse a sí misma.

—No te entiendo. Si tanto daño te he hecho, si tanto he maquinado, ¿por qué estás aquí? ¿Qué quieres?

—A ti. —El barón emitió una profunda exhalación que la asustó por lo que representaba: la rendición a una verdad contenida desde hacía tiempo.

—¿A una asesina?

—En tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—¡No me conoces! ¡No sabes nada de mí!

—Creí que te tenía calada, que eras de la clase de persona egocéntrica, obsesionada con el poder. Tu fuerza y tu amor por Clara, tu generosidad y tus ansias de cambiar el mundo me han abierto los ojos.

—No sabes de lo que hablas.

—Sé que eres la benefactora del orfanato, que intentas que al menos este barrio sea un lugar mejor. —Beltrán se atrevió a rozar sus dedos mientras sus ojos centelleaban—. Y, cuando estoy a tu lado, me siento fuerte. Y lo más importante: ¡vivo!

—¡No son más que estupideces! —Matilde no se separó de su calor.

—Me encanta lo arisca que eres, pero al mismo tiempo también eres tierna, al menos conmigo...

—Nunca —susurró con la cabeza gacha, absorta en las caricias que Beltrán le regalaba.

—Recuerdo cada uno de tus besos en la oscuridad cuando te hacías pasar por Clara. Sé en cada momento quién es quién por el sabor de tu piel, por el sonido de tu respiración, por tus inconfundibles suspiros y tu curiosidad.

Le alzó la barbilla para poder contemplarla.

—¿Qué pasa con Clara, tu esposa? Es con ella con quien has compartido los momentos más íntimos.

—Nunca me ha dado esto.

Los latidos de su corazón se convirtieron en el eco de otros latidos que anunciaban la erupción de un volcán adormecido. Apenas pudo conservar el equilibrio cuando Beltrán la estrechó contra su firme tórax y marcó con sus

besos cada una de las palabras que recordaría para siempre. La aceptaba tal y como era, con su amargo sabor, con sus miedos y, sobre todo, con su obcecación por rebelarse contra las normas. Pero no bastaba.

—¡No podemos seguir con esta locura, Beltrán! Ya lo tengo decidido. Os dejaré la casa de juegos a ti y a mi hermana. Seréis felices, y por fin mi agonía habrá terminado.

—¿Desde cuándo te dejas vencer?

—Me sacrifico para poder ser libre.

—¿Y lo conseguirás en la horca?

—¡No caeré sin luchar! Escribiré una carta, me declararé culpable y huiré de Barcelona. Juan Cortés me perseguirá y así os dejará en paz.

—¿No lo entiendes? ¡Te necesito para seguir viviendo!

Matilde no pudo escapar del ardor que desprendía el barón. Aunque la poseía sin remedio, no contaba con la terquedad que anidaba en ella, mucho más fuerte que su aterciopelada voz.

—¿Y Clara?

—Es muy capaz de apañárselas sola.

—¡Precisa de tu protección! —No concebía a su hermana errante por una ciudad que no conocía.

—Y yo de ti, Matilde. Dime que no sientes lo mismo.

—Mucho más de lo que imaginas. —Por eso le era tan doloroso desprenderse de su afecto. Un descubrimiento que le había devuelto el juicio y recordado quién era, mucho antes de que todo se desmoronase. Pese a la dulce armonía que se había instalado en su interior, decidió no devolverle ese beso ansiado, lleno de lágrimas y promesas que sellaría un acuerdo tácito entre ambos. Prefirió seguir contemplando su mirada limpia cargada de tesoros que nunca llegarían a compartir.

Capítulo XVI

Puesto que la mujer es un ser flaco es seguro en su juicio y muy expuesto al engaño, según mostró Eva..., que por muy poco se dejó embobar por el demonio, no conviene que enseñe, no sea que..., persuadida de una opinión falsa, con su autoridad de maestra influya en sus oyentes y arrastre fácilmente a los otros a su propio error... (Luis Vives, 1523, *La formación de la mujer cristiana*)

El tono altanero de Beltrán había despertado a Clara. Estaba, como siempre, sola en medio de la cama tan grande que se perdía en ella. Creía desaparecer al taparse con la colcha, como si no fuera parte de la Tierra.

Hacía días que Beltrán la ignoraba, y mucho más que no se hablaba con Matilde. No porque le guardara rencor, sino porque estaba tan obsesionada con salvarlas de lo que era imposible que había perdido el entendimiento. Lo más simple hubiera sido escapar hasta la baronía de Senan y empezar una nueva vida con su marido. Pero las cosas nunca habían sido sencillas para las Vidal, y a Clara le costaba tomar una decisión. Si se mantenía junto a su hermana, no pararía de aparecer un obstáculo tras otro. Matilde era una experta en atraer problemas. Aunque, si la traicionaba, ¿podría vivir sin ella y con su conciencia?

Tampoco estaba convencida de cómo abordar la situación con Beltrán. Cada vez que había intentado mantener una conversación sincera con él, este la había apartado con una excusa, y parecía más pendiente del bienestar de Matilde que del de su propia esposa.

Cuando escuchó el clamor del barón que llamaba a la hermana equivocada con desesperación en su trémula voz, supo que había perdido la partida, y eso la irritó. Nunca nadie, hasta ese momento, había conseguido arrebatarle a un amante. Cuando le propuso a Matilde compartir a su marido, creyó que sería una hazaña de lo más alentadora; cuando a la aventura se sumó Manuel Montenegro,

se sintió de lo más complacida por conservar a dos atractivos e inteligentes caballeros. Nunca pensó que Matilde sería tan interesante para ellos como para desmoronar su castillo. Debería hablar seriamente con ella y advertirle que lo mejor era volver a lo de antes, donde se repartían el trabajo; una se preocupaba de conseguir sustento y la otra, de mantener la protección de los hombres.

Se detuvo delante de la puerta del despacho para escuchar a hurtadillas. Estaba convencida de que Beltrán había corrido tras Matilde con un pretexto para estar más tiempo junto a ella; que si los huérfanos no podían controlar a los clientes; que si no eran éticas las trampas que se hacían en el *triquet*; que si el veguer llegaría en cualquier momento para arrestarla. ¡Por el amor de Dios! Si no ponía un poco de cordura, la tapadera que habían construido se destruiría.

Nunca sospechó nada más que un vago enamoramiento de Beltrán hacia Matilde, un capricho que no duraría por la naturaleza tan distinta de los dos. Jamás creyó que su hermana fuera capaz de albergar sentimientos tan vitales como el amor.

El barón la había escogido.

Entró en el despacho dispuesta a montar una escena, chillar y compungirse hasta que Matilde se sintiera responsable y volviera a tratarla como siempre. Los ojos de ambos se mantuvieron prendados el uno del otro, como si separarse fuera un suplicio. Matilde fue la primera en reparar en ella. Se tapó la boca, horrorizada, y adelantó unos pasos.

—No es lo que parece —se atrevió a decir.

Clara sonrió.

—Eso es lo que digo cada vez que me encuentro en situaciones parecidas.

—No quiero que tengas una idea equivocada... Esto no es...

—¿Una traición?

—¿Cómo puedes pensar que yo haría tal cosa?

—Porque acabas de confesar que amas a mi marido.

—¡No es cierto!

—Sí que lo es —exclamaron al unísono Clara y Beltrán.

El barón se refugió tras la mesa. Hizo crujir los nudillos y se sirvió un vaso de vino. Lleno de furia, escupió lo que hacía tiempo que llevaba guardando.

—No intentes ir de víctima, Clara. Conozco vuestro engaño, cómo convenciste a tu hermana para que se hiciera pasar por ti y así poder estar con Manuel.

—¡Qué ingenuo! Si lo hice fue para que se le calmaran los picores de abajo.

—Siempre tan mesurada. Has jugado con fuego y te has quemado. Matilde y yo nos vamos de Barcelona; puedes quedarte con el dinero...

—¡No voy a aceptar tus limosnas! —Los pulmones de Clara se vieron seriamente afectados por la falta de aire. Las dos habían planificado hasta el más mínimo detalle. El pacto entre hermanas no había hecho más que cerrar un círculo y estrechar lazos. ¿Cuándo Beltrán se había alzado con el poder?—. No eres más que un punto negro en nuestras vidas, nunca conseguirás alejarnos. Díselo, Matilde, dile que solo es uno más.

Matilde esperó a que los sollozos de Clara se sofocaran. Dio un paso atrás y estrechó la mano de Beltrán.

—Nunca he pretendido traicionarte; al contrario, iba a sacrificarme...

—¡Estoy harta de tus sacrificios! ¡No te los he pedido! —El estupor dio paso a la ira. Nunca más consentiría que la volvieran a embaucar. No necesitaba que nadie renunciara a su vida por ella.

—Amo a Beltrán, pero también te quiero a ti, Clara, y no sé qué puedo hacer para teneros a ambos.

—Se acabó. Me niego a seguir en medio de tu miserable existencia. Me has impedido lograr ser alguien, siempre a tu sombra, siempre escondida en la habitación de la hermana soltera; incapaz de conseguir un marido por su cuenta. Y ahora que lo tengo, nada menos que un barón, ¿me lo arrebatas?

Matilde titubeó, soltó a Beltrán y se acercó hasta Clara para mecerla.

—Lo siento, no era mi intención perturbarte. Haré lo que desees. Desapareceré... —Clara lloró angustiada y Matilde la abrazó todavía con más vigor—. O, si lo prefieres, nos iremos juntas.

—¿Dejarías el *triquet* por mí?

—Y para que Juan Cortés no consiga llevarme a la horca.

Beltrán arrastró a Clara hasta un rincón y recogió la única lágrima que caía de su ojo izquierdo.

—No permitiré que tus falsas lágrimas nos priven de ser felices.

Clara sintió la fuerza del barón, que presionaba su brazo. Reconocía el odio que envilecía cada uno de sus actos. Debió darse cuenta de su decepción cuando copulaba con ella a sabiendas de que no era Matilde. La humillación alteró todos sus sentidos, hasta el de la banalidad. La voracidad envileció su percepción de la justicia y negó cualquier atisbo de reconciliación.

—¿Todavía no te has dado cuenta? No eres más que una simple mosca para nosotras.

Beltrán, con la mirada atormentada, se dirigió a Matilde sin dejar que Clara se acercara a su gemela.

—Matilde, escapemos a París; tengo viejos amigos, podríamos volver a

empezar.

—¿Qué pretendes, que se haga pasar por mí otra vez? —Clara enseñó los dientes, y ni su sonrisa consiguió parecer persuasiva.

—Conseguiré la nulidad.

—¡Eres idiota! Para casarte con mi hermana antes deben declarar muerto a Carlos Cortés y, lo más importante, conseguir salvarla de la horca.

—¡Callaos! —chilló Matilde—. Lo mejor es que me vaya sola.

—¿Y me dejarás? —vociferaron al unísono Clara y Beltrán, enfrentándose como perros rabiosos.

Matilde se interpuso entre ellos, lo que facilitó la liberación de Clara de las manos de barón, que la tenía sujeta.

—Clara, es el momento de que emprendas tu propio camino; como bien dices, siempre he sido un obstáculo. Por tu cuenta te irán mejor las cosas. —Le dio un beso en la frente, sin aspavientos—. Y, Beltrán, nunca seré la mujer que deseas. Creo que has idealizado una parte de mí que te impide pensar con lucidez.

El barón se impregnó de un aura oscura que asustó a Clara y le recordó al *loco de las hermanas Vidal*, como era conocido en el barrio a raíz del incidente con la bañera. Sin embargo, habían errado en su calificativo, ya que había sido solo una de las hermanas quien lo había vuelto inestable.

—Sé que eres manipuladora, ambiciosa, rencorosa, agria y de vicios oscuros, y aun así estoy dispuesto a pasar el resto de mis días a tu lado.

La demencia de Beltrán había vencido a la prudencia y al decoro. El libertino y bebedor barón de Senan, con una herencia opaca, había caído tan bajo como para declarar su sumisión. Y a Matilde se le iluminaron los ojos, a punto de llorar, tal vez de felicidad, pensó Clara.

En lugar de ablandar su corazón, quiso arrancarle las canas una a una. ¿Qué tenía ella de malo? Había sido de lo más complaciente; había conseguido que el hombre más torpe se creyera un experto amante; había interpretado todos los papeles, desde doncella virgen hasta disfrazarse de sirena para satisfacer las mentes más enfermas, y finalmente había logrado convertirse en baronesa. ¡Su madre estaría orgullosa de su proeza! Y mucho más si contaba cómo se las había apañado para que Beltrán perdonara sus anteriores escarceos. ¿Por qué Matilde se empeñaba en estropearlo todo? ¿Por qué Beltrán la había escogido? Se confabulaban contra ella para derrotarla, para convertirla en una mujer amargada y taciturna, como las decenas que deambulaban por el barrio.

Matilde avanzó hacia ella sin soltar la mano de Beltrán. Leía su rostro como una gitana leía las líneas de la mano, ¿creía que sería capaz de convencerla para

que dejara de ser quien era y lograr desaparecer? ¿Convertirse en una Matilde y que su hermana reluciera como una nueva Clara?

—No lo hagas, Matilde, ni se te ocurra pedírmelo.

—Tendamos un puente. Podemos llegar a un acuerdo, realizar otro pacto entre hermanas.

Matilde profanó lo más sagrado delante del hombre que había conseguido dividir las.

—Todavía no me has vencido, Beltrán.

—Deja de comportarte como una chiquilla y acepta la realidad. A pesar de ser tu esposo ante la ley, no estoy enamorado de ti y nunca lo estaré.

—Aunque sea lo último que emprenda, voy a quitarte a mi hermana.

No soportó ver los rostros incrédulos que juzgaron su amenaza como una mera bravuconería. No resistió la dicha de su hermana cuando el barón le confesó lo que desde niña había esperado. No era ella la que soñaba con un amor eterno, ni la que había conservado la fe. Y, aun así, Matilde recuperó la luz, y Clara se sintió marchita a su lado. Corrió escaleras abajo, atravesó el patio y escupió en la cerca de los cerdos antes de desaparecer entre el gentío de las calles del Born.

Capítulo XVII

«¡Oh que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el ñudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya y miembro el más principal» (Fray Luis de León, 1584, *La perfecta casada*).

—Hace días que vigilas a Juan Cortés. Si hubiera retenido a Clara, lo sabrías.

—No si se la ha llevado fuera de la posada —masculló Matilde. Odiaba que Beltrán tuviera razón, pero desde la huida de Clara, hacía ya una semana, no había dejado de seguir a Juan Cortés. O bien era un gran actor o inocente.

Beltrán la estrechó por la cintura y olió su pelo.

—Ha rehecho su vida, debes hacer lo mismo.

—No me toques...

Se deshizo de su encantamiento, el mismo que la convertía en un ser voluble a la expectativa de nuevas caricias. A pesar de la angustia que sentía por lo ocurrido con Clara, se sorprendía a sí misma cada vez que su corazón se aligeraba cuando pensaba en Beltrán; aunque se pellizcara para sentir dolor y recordara continuamente a su hija muerta, las ansias de vestir de otro color que no fuera el negro violentaban su estado de ánimo. Pasaba de la culpa al júbilo sin darse cuenta, para continuar con el remordimiento y la resignación, hasta que, sin querer, la idea de que su hermana estuviera viviendo otra vida mucho más placentera sin ella cobraba mayor intensidad.

Beltrán intentó acercarse de nuevo mientras se escondían en las caballerizas de la posada a la espera de alguna señal que evidenciara un secuestro.

—Piénsalo: todavía sigues atormentándote por lo ocurrido, cuando Clara nunca ha estado interesada en mí, sino en Manuel Montenegro. Seguro que ha viajado hasta Sevilla para reencontrarse con él. No es estúpida, y nunca dejaría que la atraparan. Es una superviviente como tú.

—Tal vez tengas razón... —Matilde se restregó los ojos por el cansancio. Le dolían las piernas de permanecer tanto tiempo de pie, el estómago rugía famélico y se avergonzó de su aspecto, al que no había atendido durante todos esos días —. Volvamos a casa, escribiré a Manuel. —Beltrán sujetó su barbilla, hipnotizado por algo que ni ella sabía qué era—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Volvamos a casa, nuestra casa.

—No te hagas ilusiones. Aunque Clara esté en Sevilla, todavía quedan muchos cabos sueltos por resolver.

—¡Huyamos juntos! Podemos volver a empezar en París.

—¡Qué fatiga con lo de París! No voy a dejar a mi hermana. Debes empezar a entender que lo nuestro no es posible.

—Esperaré, Matilde, lo que haga falta.

—Me ahorrarías muchas penurias si te fueras cuanto antes.

—¿Y dejarte sola? Nunca.

—No lo voy a estar por mucho tiempo, Clara volverá.

No estaba muy segura de la última afirmación. El pacto entre hermanas que al principio parecía haberlas unido más que nunca había sido la piedra con la que, sin darse cuenta, había destruido su relación. O tal vez se debía a un golpe del destino. Era extraño reconocer que el vacío que había sentido en su interior, royendo poco a poco su alma, se había llenado de esperanza. Y Clara ya no era la muchacha frágil con la que había crecido; sabía defenderse y luchar por sus sueños. Ella misma le había confesado que en su ánimo solo albergaba el ansia de vivir una existencia tranquila junto a su familia. ¿Y si su familia ya no era Matilde?

Nada más llegar al *triquet*, se encerró en el despacho para escribir una larga carta a Manuel Montenegro; le imploraba que le contara nuevas de su hermana y que le asegurara que siempre la protegería e impediría que fuera infeliz, cometido que ella no había podido llevar a cabo.

Sopló la tinta para que se secase y respiró la calma del despacho. Hacía dos días que el *triquet* había cerrado sus puertas, por más que Beltrán lo había desaconsejado. Matilde no soportaba oír las risas y la música, ver cómo seguían con sus vidas sin darse cuenta de que Clara ya no estaba. Les dio una buena suma de dinero a sus empleados, la misma cantidad para los chicos que para las chicas, y los animó a que buscaran otros trabajos más decentes con los que emprender un oficio. Encendió la pipa y exhaló el humo. Divagó sobre un posible futuro junto a Beltrán donde la desazón no existiera. Una vida sin Beltrán donde su alma siguiera llena. Ni una cosa ni la otra tenían sentido.

Los gritos que se oían en el patio la desconcertaron. Salió rauda del despacho y bajó sin pensar en nada más que en la vuelta de Clara.

Beltrán la detuvo.

—Son los guardias, debemos huir.

—No, tal vez tengan noticias.

—Si es así, no serán buenas. Mejor escapemos, o nos culparán de algún delito imaginario.

Pero Matilde solo escuchó la voz del veguer que chillaba su nombre, y la inocencia de antaño surgió de manera inesperada. Sin hacer caso de su intuición, la misma que le advertía que no dejara de lado su carácter práctico, corrió junto a los guardias con la esperanza puesta en Clara.

—¡Apresadla! —ordenó el veguer nada más verla.

Beltrán sacó su espada del cinto y se encaró con los soldados.

—Barón, no me obligue a detenerlo también.

—Y usted no sea tan necio como para creer a Juan Cortés, ¿qué se ha inventado ese villano ahora?

—Nada.

—¿Entonces por qué se la llevan?

—Existe una denuncia y un testigo fiable que vio a su cuñada asesinar a Carlos Cortés. Le aseguro, barón, que solo cumplo con la ley. Ya tendrá tiempo de defenderla durante el juicio.

—Eso es imposible, ¿quién osaría traicionarla?

—¡Jacinta! —exclamó Matilde. Hacía días que había desaparecido, pero no le había dado importancia, ni siquiera había caído en la cuenta de lo relevante que podría ser la presencia de la criada. Nunca la habían convencido de que el veneno era sal en mal estado. Puede que escuchara conversaciones íntimas tras las puertas y se decidiera a contarlo, o bien que Juan la hubiera acosado hasta socavar su voluntad. Dos posibilidades que Matilde no había tenido en cuenta cuando era una obsesa del control. ¿Cómo se le había podido escapar?

—No te preocupes, daré con ella. —Beltrán se abalanzó sobre Matilde, con tanto mimo que colmó sus ojos de lágrimas.

—Envía la carta al capitán. Encuentra a Clara, asegúrate de que esté a salvo.

Los separaron. Matilde notó la aspereza de una cuerda en sus muñecas. Mientras se alejaba de la casa de juegos, arrastrada por los soldados y seguida por el veguer, su alma empezó a vaciarse poco a poco al tiempo que nuevas canas brotaban para recordarle que nunca podría escapar de su destino.

Estaba acostumbrado a sentirse solo en medio de una multitud, pero nunca creyó que el desamparo sin las hermanas Vidal fuera a oprimirlo de manera tan abrupta. La soledad era insufrible. Desnudo, la palabra más placentera y a la vez más aterradora. Así se percibía sin Matilde, despojado de alma.

Pocos remordimientos quedaban para Clara, a quien veía en sueños feliz junto a Manuel Montenegro, colmada de las riquezas que el capitán traía en su barco.

Varias noches después, mientras dormía embriagado de vino, golpearon con ansias la puerta del *triquet*. Cuando consiguió deshacerse de la modorra y llegar hasta la sala, el ruido había cesado. Pensó en Jacinta. Debía encontrarla, deshacer cualquier control que pudieran ejercer sobre ella y convencerla para que no testificara contra Matilde.

Acudió al orfanato. Nadie tenía conocimiento de la sirvienta que había crecido entre sus paredes. Los niños, a los que Matilde había pagado una buena suma de dinero cuando cerró la casa de juegos, se habían agenciado dos puestos de frutas en el mercado. Las niñas vendían flores y le susurraron al oído que tenían sus ahorros a buen recaudo, esperando casarse y aportarlos como dote. Beltrán no pudo estar más orgulloso de su pequeña contribución. A pesar de que desde el primer momento había querido echarlos, no lo había hecho, y eso lo envalentonó para hacerles creer que le debían algo más que las gracias. Los obligó a buscar a Jacinta, a dar voces sobre su supuesto paradero, y no consiguió más que ridículas teorías. Una de ellas le causó especial chanza. ¿Jacinta en un convento? Debería estar más que escarmentada con todo lo que sucedía en el *triquet* para huir y refugiarse con las monjas. Si aquel rumor era cierto, ¿quién era el testigo que afirmaba haber visto a Matilde matar a su marido?

Con el alcohol en la sangre, se presentó en las galeras de mujeres exigiendo ver a la señora Cortés. No se lo permitieron. Estaba en una lista negra que el veguer había confeccionado. Muy pronto recibiría en casa al visitador general encargado de reunir los testimonios necesarios en contra de Matilde. Beltrán sabía que cualquiera que estuviera encarcelado era considerado inmediatamente culpable. Los defensores poco tenían que hacer, aparte de acto de presencia. Lo había vivido en sus propias carnes, harto de que su padre se granjeara amistades tanto

con el visitador como con el procurador fiscal para llegar siempre a un acuerdo que favoreciera a los Corbera de Prado.

Habían pasado ya dos semanas desde que empezó la búsqueda acalorada del testigo fantasma que había arruinado su vida. Volvió a escuchar extraños ruidos provenientes de la sala de juegos. Se detuvo en las escalinatas del segundo piso, en el mismo sitio donde Matilde observaba sus dominios. La templanza se esfumó con cada uno de los recuerdos de una noche que todavía no había transcurrido; una en la que Matilde lloraría entre sus brazos exhausta y feliz. Los portones de madera estaban abiertos de par en par. La lluvia de una noche oscura y falta de estrellas penetraba insolente, adueñándose de cada uno de los rincones.

Beltrán, tambaleándose, beodo y lleno de remordimientos, tropezó con una sombra que a tiempo lo sujetó por los codos. Se llevó la mano a la cintura, dispuesto a desenvainar su espada.

—No se apure, amigo. Ha tenido un mal día. Yo cerraré las puertas.

—¿Manuel? ¿Cómo ha entrado?

—Un viejo truco, amigo.

—¡Deje de llamarme así! ¡No somos compadres!

Manuel Montenegro encendió varias velas y le quitó la botella de vino a Beltrán, la segunda que había abierto aquella noche.

—He venido en cuanto he recibido la carta. ¿Y Clara?

—¿No está con usted?

—No se lo habría preguntado si fuera así. —El capitán se encaminó hacia las escaleras—. Está demasiado borracho, hablaré mejor con Matilde; es ella quien me ha escrito y parecía preocupada.

—Espero que tenga mejor suerte y lo dejen entrar en las galeras. —Beltrán sonrió cínico sin mirar a los ojos de su interlocutor.

—¿Qué diablos balbucea?

—Clara huyó cuando se enteró de lo mío con Matilde, y a ella la encarcelaron. Tienen a un testigo que puede ratificar la muerte de Carlos Cortés. —Abrió otra botella, empeñado en borrar el dolor enquistado en la garganta.

—¡Para ello necesitan un cadáver!

—Explíquesele al veguer, que no ha tenido miramientos.

—Debe hacérselo llegar a su defensor. ¡Por Dios! Deje de beber. No arreglará nada.

—Todavía no he contratado a nadie.

—¿Y a que espera, barón, a que la ahorquen?

Beltrán se desplomó en el suelo, repasó una a una las vetas de la madera de un

suelo desgastado. Sin ella se sentía apático; sin un horizonte al que dirigirse.

—Creí que Jacinta era la judas. Tenía intención de hacerla cambiar de opinión, pero, según cuentan, se ha refugiado en un convento.

Manuel se repasó la barba incipiente con nerviosismo; aceptó el trago que le ofrecía Beltrán. Respiró hondo y ocultó la espesura del rostro.

—Entonces, el testigo no puede ser otro que Clara. —La agonía se reflejaba en cada modulación.

—¡No le haría eso a su propia hermana! —Beltrán se detuvo en seco antes de que sus labios volvieran a catar el vino.

—Ya le dije que tuviera cuidado con ella.

—¡Esa furcia!

Montenegro agarró de las solapas al barón y lo obligó a mirarlo directamente. Los dos comprendieron el pesar que los unía y la enajenación en la que habían caído por culpa de las hermanas; imposible redimirse.

—¡Retírelo ahora mismo!

—Lo siento, capitán, me consta que la tiene en gran estima, pero no concibo cómo ha sido capaz...

—Porque se siente desvalida y abandonada.

—La entiende bien, ¿no es así? —Beltrán apoyó su mano en el hombro de Manuel. Derramó el vino en el suelo y la mancha roja que se esparció en círculos corroboró sus destinos—. Es necesario conocer su paradero y convencerla de que se desdiga de su testimonio.

—Yo me encargo, barón. —El silencio evidenció el acuerdo tácito de dos hombres enemistados por una mujer y atados por un sentimiento—. Arrastraré a Clara si es necesario hasta las galeras para que vea el fruto de sus actos.

—Si piensa hallarla en la posada de Juan Cortés, olvídalo. Matilde y yo lo vigilamos durante días y no encontramos nada sospechoso.

—Conozco a Clara. Temo que su rencor la haya hecho cometer una locura.

—¿Cómo qué?

—Ustedes buscaban indicios de un secuestro, y ella tal vez se haya entregado de manera voluntaria. No se preocupe. Traeré a Clara de vuelta y la convenceré.

El sabor salado de sus propias lágrimas advirtió a Beltrán del grado en el que su corazón dejaba de ser suyo. Rechazó la mano que le tendía el capitán y se abrazó a él con una nueva ilusión en los ojos.

—Gracias, amigo. Le debo una.

—Cuando nos volvamos a ver, compadre, ya echaremos cuentas.

El visitador acababa de irse. Después de tomarle declaración había interrogado a Juan Cortés, que repitió las mismas palabras que ella pronunció el día de su huida.

Había vagabundado por las calles dispuesta a tramar su venganza y no se le había ocurrido más que enfrentar a Juan con la verdad, la que tanto había perseguido. La madre de los Cortés la había acogido con gentileza, pese a que su hijo había querido aprisionarla al instante. Pronto habían descubierto en ella una aliada y la colmaron de atenciones. La habían cobijado en la mejor habitación, una que no tenía goteras y sí una ventana que daba a las caballerizas. En más de una ocasión había ojeado a su hermana agazapada espiando y, a su lado, Beltrán. La rabia la había invadido cada vez que recordaba cuán pérfida había sido su traición. Se había cuajado a fuego lento, tan premeditada como todas las maquinaciones de Matilde. Al cabo de una semana, le había informado a Juan que estaba lista para contar su versión de los hechos, pero cuando tuvo delante a la madre y al hermano del hombre al que habían envenenado, las imágenes de los miembros descuartizados de Carlos Cortés la asaltaron. ¡No quería acabar ella también encarcelada! Había repetido lo que le habían dicho a Manuel Montenegro: un accidente que acabó con su cuñado escaleras abajo.

—¿Qué hicieron con el cuerpo? —le había preguntado el visitador.

—No lo sé. Mi hermana dijo que estaba muerto. No quise verlo. Me angustié, señor, ¿puede entenderlo? —Clara había temblado por primera vez de miedo.

A Juan le había dado igual cometer perjurio y había firmado su testimonio, en el que alegaba que también vio a Matilde cometer el asesinato. Y Clara había refrendado con su silencio dichas palabras.

Los Cortés, eufóricos, le habían prometido encargarse de su marido más adelante. A pesar de no haberles contado el porqué de su fuga, el barrio no comentaba otra cosa que el adulterio de la señora Cortés con el barón de Senan. Nuevas pesadillas la habían acorralado durante noches sin tregua, en las que los tres caían por un agujero tan negro que no quedaba rastro de ellos. Ni el recuerdo de un nombre en una lápida.

La formulación de cargos contra Matilde no tardó en llegar, y la fecha del juicio se hizo pública.

En todo ese tiempo no se había atrevido a salir de la alcoba que le habían asignado, por si la escupían por la calle o, peor aún, la vitoreaban. No se sentía orgullosa de su hazaña. Su hermana había pasado ya dos semanas en las galeras.

Un escarmiento suficiente. Dudaba de si en el juicio poseería la valentía para contradecir a Juan. Aunque, por otro lado, tal vez no tendría más que esperar a que Matilde arreglara el asunto con su acostumbrado as en la manga; no en balde habían convivido con el juego y sus trampas.

Tres noches antes de la fecha señalada, Clara se mantenía despierta cepillándose el pelo, preparada para permanecer en vela con el fin de que las pesadillas no la arroparan. El zumbido que provocaban los borrachos en la cantina era parecido al de los dados contra las mesas de madera y los palos de billar, que a menudo en el *triquet* se convertían en escudos improvisados.

La inconfundible dicción de una voz que clamaba su nombre en susurros le produjo una sacudida. Abrió la puerta con apremio, y la emoción la embargó al contemplar a su capitán en el pasillo, picando una a una a las puertas de la posada. Lo atrajo hacia el interior de la alcoba y lo abrazó con entusiasmo desmedido.

—Sabía que Matilde te haría llamar. Ella siempre tiene un plan.

Manuel Montenegro no pudo resistirse y la besó con tanta pasión que le dejó los labios marcados.

—Mi dulce Clara, ¿qué has hecho?

Ella sonrió coqueta.

—Ya sabes que no permito que nadie me tome el pelo.

—Esto no es un juego, la vida de Matilde corre peligro.

—Seguro que está bien atendida en las galeras. Siempre ha tenido un don para salirse con la suya.

—Esto supera cualquier fruslería. ¡Es de vital importancia! —La decepción del capitán airó a Clara, que no esperaba que la reprendiera.

—¿Y crees que yo no? ¿Acaso valgo menos que Matilde?

—No estoy para hostilidades. Debemos apresurarnos antes de que despierte la familia y te obliguen a firmar tu testimonio.

—Demasiado tarde. —En un intento de desviar la atención, se prendió del cuello del capitán y lo mordisqueó.

—¿A qué te refieres?

—Ya he ratificado mi declaración.

—¿Te has vuelto loca? ¿No te das cuenta de que la matarán? —La apartó con un gesto de repugnancia en la boca.

—Esperaré al último momento para desdecirme. —Clara volvió a los mohines que antaño le funcionaban. Manuel Montenegro apresó sus mejillas con una sola mano.

—Irás ahora mismo a las galeras para mirar a los ojos a Matilde, a ver si los remordimientos te carcomen.

—¡Manuel, no me obligues! ¡Seguro que me odia!

—No sé qué pude ver en ti. No eres más que una niña mimada sin escrúpulos.

—Es lo que más te gusta —dijo de manera envolvente, tentándolo con sus labios húmedos.

—Al contrario, creía que eras distinta. Una superviviente que, pese a todo, había decidido encararse con las penas y vivir. Tu alegría, la dulzura de tus besos me atraen dolorosamente hacia ti. Pero me he desencantado. Eres capaz de anteponer unos estúpidos celos a la vida de tu hermana.

—Ya te he dicho que no ocurrirá nada que Matilde no quiera. Ella sabrá darle la vuelta, como siempre.

—¡Despierta de una vez! ¡Está a un paso de la horca!

—Hay tiempo. Todavía falta que se celebre el juicio. —Clara intentó recuperar la atención del capitán enseñándole la piel de su hombro. Avanzó contoneándose y mostrando su sonrisa más ardiente. Le robó un beso lleno de fuego—. Sabía que todavía me querías.

—Cuando acaben con Matilde, irán a por el barón y a por ti. Todos quieren una porción del *triquet*.

—Can Cortés es lucrativo gracias a mi hermana, sin ella quedarán en la ruina.

—Ayúdame a que lo entiendan.

Clara parpadeó varias veces. No llegaba a comprender por qué tanto afán por unantro como la sala de juegos. Había imaginado perderlo de vista cuando su hermana admitiera su error. La convencería entonces para buscar una oportunidad en otro lugar. Lejos de Barcelona.

Sin embargo, la pesadilla en la cual se hundía en un agujero oscuro le sobrevino como una premonición.

—¡Llévame con ella!

Capítulo XVIII

En las Galeras habrá todo género de prisiones, cadenas, esposas y grillos; y mordazas, cepos y disciplinas de toda hechura, de cordeles y hierro, que de sólo ver estos instrumentos se atemoricen y espanten, porque como ésta ha de ser como una cárcel muy penosa, conviene que haya grande rigor. (Sor Magdalena de San Jerónimo, 1608)

De día y de noche, las paredes absorbían los amargos sollozos que, como fantasmas, bramaban a un viento inexistente. En la celda de Matilde la luz era escasa y el aire, fétido. Diez mujeres intentaban hacerse un hueco en un reducido espacio, con unas camillas de tablas y en cada una de ellas un jergón de paja, insuficientes para todas las que habitaban en la celda común.

Nada más entrar en la galera, Matilde fue despojada de su vestido negro, las llaves en el cinto y de sus canas. Le raparon el pelo a navaja y no dejaron más que rastros uniformes de sus pensamientos. El atuendo era una única camisa de lienzo tosco y una basquiña larga hasta los pies, de paño tan basto que los picores se confundían con los de los chinches. La comida, escasa; pan moreno y parte de salvado con una tajada de col. Un día a la semana, un trozo de carne, poca y mal guisada. Matilde resistió estoicamente cualquier imposición, hasta dormir con grilletas, ya que era considerada una de las reclusas más inquietas, no por sus lamentos, sino por su actitud insolente, que alteraba los ánimos de las carceleras. Evitó los latigazos, castigo muy común entre las reas, con su aparente resignación. Sin embargo, su mirada no paraba de suscitar anhelos secretos de una fuga en las compañeras de celda que ni tan siquiera la conocían. Estaban acostumbradas a tratar con doncellas criadas en burdeles y mendigas incapaces de elaborar una frase con sentido. Matilde pasaba las horas contando números imaginarios en su mente y formando letras al azar en las paredes agrietadas. No la tomaron por loca, sino por una erudita, hasta que alguien la reconoció y la

fama de las hermanas Vidal le borró la esencia.

Ya no recordaba cuánto tiempo había permanecido entre las excreciones de sus compañeras y sus propios vómitos de nostalgia. Pero llegó una noche (así se lo pareció a ella, ya que fue cuando volvía de la celda de las labores, adonde solo las llevaban cuando alguna dama se casaba y necesitaba un ajuar a medida) en que la arrastraron hasta otra sala donde los grilletes colgaban de un muro de piedra, y temió haber divagado en voz alta.

Aun así, mantuvo la cabeza erguida y los ojos vacíos de lamentos. La luz de una sola vela alumbró el rostro de Clara, cubierto por una caperuza ocre, su color favorito. La esperaba sentada en uno de los jergones de paja salpicados de sangre que la oscuridad encubría. La empujaron dentro del habitáculo y cerraron con llave. Clara ahogó un grito, se arrodilló ante ella y lloró desconsolada.

—Lo siento. Creí que te llevarían a un convento, que te tratarían según tu rango...

—No es culpa tuya. No quiero que te apenes. No soy más que una huérfana.

—Matilde, te lo ruego, debes perdonarme. Los celos me arrebataron el poco juicio que tengo. Créeme cuando digo que no era mi intención que todo se volviera tan hostil. Me retractaré, y te dejarán libre.

—¿Eres tú el testigo? —El estupor se paseó sin disimulo por cada una de las muecas que Matilde intentaba esconder, para que los tics que le habían sobrevenido durante su estancia en la cárcel no le restaran autoridad.

—Lo hice con el propósito de dañarte, pero has sufrido más de lo que había imaginado. Ahora las dos estamos en paz y pronto volveremos a casa...

—¿Tú me has hecho esto? —La debilidad que había evitado llenando la cabeza de números y palabras se presentó de forma abrupta, como un naufragio en el que no hay supervivientes.

—Entiendo tu horror. No soy digna de tu clemencia. Aunque ¿no es más grave arrebatarme el amor?, ¿servirte de mi generosidad y confabular contra tu propia sangre?

—¿De qué hablas, Clara? Nunca he hecho tal cosa.

—Beltrán es testigo de tus confabulaciones. Ha caído en tu trampa, como Manuel y como yo. Pero te perdono, y solo espero que tú también disculpes mi desquite. —El silencio se convirtió en el aliado de Matilde. Aunque quisiera, no habría podido responder más que con sinceridad. Que se había enamorado del marido de su hermana, hecho que evidenciaba su condición: un esperpento hipócrita—. Beltrán, ayúdame a convencerla de que no era mi deseo que acabara así.

La figura de un hombre ataviado con una capa y dos espadas en el cinto surgió de un rincón en el que no se había fijado. Su inestabilidad era evidente; ya fuese por el vino o por la conmoción, le era imposible dar un paso más allá. Un horizonte los alejaba.

Matilde consiguió ponerse en pie, sin ayuda, aunque Clara hiciera un intento por auparla y luego se percatara de que podía mancharse el vestido con su mugre. Beltrán lloró como un chiquillo; se tapó el rostro, avergonzado, incapaz de devolverle la mirada. Tres pasos, eso era lo que los separaba; con dificultad, y temerosa de que esa distancia pudiera arrebatarse el sentido, consiguió vencer su miedo y le apartó las manos. El tacto de sus dedos convulsos le recordó la ternura que le había prometido en más de una ocasión. Le secó con besos las pequeñas gotas que afloraban de sus ojos con cada roce. Y se fundieron en un abrazo que duró más que un sueño y menos que una pesadilla.

—Estoy bien —dijo en susurros al hombre que la había salvado de una atormentada existencia—. Sigo viva.

—¡Te sacaré de aquí! Lo juro.

—Es mejor que las cosas se queden como están, no hay necesidad de que vosotros caigáis conmigo. No creo que Juan Cortés se amanse con mi pena y se resigne a que el *triquet* se quede en tus manos. Huid a Paris. Empezad de nuevo.

—Entonces, ¿me perdonas, hermana? —Clara se unió a ellos como tiempo atrás, cuando la perfidia se escondía tras la inocencia de un pacto.

—Te enseñé que lo más importante es sobrevivir. Y lo has logrado. Da igual cómo. La cuestión es que has vencido una guerra que ni siquiera sabía que había empezado. Si no, ten por seguro que habría sacado todo mi arsenal. —La empujó hacia un lado con el ceño fruncido.

—¡No seas dramática! Ni siquiera les he contado la verdad. Solo hay que añadir algún ingrediente que los llene de dudas y contradicciones, y serás libre.

—¿Y cuál es la verdad, Clara? ¿Que yo maté a mi hija y a Carlos? ¿Que te arrebaté la vida y el amor?

Beltrán pareció reponerse de la turbación, sin dejar de sostener a Matilde, tal vez por miedo a perderla.

—No es el momento de reproches. No te rindas. —Besó cada grieta en sus labios reseco—. Tenemos aliados. Estamos haciendo todo lo posible para sacarte cuanto antes.

—Me sorprendería que encontraras a alguien dispuesto a ayudarme.

—Manuel Montenegro ha sobornado a unos cuantos conocidos para que podamos estar aquí; por favor, no desfallezcas. Sin ti, moriría...

—Te repondrás fácilmente.

—¿Cómo puedes tener tanta templanza? —Beltrán se hundió en su mirada.

—Ya te lo dije, mi hermana no puede sentir amor por nadie. —La amargura de Clara desquició a Matilde. Dejó de lado su aparente resignación y recobró la dignidad.

—¡Cállate! Eres una egoísta insensata. No quiero acabar como madre, consumida por la pena. Prefiero el rencor y la rabia que provoca ser un monstruo. Hierve mi sangre sin apelmazarla.

Matilde comprendió que el pavor que Clara reprimía no era por enfrentarse a la culpa de una muerte, sino por volver a sentirse parte de una mitad, como cuando eran pequeñas y no sabían diferenciar si un pie era de una o de otra.

—¡No digas eso! —reaccionó, histérica, Clara—. Yo soy el monstruo que asesinó a Carlos Cortés. Yo le aplasté el cráneo con un mortero aprovechando la oscuridad. Soy quien te ha echado la culpa e impide que vuelvas a ser feliz, si alguna vez lo has sido...

—Toma mi lugar, entonces.

Clara retrocedió unos pasos.

—Sabía que tus palabras eran falsas —prosiguió Matilde—. La muerte de Carlos Cortés fue parte de un destino que no buscamos, pero esto... tal vez no sea más que la expiación de nuestros pecados, y debemos aceptarlo.

—Te compensaré, hermana. Te lo prometo.

Matilde llamó a las carceleras para que se la llevaran cuanto antes. Deseaba volver a su colchón de paja llena de pulgas. Dio la espalda a Clara de manera premeditada y un último adiós con el alma a Beltrán, que alzaba las manos a modo de ruego para que no se dejara vencer.

Los lamentos de sus compañeras de celda se transformaron en una melodía que la conducía entre los recuerdos que se apresuraba a atesorar antes de que la llevaran a la horca. El miedo no formaba parte de su temperamento. Al contrario, las ansias por ceder a la muerte la anegaban de un nerviosismo que se podía confundir con desazón. Terminar treinta años después la historia que había empezado con su nacimiento, dos matrimonios, una hija que la esperaba en el limbo y un sentimiento tan puro como doloroso en el que apenas había tenido tiempo de reparar. Una dicha que la llenaba de esperanza pese a que sus días

habían llegado a su fin. La última evocación de su paso por la Tierra sería para Beltrán. El único que le había devuelto el candor de una vida colmada de expectativas mucho antes de entender que su sino no era más que la sombra de Clara.

No se molestaron en cambiarla de camisa ni de falda para llevarla delante del veguer. Cuanto más mugrienta y rabiosa se presentara, menos posibilidades de encontrar la misericordia. Se sorprendió de que la pequeña sala estuviera atestada de gente. Normalmente los juicios públicos solo se consentían cuando el reo era un paria para la sociedad, escandalizada por su atroz delito, como el bestialismo o el estupro a niños. Había olvidado el afán vejatorio del barrio del Born hacia las hermanas Vidal.

El visitador general, el procurador judicial y el veguer, acicalados con pelucas y la tez empolvorada de blanco, cuchichearon a su paso, resguardados en su altar y rodeados de soldados hostiles. Le quitaron los grilletos a solicitud de su defensor, un sujeto sudoroso que la miraba atemorizado. Entre el gentío estaban Juan Cortés y su madre, que escupieron y amenazaron. Sus gritos se confundieron con los de la muchedumbre que pedía la horca.

El interminable número de testigos que había recabado el visitador la dejó agotada. Cada uno de ellos rescató un pedazo de su vida en la que, a pesar de querer confirmar su carácter disoluto y adúltero, no hicieron más que corroborar su falta de empatía y su carácter obsesivo. La codicia, la frigidez y la facilidad de palabra propia de una servidora de Satanás fueron los rasgos inherentes en las anécdotas sacadas de contexto del carnicero; de la esposa de este, a la que ni siquiera había conocido; del boticario, que no mencionó sus artilugios de estraperlo; del párroco, y hasta de Jacinta, que fue sacada de su convento. Con el estupor en el rostro y llorando desconsolada, narró lo severo que era Carlos Cortés con Matilde, con el único afán de dobligar su temperamento iracundo. No dijo nada de la sal.

Clara había escogido para aquel fatídico día un vestuario de lo más sencillo, de color tierra y botones hasta el cuello. El rostro, pálido, sin un ápice del color artificial con el que le gustaba pasearse por el *triquet*. El pelo, recogido en un severo peinado, dejaba al descubierto su rostro aterciopelado.

—No creo que pueda dobligar a la testigo, parece una santa rodeada de buharros —susurró el defensor.

Cuando le solicitaron que se presentara con su nombre completo, alzó la barbilla, y una sonrisa de par en par iluminó su tez.

—Clara Corbera de Prado, baronesa de Senan.

Los cuchicheos subieron de intensidad, y aún más cuando la obligaron a relatar lo sucedido el día del homicidio.

—Como ya ha corroborado mi sirvienta, Carlos Cortés estaba enfermo y débil. Aun así, la enfermedad no le quitó el raciocinio, y lo dispuso todo para que mi hermana pudiera tomar las decisiones importantes en el *triquet*. Así como mi matrimonio con el barón.

—¿Está diciendo que su hermana no falsificó los documentos después de su muerte? —la interrumpió el visitador.

—¿Cómo podría hacerlo si apenas sabe escribir?

—¿No son las hijas de Faustino Vidal, escribano de la corte y condenado a la horca por falsificación de documentos reales?

—Mi madre nos educó para que nos convirtiéramos en esposas decentes. Nos enseñó a tejer y cocinar, y el despacho de padre siempre estuvo vetado. Tal vez, si hubiéramos sido varones, podría acusarnos de algo más que de un accidente que acabó en tragedia, pero ¿falsificación? ¿Cómo es posible que una mujer tenga tanta habilidad? A no ser que considere a mi hermana un prodigio tal que escapa a las leyes de la naturaleza.

Las chanzas del público irritaron a los magistrados.

—Déjese de espectáculos y prosiga en el punto que nos interesa. Usted ha firmado una declaración en la que admite que su hermana, anteriormente conocida como Matilde Vidal, mató a Carlos Cortés. —El visitador señaló sus cuadernos de anotaciones.

—Mis palabras han sido transcritas con exactitud, es cierto. Pero no he hablado de ningún crimen.

—Pero usted manifestó que...

—Que vi al señor Cortés caerse por las escaleras, y que Matilde dijo que estaba muerto. Nunca vi su cadáver. Me escondí en mi habitación, apesadumbrada. Aunque luego parece ser que no estaba tan muerto como creía.

—No me haga perder la paciencia, la podemos acusar de perjurio.

—Lea mi declaración en voz alta si le place y dígame ¿en qué he faltado a la verdad?

—Viniste a mí para que te protegiera de tu hermana, ¡confiesa! —Juan Cortés se acercó al estrado, colérico, con las mejillas y la nariz bermejas. Dos soldados tuvieron que llevarlo de vuelta al banco reservado para los testigos.

—Acudí a usted para arreglar nuestra enemistad. Quería hacer las paces y que dejara de perseguirnos con amenazas de muerte.

—¡Miente!

—Señor Cortés, una salida más de tono y pasará unos días en prisión a ver si se calma. —El veguer golpeó con el puño el brazo de su silla.

—¿Por qué no permiten que dé mi testimonio?

Los abucheos contra el veguer para que dejara hablar a Juan propiciaron murmullos entre los magistrados. Matilde le dio un codazo a su defensor, que revolvió nervioso unos papeles.

—¡Haga algo! ¡Están divagando demasiado, y no es bueno!

—Señorías, no es mi intención molestarlos, pero hay un turno asignado. Si son tan amables de escuchar al barón de Senan —tartamudeó el abogado.

Beltrán se levantó de la última fila y, a paso lento pero seguro, se acercó hasta el centro. Su estado nada tenía que ver con la última vez que lo había visto en la celda de castigo. Su aspecto era inmaculado; su porte, gentil y a la vez bravo. Le guiñó un ojo y Matilde suspiró con el corazón, aunque fingió desapego.

Relató cómo conoció a Carlos Cortés con detalles tan exactos del momento y del lugar que Matilde, suspicaz, miró a Clara, a sabiendas de que esta lo había aleccionado.

—¿Conocía la enfermedad del señor Cortés? ¿Lo visitó alguna vez un médico?

—Se trataba de un resfriado que se complicó. Pasó unas noches con fiebre, nada más. En su delirio debió de levantarse desorientado de la cama y caer...

—Barón, lo supone o lo sabe.

Beltrán tensó el cuello.

—Yo mismo curé la herida de su cabeza, que lo dejó sin conocimiento unas horas. La señora Cortés nos llamó para que lo atendiéramos.

—¿A quiénes se refiere?

—Al capitán Montenegro y a mí.

—¿Afirma que la señora Cortés no tenía un amante, sino dos? —masculló el visitador con la saliva rebosando por la comisura de los labios. Lo anotó en su cuaderno.

Beltrán apretó los puños.

—Solo indico que, como amigos de la familia, estuvimos al lado del señor Cortés aquel día en el que él mismo nos informó de su deseo de partir cuanto antes hacia Asia.

Una ola de comentarios recorrió cada uno de los bancos, incluso el mirador atestado de aldeanos curiosos que se asombraban tanto con las preguntas como con las respuestas, ladeando la cabeza como ante un partido de pelota.

—¿Por qué le hemos de creer, barón, si es de todos conocido su romance con la señora Cortés?

—Quien le haya informado de tal cosa, miente.

—¿Jura ante Dios que no la ama? —El veguer levantó el dedo índice a modo de amenaza.

Matilde conocía bien cuál sería la réplica de Beltrán si se dejaba llevar por sus afectos. Puro de espíritu, libre de las cadenas que los Corbera de Prado pudieran imponerle antaño, sería incapaz de mentir si eso significaba traicionar a su alma.

Matilde negó con la cabeza, con los ojos llorosos de un amor imposible atravesado en el estómago, y Beltrán, reflejo de su ánimo, apretó los dientes.

—Amo a mi mujer. Y es por ella por lo que he venido hoy aquí. Para recuperarla.

—¿Acaso la perdió, barón? —se burló el veguer.

—Temí por su integridad cuando los Cortés la coaccionaron.

—¡No es más que un títere de las hermanas Vidal! —chilló esta vez la madre para sorpresa de todos.

Beltrán volvió a su sitio con la cabeza gacha y la mirada perdida. Matilde procuró sonreír cuando pasó por su lado, pero el ruido ensordecedor del público que abucheaba al barón avivó los latidos desmesurados que se hacían en sus sienes.

Juan por fin tuvo su oportunidad de revelar cuánto sabía, o bien cuánto había inventado. Sin embargo, no pudo confirmar ni el día ni la hora del accidente, como sí lo hicieron Clara y Beltrán; hasta Jacinta había informado de la semana y el mes en que Carlos Cortés sufrió las fiebres. Aun así, el visitador parecía disgustado con el cauce que estaba tomando el juicio y ayudó en más de una ocasión a terminar las frases de condena de cuñado.

—¿No es cierto que usted vio al barón y a la señora Cortés confabulando a espaldas de su hermano, y que lo tiraron escaleras abajo con la intención de acabar con su vida y quedarse con el *triquet*?

—Cierto. —Aquello fue todo lo que tuvo que contestar para que el gentío volviera a solicitar la horca.

La tensión empezaba a dibujarse en el rostro de Matilde, a la que impedían tomar asiento. Las rodillas flaquearon, y Clara corrió a ofrecerle de beber directamente de la petaca del defensor.

No pudo contener la rabia. Su hermana intentaba ser perdonada y lo único que había conseguido era corroborar lo que nunca había querido ver, ese antagonismo que las convertía en enemigas más que en mitades.

Los alguaciles apostados en las puertas no pudieron retener a la multitud que se había apelotonado en la entrada. El capitán Montenegro irrumpió acompañado

por un séquito de más de diez marineros.

—Es a él a quien deben juzgar por perjurio. —Señaló a Juan—. Yo llevé a Carlos Cortés hasta el puerto de Macao. Y todos estos hombres lo pueden reafirmar.

—¡Silencio! —chilló el veguer ante la evidente revuelta del auditorio, que pedía la cabeza de Juan.

El susodicho atravesó de un salto la barrera que los marineros habían creado en torno a Matilde y, abalanzándose sobre ella, la agarró del cuello.

—¡Morirás conmigo!

Matilde alzó la barbilla, satisfecha. Un inesperado hormigueo le acarició el vientre y supo lo que era sentir la conquista en sus entrañas.

Capítulo XIX

El marido que matare por su propia autoridad al adúltero e a la adúltera, y sea justamente fecha la muerte, no gane la dote ni los bienes del que matare, salvo si los matare o condenare por autoridad de nuestra justicia. (Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla)

Tardaron dos horas en soltar a Juan Cortés por falta de pruebas. Nadie pudo acreditar que no hubiera estado donde decía el día del accidente. El visitador general se atrevió a acusar a Clara de injurias, cuando solo le había reprochado su actitud proclive a favorecer testimonios dudosos. Por otro lado, Matilde fue amonestada por conspiración. Las malas lenguas aseguraban que había propiciado un motín. Por ello pasó una semana más de calvario en las galeras, tiempo que Clara aprovechó para hacer las paces con Beltrán. Fue fácil. Gracias a su declaración, Matilde quedaría libre en breve, aun así, ni el barón ni Manuel la invitaron a celebrarlo. La trataban como siempre lo habían hecho, como si fuera una muñeca de trapo a punto de deshilacharse.

Los escuchó en el salón mientras reían las gracias del otro. ¿Desde cuándo eran tan amigos? Sus risas llegaban hasta el tercer piso. El barón había trasladado sus ropas a una de las antiguas habitaciones que arrendaban a las rameras, y Clara poseía espacio de sobra para todos sus vestidos. El capitán solo usaba una cuarta parte, con sus dos trajes oscuros. Nada había cambiado: él la seguía colmando de mimos y hasta le había prometido cobijarla en su camarote. Sin embargo, cuando yacían juntos, todo había cambiado. El sexo ya no le bastaba, y deseaba que Manuel Montenegro se muriese sin ella, algo que nunca sucedería. Se levantaba por las noches para comprobar el sueño de Beltrán; lo encontraba confuso en la cama y el nombre de Matilde sonaba como una melodía obsesiva cada vez que abría los ojos somnolientos y le recordaba que no era ella.

Había escuchado a escondidas cómo el barón hablaba con los huérfanos que

habían acudido a él para contarle los rumores que circulaban por el barrio. Pablo, uno de los más inteligentes y por el que Matilde sentía predilección, fue el que se comprometió a vigilar a Juan Cortés. Por él supieron sus planes de realizar una emboscada a Matilde el mismo día que saliera de la cárcel. Y Manuel y Beltrán empezaron a trazar una estratagema para salvarla de su destino sin contar con ella. Intentó formar parte del equipo que rescataría a su hermana y que la ayudaría a soterrar todo el mal que había producido. Pero una y otra vez su amante y su esposo la rechazaron, recluyéndola en las habitaciones del piso superior como si no sirviera más que para yacer. Se restregó los ojos, impotente por la persona en la que se había convertido, y por una vez en su vida tomó las riendas con la intención de redimir sus pecados y lograr ser algo más que una mujer. Entendió a su hermana cuando le hervía la sangre cada vez que le insinuaban que por su condición no podría lograr lo que se proponía.

Se miró en el espejo y peinó por última vez su cabellera. Sacó una navaja del cajón del tocador y rascó hasta quedarse con mechones encrespados entre los dedos. Le escocían los ojos de tanto recordar la gélida expresión de su hermana cuando le dio de beber durante el juicio. La había buscado con la mirada, había intentado entrelazar sus manos con las de ella para darle aliento, mostrarle que seguían siendo una parte de la otra. Pero el apego se había desvanecido y solo eran dos personas intentando lamerse las heridas.

Bajó hasta la sala de juegos, con su camisón blanco y su cabeza rasurada. La sangre había dejado de brotar, aunque algunos cortes todavía se mostraban virulentos.

Los dos hombres silenciaron sus bromas y escupieron el alcohol que corría por las venas, emponzoñándolas de soberbia.

—¿Te has vuelto loca? —Manuel habló el primero. En su rostro se podían leer las líneas marcadas de su piel, castigada por el sol y la sal, y la contrariedad por el escaso atractivo de su amante.

—Le prometí a Matilde que lo arreglaría.

—¿Quieres hacerte pasar por ella, tal y como te pidió en prisión? No era más que una prueba que no superaste. Ahora que queda libre, es como si te burlaras de todo cuanto importa. Tapate y no faltes más al respeto. —Beltrán chasqueó los dedos, y Clara deseó desaparecer.

—Tengo una idea. Estoy segura de que puede resultar.

El barón se echó a reír.

—Déjalo, no has nacido para pensar, querida.

El corazón de Clara se abrió en canal. Su espíritu rasgado se tambaleó.

—¡No le hables así! Ella concibió toda la trama del juicio. —El capitán se apresuró a cubrir con un paño la cabeza de Clara—. Sin sus consejos todavía estarías borracho pensando en cómo liberar a tu amada.

—Sin su traición no habríamos necesitado ningún ardid.

—Es tan sencillo como correr la voz de que Matilde saldrá por la puerta trasera. —Clara alzó la voz con una tozudez heredada—. Yo lo haré por ella. Los hombres de Juan Cortés querrán tendernos una emboscada, pero los dirigiremos hacia un callejón sin salida. Allí acabaremos con ellos. Necesitaré a tus marineros, Manuel. Mientras, Beltrán y Matilde escaparán.

—Vendrán a por nosotros en el *triquet* tarde o temprano —contestó malhumorado el barón.

—Debemos deshacernos de él. Reunir el máximo de libras posibles. Sé dónde Matilde guarda sus ahorros. Nos encontraremos en la masía donde compramos a los perros.

Beltrán acarició a Lobo, que le lamió la mano, complacido.

No hizo falta nada más para convencerlos, y se entristeció al pensar que el pasado había sido borrado con tan solo un soplo de aire. La nueva Clara, valiente y determinada, se había apropiado de un futuro que no estaba convencida de poder alcanzar.

Esa vez los reales no sirvieron de mucho. Una cosa era testificar en un juicio haber visto que Carlos Cortés disfrutaba de una concubina en Macao, y otra, luchar a vida o muerte por una desconocida. Manuel Montenegro más cuatro voluntarios aceptaron seguirla, pero los hombres de Juan Cortés los superaban en número.

Clara había alquilado un coche de caballos que los esperaba en el callejón donde tendría lugar la pelea. Su intención era escapar una vez que Juan hubiera muerto. Nunca supo si fue la ruindad lo que la llevó al extremo de anhelar sentir despedazarse la carne del sujeto que había conseguido separarla de su hermana. Lo culpaba de su suerte: si no se hubiera obcecado con Matilde, su mundo seguiría intacto.

Se retrasó más de lo debido esperando el momento de clavarle la navaja que había traído consigo, la misma con la que se había esquilado la cabeza. No contó con la mezquindad de los Cortés. La atacó por detrás. La espada se hundió en sus costillas, muy cerca del corazón. Sintió la punzada de dolor cuando la sangre había cubierto medio cuerpo. Se desplomó con la cara en el barro.

—¡Matilde Cortés ha muerto! —vitorearon los hombres de Juan.

—¡Capitán, ha caído! —gritó el único de los marineros que quedaba en pie.

Clara negó una y otra vez que estuviera vencida, sin embargo, no oía su propia voz. Intentó mover las piernas y los brazos para levantarse, pero un cansancio extremo la llevó hacia una dimensión aterradora, donde personas sin rostro la mecían.

Tardó en percatarse de que estaba siendo trasladada. Las sacudidas de lo que debían de ser las ruedas de un carruaje la torturaban sin piedad. El dolor punzante fue desapareciendo poco a poco y aquellos individuos sin identidad cobraron sentido. Su padre la amonestaba, su madre la consolaba, ¿dónde estaba Matilde? Preguntó por ella varias veces y, todas ellas, Manuel no se atrevió a responder. Solo le susurraba cuánto la echaría de menos cuando ella todavía seguía recordando, sintiendo...

El frío le caló en los huesos y un temblor le sobrevino.

—Aguanta, Clara, hemos llegado —escuchó a Manuel en la lejanía, mientras un silencio sobrecogedor la devoraba.

El aliento de Matilde se posó en su frente. Lloraba sin saber por qué. La había salvado, su plan había tenido éxito.

—Siento no poder acabar con Juan. —Un cabo suelto que más adelante solucionarían juntas.

—No te preocupes por eso ahora. Reserva tus fuerzas.

—¿Para qué? —No entendía la consternada entrega de Matilde.

—No hables. El galeno vendrá pronto.

—Me encuentro bien.

Un estado de semiinconsciencia le permitía pasar de los sueños a la realidad en cuestión de segundos. En un momento corría por las calles del Born de la mano de Matilde; al otro, Manuel le imploraba que se quedara. ¿Dónde? ¿En la casa de sus padres, en la habitación donde se enamoró del profesor de francés?

Fue consciente de que estaba muriendo cuando Matilde la besó una y otra vez, empapando de sangre sus mejillas. Se sentía tan ligera que creyó flotar hasta vaciarse en los ojos de su otra mitad.

—Mi sonrisa es la tuya, mi dolor es el tuyo —pronunció Matilde ahogándose en cada una de las palabras.

—Lo mío es tuyo y lo tuyo es mío —replicó Clara, exhausta ante tanto esfuerzo—. Así que haz el favor de disfrutarlo. Vive como yo lo hubiera hecho. ¿Pacto?

—Aguanta, Clara —sollozó Matilde, presionando la herida de la espalda.

El viento amortiguó el eco de unos lloros que se perdían entre la niebla que amenazaba con hacerla desaparecer. Lo había deseado en varias ocasiones y

nunca imaginó que sería así. Espesa y envolvente, llena de promesas de paz.

—¿Pacto entre hermanas? —Levantó el dedo meñique con el último atisbo de energía que le quedaba. Notó el alma de Matilde tan cerca que el calor la arrulló hasta que la niebla gris y pesada acudió sin aviso.

—Pacto.

Volvía a ser la mitad de un todo. El pasado y el futuro se mezclaron como extremidades de un mismo ser. La noche derrotó al día. El agujero que atenazaba sus sueños la cubrió con un tupido manto. Sin apenas exhalar un suspiro, cerró los ojos, y su vida se fundió en negro.

Epílogo

«...y quedó en la Ínsola Firme Amadís con su señora Oriana al mayor vicio e placer que nunca caballero estovo, de lo cual no quisiera él ser apartado porque del mundo le ficiesen señor» (*Amadís de Gaula*, 1508).

Seis meses habían pasado desde la muerte de Clara, y Beltrán todavía despertaba alterado por los gritos de Matilde. Poco a poco había empezado a ser ella misma, llena de obstinación y carácter pragmático. Aunque nunca se acostumbraría a su risa. A veces se sorprendía mirando a un lado y a otro buscando a Clara, y lo envolvía un escalofrío cuando se daba cuenta de que había sido Matilde la que, con su carcajada, había contagiado al resto.

Manuel Montenegro no dudó en llevarlos hasta el puerto de Marsella con su barco. Durante el tiempo que convivieron, la tristeza del capitán se diluía como una tormenta de estío, iba y venía según el ánimo. Rehuía estar con Matilde, confinada en su camarote, convertida en un ser inanimado, con la voluntad olvidada. De Marsella prosiguieron su camino hasta París. Allí fueron invitados por unos conocidos a visitar Versalles, y más adelante se sumaron a la tropa de nobles que Luis XIV había confinado entre sus paredes de oro. La emoción del barón contrastaba con la apatía de Matilde. Comía, bebía, respiraba, sin atender a nada, sin importarle si con su actitud él sufría. Aguantaba cada desplante, cada negativa con la esperanza de avivar el fuego que de manera intencionada ella había apagado. Dormían juntos, aunque sin tocarse. Solo la mecía cuando el terror la atenazaba durante las noches en que los recuerdos estaban más vivos. Fue precisamente su anhelo en perseverar lo que lo llevó hasta la tienda de una modista. Necesitaban un traje para presentarse ante el rey. Matilde reaccionó con la tela de color ocre más vistosa. Confeccionaron un vestido a medida y, al verse en el espejo, su sonrisa afloró de inmediato.

—Es su color preferido —le dijo en susurros.

Hablar en presente de alguien que había muerto no era del agrado del barón, pero, si eso le producía consuelo, no sería quien lo impidiera.

Llegó el día en que Matilde se arrimó a él mientras dormía. Y lo besó en la frente, los párpados y, finalmente, los labios.

—¿Me reconoces? —le preguntó en la penumbra.

—Siempre. —Beltrán la atrajo hacia sí para explorar cada cavidad que ella le permitiera, y el dulce aroma de su piel lo transportó.

—Siento haber estado tan abstraída, pero necesitaba encontrarme.

El barón la amó como si fuera una rosa a punto de florecer, con cuidado de no clavarse las espinas. Y el cielo se abrió bajo sus pies cuando ella pronunció su nombre entre gemidos, y le arrebató por completo el corazón. Sus latidos habían dejado de ser suyos para formar parte de ambos. Su felicidad le producía una sensación de sosiego, su pesadumbre lo atraía hacia el fondo de una oscuridad que le congelaba el alma.

Las canas de Matilde volvieron a nacer desde la raíz, pero en vez de peinarse de manera que su acostumbrado mechón blanco le marcara el rostro, se lo escondía entre los bucles. Aprendió a coquetear con los asiduos a Versalles. Perdió el miedo escénico que le impedía bajar más allá de las escaleras del *triquet* y se superó a sí misma con detalladas estrategias con el objetivo de estafar a los jugadores más adinerados.

—¿Otra vez ese vestido? —A Beltrán le intimidaba cuando se enfundaba de ocre para emular a su hermana.

—Me da suerte. —Lo rodeó con sus brazos y lo besó plácida, con el tiempo a favor—. Siempre puedes quitármelo. —Se mordió los labios, y Beltrán se volvió loco de amor. La desnudó despacio, saboreando cada pliegue para recordarlo cuando Matilde volviera a su zona gris, que de vez en cuando la tentaba.

La criada entró cuando descansaban y recogió los ropajes tendidos en el suelo.

—Baronesa, debe darse prisa. La reina la espera.

Matilde exhaló aire como si volviera de un amargo lugar. Se cubrió con el vestido y arregló sus bucles castaños, entre los que las canas se difuminaban.

—¿Qué tramas con María Teresa de Austria? ¿Ya sabe que eres amiga de *madame* de Montespan? —inquirió Beltrán.

—Que Montespan sea la amante del rey no tiene por qué interferir en los negocios.

—¿No quedamos en que intentaríamos pasar desapercibidos?

—¿Qué mal hay en querer conseguir aliados para mi nuevo *triquet*?

—Que las dos se den cuenta de tu artimaña y el rey te aprese.

Matilde acarició el torso de Beltrán.

—No sucederá. Confía en mí. —Le guiñó un ojo y, saliendo con la risa a cuestas, seguida por la criada, dejó en el aire el rumor del ocre enredado entre las faldas.

Beltrán Corbera de Prado, barón de Senan, no podía entender por qué todavía permanecía en aquella habitación. Escuchó las carcajadas inconfundibles de Matilde; seguro que estaría atravesando el pasillo con espejos de marcos dorados. Le gustaba contemplarse en ellos y ver el reflejo de su hermana presa entre los latidos del corazón que él le había prestado.

Se vistió lentamente. Un poco harto de nadar entre dos aguas. Inmerso en un limbo que los arrastraba a revivir una y otra vez el pasado.

Hizo acto de presencia en el gran salón de juegos creado únicamente para el divertimento del rey. Allí, como en el *triquet* de Barcelona, pero con un lujo que hería los sentimientos, se jugaba a las cartas, a los dados y se apostaban los títulos. Los hombres perseguían a las damas más jóvenes, y las que no lo eran tanto lidiaban con las meteduras de pata de sus maridos y ayudaban a minar la moral de quien se sobrepasaba. Las confabulaciones, las conjuras y las intrigas estaban en manos de todo aquel que fuera lo suficientemente inteligente para salir airoso. Las risas falsas, las pelucas llenas de pulgas, las caras coloreadas que escondían rostros tan demacrados como sus almas se mezclaban con la música de violines y el roce de los naipes. Beltrán, inquieto, buscó a Matilde con la culpa en el estómago y el miedo en los ojos. ¿Qué estaría tramando?

La vio aparecer con aquel traje del color del sol y su porte galante, como si siempre hubiera pertenecido a la nobleza. Un mechón de pelo blanco se escapó de su recogido. Se lo peinó como antaño. Marcando su frente. El miedo y el recelo que siempre había cosechado su cuñada cubrió la sala de una densa capa de silencio. A su paso los cuchicheos resonaron como campanas de un ayer que los perseguía. Algunas cortesanas huyeron amedentradas, otras la rodearon impacientes. Ella alzó la cabeza y lo miró con una ternura que solo él reconoció. Le hizo la señal que habían acordado para desplumar a su próxima víctima.

Beltrán se aclaró la garganta. Ahuyentó los fantasmas y respiró hondo. Matilde, su Matilde, había vuelto.

Nota de autora

En el siglo xvii y principios del xviii, Barcelona vivió dos grandes guerras. La historia que se narra en esta novela se emplaza en 1675, entre una guerra que terminó en 1651 y que dejó una gran pobreza y desigualdad, y la que vendría posteriormente en 1700. Por lo tanto, es un tiempo de paz, pero no carente de penurias.

El siglo xvii fue oscuro, lleno de corruptelas, miseria y hambre, en una ciudad sitiada por el ejército. En aquella época no existía la policía como agentes del orden cívico como hoy la conocemos. El ejército suplía esa función, aunque siempre a merced de los más adinerados.

La convivencia con los soldados era de lo más normal entre los ciudadanos. Y, aunque había normas que no permitían la mezcla de clases, el proxenetismo, ni tampoco la exhibición de la lujuria –es decir, la prostitución–, lo cierto es que se hacía la vista gorda cuando el vicio se escondía en las calles sucias del Born, donde vivían artesanos, mercaderes y decenas de casas de juegos clandestinas.

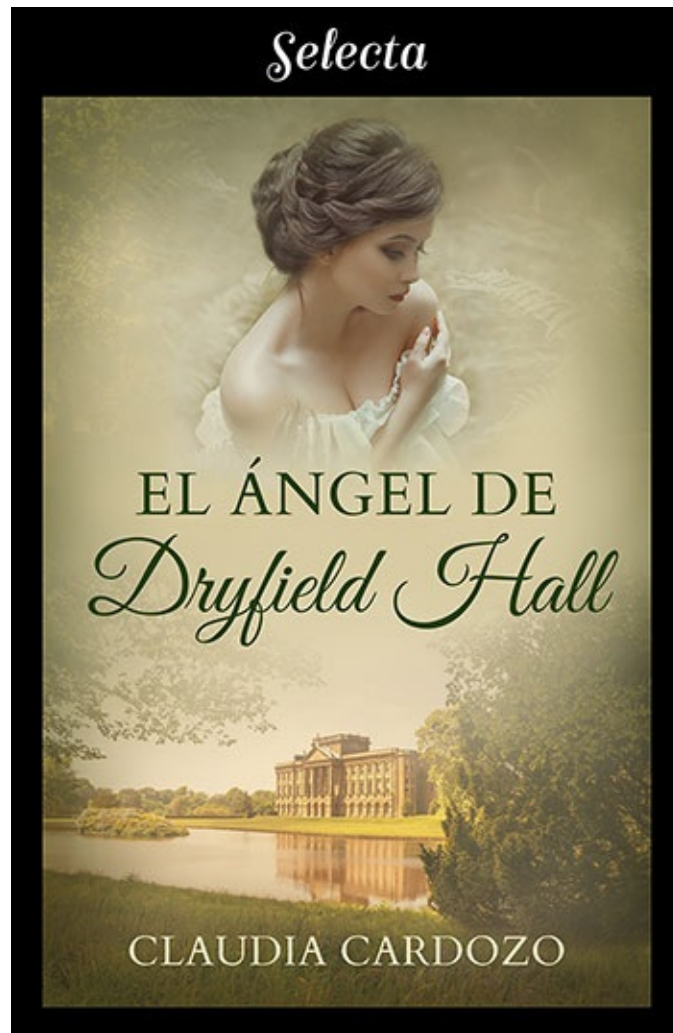
El juego era un mal nada fácil de erradicar. La ciudad entera vivía por las apuestas de toda clase y para ellas.

Aparte de estas peculiaridades, Barcelona también tenía un sistema monetario propio que debía su origen al sistema carolingio, que se fomentaba en el peso de la plata. La libra era un múltiplo superior al real de plata, y correspondía a 327 gramos de plata. Un real equivalía a una moneda de plata de 3 gramos.

Como en el sistema carolingio adoptado por Barcelona hay diecisiete monedas más con sus equivalentes, he optado en la novela por hablar solo de libras y de reales de plata para facilitar las cosas.

No hay que olvidar que, en el siglo xvii, Mallorca y Valencia también contaban con libras en su sistema monetario.

Si te ha gustado
Pacto entre hermanas
te recomendamos comenzar a leer
El ángel de Dryfield Hall
de *Claudia Cardozo*



Prólogo

Si solo...

Julia estaba convencida de que su vida se había visto constantemente marcada por esas palabras. Si solo...

Mientras daba un último vistazo tras ella a la pesada puerta de la casa que había sido su hogar durante los pasados meses y cruzaba el vestíbulo con la mirada puesta en la grandiosa escalera que había bajado mil y una veces, ignorando los gritos que provenían del exterior, se dijo que de haberse detenido a pensar en ello antes hubiera hecho las cosas de forma distinta. No tenía sentido lamentarse, sin embargo, nada de lo que hiciera cambiaría lo ocurrido y solo podía rogar por que consiguiera llegar a tiempo o lo perdería todo.

Tan pronto como arribó a lo alto de la escalera, aspiró con fuerza; no supo si para reunir el valor para adentrarse en el infierno que se cernía sobre ella o tan solo para recuperar el aliento; cualquiera que fuera la razón, en cuanto el aire entró a sus pulmones, por viciado que estuviese debido al humo, sintió que sus manos dejaban de temblar y elevó el mentón de forma casi imperceptible. Estaba lista.

No perdió mucho tiempo, solo ese instante para centrar su mente. Veía el reflejo de las llamas a lo lejos, lenguas aún pequeñas que no habían desatado del todo su furia, pero supo que no le quedaba tiempo que perder. Sin vacilar, sujetó las faldas de su vestido y atravesó el largo pasillo inhalando y exhalando con lentitud para conservar las energías que sabía que iba a necesitar.

No se detuvo hasta llegar a la habitación en la que había pasado tantas horas preciosas y sintió cómo su corazón daba un vuelco al encontrarla vacía. Las llamas empezaban a bajar por el hermoso tapiz que tanto había admirado y la chimenea de madera labrada crepitaba por el calor. De no haberse encontrado tan desesperada, se habría lamentado por esa pérdida; pero se recordó que eran solo objetos sin valor, lo verdaderamente importante continuaba perdido.

Retrocedió con cuidado de pisar seguro, atenta a cualquier sonido extraño que pudiera develar un peligro mayor que el fuego, y se detuvo un instante antes de decidir a dónde ir. Estaba allí arriba, sabía que debía de estar allí. Intentó encontrar el origen de las llamas y exhaló con fuerza al comprender que debía seguir subiendo. Se dirigió a lo más alejado del vestíbulo y buscó con ansiedad la varilla que había utilizado antes para abrir la trampilla en lo alto que llevaba al ático.

Odiaba ese lugar. Era el único rincón de la casa que le inspiraba un profundo desagrado, apenas conseguía pisarlo sin que la asaltara una sensación de temor y aprehensión, como si todos los males del infierno se condensaran allí y quien lo

visitara se viera irremediablemente contaminado. Pero no podía andarse con reparos en esa situación, de modo que se esforzó para sujetar la aldaba con la varilla y tiró con todas sus fuerzas para hacer caer la escalerilla hasta que descendió con un ruido sordo a sus pies.

El calor la golpeó como una maza en cuanto impactó con su rostro y los brazos cubiertos por la delgada tela del vestido. Retrocedió un par de pasos para cubrir su cabeza, pero eso fue todo lo que dudó; de inmediato, se adelantó nuevamente y empezó a subir haciendo oídos sordos al sonido que llegaba hasta ella desde dos frentes: los gritos en las afueras y el crujido producido por las llamas en lo alto. No creía tener la opción de decidir, solo podía avanzar porque era adelante donde se encontraba él. ¿Cómo iba a abandonarlo?

Subió con tiento, dando leves golpecitos con la puntera del zapato a cada escalón para asegurarse de que el fuego no los había debilitado más de lo que ya lo estaban antes de que todo eso empezara. Incluso los contó sin reparar en lo que hacía, inquieta y con el corazón desbocado por el miedo que procuraba mantener a raya. Pese a la oscuridad de la noche, no tuvo problemas para distinguir las formas en lo alto. Figuras sombrías con reflejos del color del ámbar que irradiaba sobre ellas. Supuso que sería un efecto del fuego y de sus ojos cansados.

Se lamentó de no ser lo bastante fuerte para haber subido la varilla con ella, le hubiera sido de utilidad una vez que llegara arriba. Dio un último impulso y sacó solo la cabeza por la puerta de la trampilla, manteniendo su cuerpo tenso por la expectación. Atisbó a un lado y otro con el aliento contenido, acostumbrando su vista a la oscuridad, y reconoció los muebles y las formas que tanto le desagradaban. El fuego era más intenso allí, y al mirar hacia lo más alejado de la habitación, a la puerta que daba a la torre, contuvo un estremecimiento. El origen del fuego estaba en ese lugar, pero la madera lo contenía; estaba segura, sin embargo, de que no sería por mucho tiempo.

En ese momento el ático le pareció enorme, un espacio que hubiera podido ser usado con fines mucho más nobles que los que le habían dado en los últimos meses; de modo que Julia apenas consiguió registrar todo lo que contenía. Las figuras, además, le obstaculizaban la visión, así que no tuvo más alternativa que sacar todo el cuerpo haciendo fuerzas con los brazos hasta que se puso de pie al lado de la trampilla con los sentidos aguzados por si oía algo, cualquier cosa que le sirviera de pista.

Dio unos pasos vacilantes sin perder la compostura, segura de que daría con algo pronto. Una de las imágenes, que simulaba a un pequeño fauno de cabeza

deforme, le obstaculizó el camino y estuvo tentada a darle un buen golpe y hacerla caer, un instinto que la había asaltado ya más de una vez, pero se contuvo. La rodeó y se mantuvo levemente encorvada al avanzar, entrecerrando los ojos para ver en la oscuridad y no tropezar. Advirtió entonces que parte del piso de madera estaba cubierto por una fina capa de cristal, como si se hubiesen reventado los jarrones que una de las criadas subía cada mañana con flores frescas. Julia recordaba bien que esa labor recaía muchas veces en la mayor de todas porque las más jóvenes se negaban a subir. Ella no podía culparlas.

Parecía que se hubiera producido alguna clase de lucha allí y rezó por que el vencedor, si era quien esperaba, se encontrara a salvo. Un quejido pareció responder a sus plegarias y, ladeando el rostro en dirección al sonido, atisbó en las sombras. Cuando estuvo segura de su origen, se dirigió hacia esa dirección sin vacilar, con cuidado de evitar los trozos de cristal más grandes o atravesarían las suaves plantas de sus zapatos.

Allí estaba. Un cuerpo oscuro en lo más alejado de la habitación. No necesitó una segunda mirada para saber de quién se trataba y se arrodilló a su lado con un jadeo angustiado, atenta a sus movimientos, pero él apenas respiraba con dificultad, emitiendo leves quejidos como el que había oído hacía solo un segundo, y no le costó advertir la sangre que manaba de su hombro y empapaba la nívea camisa. Acercó el rostro al suyo, conteniendo la náusea provocada por el terror a lo que podría encontrar, temerosa de ver sus ojos vacíos, de la confirmación de que había llegado demasiado tarde, pero lo sintió inhalar con fuerza, como si tan solo entonces hubiera advertido su llegada, y su aroma, el tacto suave de su mano sobre su rostro, le devolvieran el sentido.

Julia lo vio elevar la cabeza en su dirección, apenas unos centímetros, pero fue suficiente para encontrarse con sus ojos y ello le devolvió las esperanzas. Aunque débil, estaba lo bastante consciente para saber que era ella, lo vio en la mirada de reconocimiento que le dirigió, en la casi imperceptible sonrisa de alivio que asomó a sus labios. Estuvo tentada a besarlo, recorrer cada centímetro de su rostro con la yema de los dedos, pero se contuvo, determinada a sacarlo de ese lugar. Ya tendrían tiempo para eso luego. Ella se encargaría de que así fuera.

Le pasó una mano por los hombros con cuidado de no tocar el que se encontraba herido, dando una mirada rápida para descartar cualquier otra lesión y rogando que no hubiera ninguna demasiado profunda para no advertirla en ese apurado análisis. Él apretó su mano y vio cómo intentaba sostenerse sobre las piernas temblorosas, dejando caer su peso sobre ella con cuidado de no aplastarla. Ese gesto le hizo ver que se encontraba más centrado de lo que

parecía a simple vista.

Con una pequeña sonrisa de aliento y tirando de él lo mejor que pudo, consiguió que sus pasos se dirigieran al camino por el que había llegado. No tenía idea de cómo podría hacer que bajara por la escalerilla, pero no se detuvo a pensar mucho en ello. El sonido del fuego crepitaba al otro lado de la puerta y el humo que empezaba a filtrarse por sus fosas nasales la obligó a toser, abrumada por la falta de oxígeno y el esfuerzo que hacía al tirar del cuerpo macizo y mucho más alto que el suyo. Él hacía lo mejor que podía, escuchaba sus leves jadeos que se acentuaban con cada paso y empezó a murmurar casi sin darse cuenta. «Un poco más. Solo un poco más».

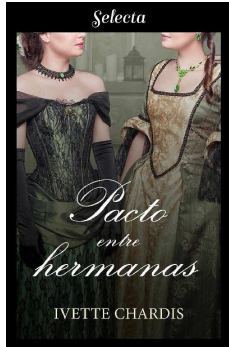
Estaban muy cerca ya y Julia empezó a maquinar la mejor forma de ayudarlo a bajar, si yendo ella primero y alentándolo a apoyarse en sus hombros o a la inversa, con ella sosteniéndolo de una mano desde lo alto en tanto él descendía, cuando un sonido tras ellos le erizó los cabellos. No tenía nada que ver con el fuego. Era un chillido que no pareció humano, surgido del fondo de la habitación, que llegó tras un golpe sordo, como si el ser que lo había emitido acabara de abrir la puerta que conducía a la torre con todas sus fuerzas y ahora se dirigiera hacia ellos con pasos firmes que resonaban en el suelo.

Julia apretó la mano del hombre que se había sobresaltado de la misma forma que ella y miró sobre el hombro para encontrarse con el rostro que había aprendido a odiar durante los últimos meses. El mismo que iba hacia ella enmarcado por el fuego que iluminaba sus miembros y que se cernía sobre ambos sin piedad. Una figura tan repulsiva en ese momento como las esculturas que los rodeaban, y que sostenía entre las manos un trozo de cristal que le cortaba la piel, lo que provocaba que gotas carmesí cayeran frente a ella, pero que no pareció advertirlas.

Aterrada, Julia cubrió el cuerpo que sostenía con el propio, musitando una oración apurada, segura de que, pese a todos sus esfuerzos, estaban cerca del final, lamentándose por todos los errores cometidos hasta entonces y por las palabras no dichas.

Si solo...

Pacto entre hermanas



Matilde no acepta ser sumisa y complaciente. Clara, por el contrario, es amable y coqueta. Beltrán es mucho más que un atractivo barón caído en desgracia.

Barcelona, 1675. El Born es uno de los barrios más marginales de la ciudad, donde imperan las casas de juego causantes del vicio y la corrupción. Las hermanas Vidal han conseguido regentar un negocio de apuestas a base de sufrir penalidades y salvar obstáculos. Pero no todos aceptan su éxito. Ser mujeres

inteligentes es pecado en una sociedad donde el diablo toma forma femenina.

Necesitan a un hombre que las proteja.

Le proponen a Beltrán Corbera de Pardo, barón de Senan, perdonarle las deudas que ha contraído con la condición de que se case con una de ellas. Beltrán cree que será fácil embaucarlas, conseguir el dinero que necesita para recuperarse de su mala suerte en el juego y desaparecer. Pero no sabe que Matilde y Clara han sellado un pacto entre hermanas que lo adentrará en un mundo lleno de secretos y sentimientos contradictorios.

¿Conseguirá desenmascararlas? ¿Cuál de las hermanas caerá en la tentación de enamorarse?

Ivette Chardis descubrió desde muy pequeña que aparte de leer, lo que más le gustaba era escribir. La llenaba de paz y la envolvía de una esperanza alentadora. Enseguida advirtió que el pasado la intrigaba, era esa parte oscura que se escondía a los ojos de los demás lo que más le atraía, y por eso decidió estudiar historia. Nunca dejó de escribir, se presentó a algún concurso que otro de relatos y llegó a ser mención de honor. Escribió artículos para blogs y portales de Internet, colaboró en radio y en televisión, hasta dio clases de escritura creativa. Pero otra trama más importante la mantuvo ocupada, su propia vida. El amor la alcanzó muy joven, enseguida adivinó que estaba ante su príncipe y no dejó pasar su oportunidad. Las circunstancias, la familia, la alejaron cada vez más de su pasión: contar historias. Hasta que un día su hija le preguntó: «¿Mamá por qué no escribes una novela?». Y se dio cuenta de que había llegado el momento.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Ivette Chardis

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-50-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Pacto entre hermanas

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Ivette Chardis

Créditos